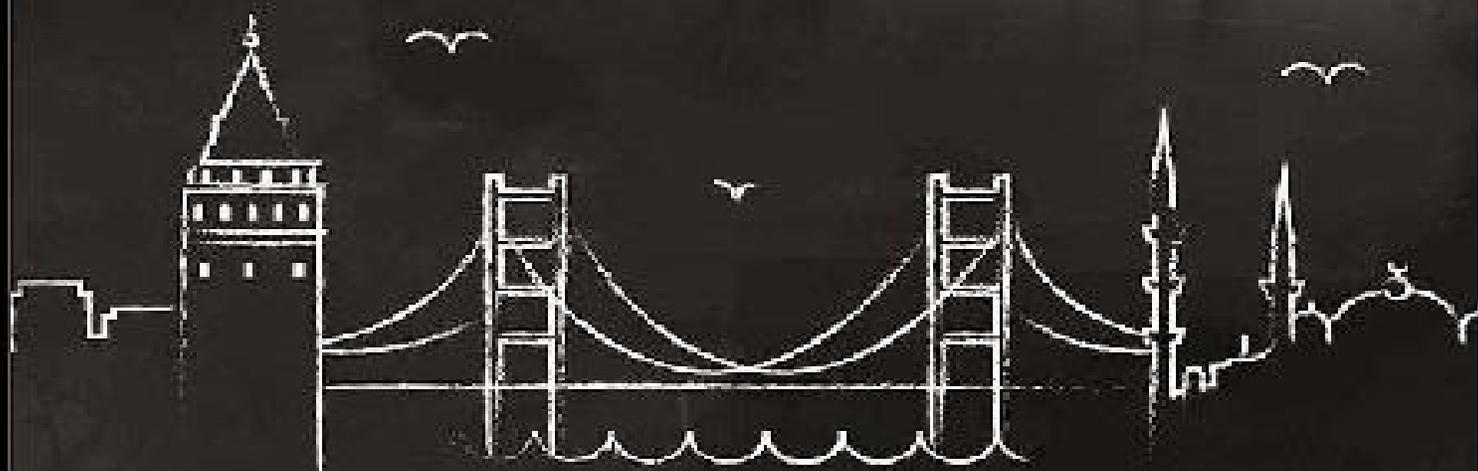


Selecta

NADIA NOOR

EN MI
MUNDO

ENTRE DOS MUNDOS



En mi mundo
Biología Entre dos mundos 2

Nadia Noor

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

A todas aquellas mujeres valientes
que abandonaron su mundo para encontrar uno mejor.

Prólogo

Umay apretaba con fuerza el muñeco de porcelana en sus brazos mirando asustada a su alrededor. Sabía que, de un momento a otro, invadirían su espacio y se lo quitarían. Y no pensaba permitirlo. El sonido estridente de una sirena irrumpió en sus oídos, por lo que, cautelosa, se acercó a la ventana y, oculta bajo la cortina plisada de brocado, echó un vistazo. Observó una ambulancia detenerse delante de la casa y un par de profesionales bajar de forma apresurada del vehículo.

—Planean separarnos —se dirigió al muñeco con voz temblorosa. Se sintió desconcertada ante la serenidad de su bebé, que no compartía sus inquietudes y se limitaba a mirarla sin pestañear. Lo zarandeó por los hombros, lo que provocó que sus ojos de cristal, azules y nítidos, se agitaran—. No tengas miedo, yo te protegeré.

Dicho esto, se introdujo en el interior del armario y se escondió bajo las telas de sus vestidos acogiendo en sus brazos al muñeco. Respiraba con dificultad y los demonios, que se explayaban a gusto dentro de su cabeza, le provocaban pavor. Escuchó con el corazón desbocado cómo unos pasos se acercaban al lugar donde se hallaba escondida.

Cuando la puerta del armario se abrió, el halo de luz que penetró en el interior la cegó. Sintió que la estaban atacando, por lo que, dejando al bebé de lado, alargó los brazos y arañó la cara del hombre que quería importunarla.

—Umay, tranquila —le pidió Emir, su exmarido, mientras le aprisionaba las manos entre las suyas tratando de calmarla—. No te haré ningún daño.

Ella siguió defendiéndose empujando y oponiendo resistencia, negándose a abandonar su escondrijo, pero, ante la fuerza de Emir, sucumbió y se dejó arrastrar fuera del armario. El bebé colgaba de cualquier manera de su mano y eso hizo que se preocupara por su bienestar. Dejó de luchar y se sentó en el borde de la cama junto a él aparentando una serenidad que en realidad no sentía. En cuanto tuvo las manos liberadas volvió a poner al muñeco derecho en sus brazos y le rozó la cara en una sentida caricia.

—Umay, escúchame con atención —exigió Emir en cuanto su semblante se relajó. Dejó de contemplar al bebé y centró la atención en su exmarido, que parecía realmente angustiado—. Estás muy enferma, necesitas cuidados médicos. Hemos llamado a la ambulancia, es necesario ingresarte.

El cuerpo de la joven se crispó y su mirada almendrada se endureció ante la perspectiva de separarse de su adorado «hijo». De pronto, la cabeza de Emir se convirtió en una visión horrorosa, una aparición terrorífica capaz de infringirle el mal. Se levantó asustada y, dando pequeños pasos hacia atrás, le dijo con voz entrecortada por el miedo:

—No te acerques a mí. No me hagas daño.

—Umay, no te haré ningún daño, te lo prometo —le aseguró acortando la distancia entre ambos. Su voz calmada la hizo regresar a la realidad y verlo como lo que era, un hombre que se inquietaba por ella—. Te pido que colabores, no quiero que te marches de aquí en contra de tu voluntad y atada. Haz un esfuerzo, acepta que necesitas ayuda.

—No necesito nada —replicó enfadada dirigiéndole una mirada acusatoria—. Yo solo quiero cuidar de mi bebé, déjame en paz.

—Hace una hora has intentado tirar a la pequeña Elia por el acantilado y has golpeado a Eva con una piedra en la cabeza. ¿Lo recuerdas?

Flashes fugaces de un carrito de bebé que daba vueltas por una pared abrupta y rocosa llegaron a su retina y los gritos de Eva explotaron con fuerza en su cabeza como una montaña de cristales al romperse. Dejó caer el muñeco al suelo y se tapó los oídos para no escuchar más aquellos desgarradores lamentos. De algún modo recordaba haber sido ella el monstruo que había provocado esa desgracia, aunque no era capaz de localizar las razones que la habían empujado a cometer tal atrocidad. Elia era una princesa encantadora de cinco meses a la que ella adoraba. Y Eva, la actual mujer de Emir, era la única amiga que jamás había tenido. Quizás fuese verdad que necesitaba cuidados médicos...

—Lo... lo recuerdo —susurró avergonzada—. Lo siento mucho, no sé qué me pasó. ¿Elia está bien?

—Por suerte, todo ha quedado en un susto. No estamos enfadados contigo, aunque es necesario que te cures. Llamaré al médico, te pondrá un tranquilizante que calmará tus nervios. Después te llevaré a la clínica. ¿Te parece bien?

Asintió sintiéndose como un ratón arrinconado. No era la primera vez que la ingresaban y sabía el infierno que le esperaba, sola y abandonada a su suerte, sin más compañía que la de las enfermeras que la cuidaban. Experimentó el deseo de oponerse, gritar y montar una escena, pero el gran daño que había estado a punto de cometer la contuvo. No era la primera vez que sufría una crisis nerviosa, aunque nunca antes había atentado contra la vida de nadie y, menos, la de una bebé.

—De acuerdo —asintió con voz apagada. Se puso de cuclillas y recogió el muñeco, admirándolo con adoración—. Pero tengo una condición. Que él se venga conmigo.

Emir siguió la trayectoria de su mirada y, comprendiendo que se refería al juguete, asintió de buena gana.

—Claro, me parece bien.

Una vez establecidos los términos del acuerdo, salió de la habitación y regresó acompañado

por una enfermera menuda, ataviada con un uniforme almidonado, blanco impoluto. Algo en el cerebro de Umay se torció y visionó a la pacífica sanitaria como un monstruo aterrador que deseaba hacerle daño. La jeringuilla que sostenía en la mano fue el detonante de una de las crisis nerviosas más fuertes que jamás había padecido.

El forcejeo, la alteración y el pinchazo en el brazo la dejaron exhausta y perdió el conocimiento. Lo recobró horas más tarde, cuando tomó conciencia de que se encontraba tumbada en una cama con las manos y las piernas atadas con unas toscas correas de cuero, que le apretaban la piel hundiéndose en su carne.

Capítulo 1

La lluvia golpeaba con furia la hoja de cristal y una sucesión de truenos rompía de forma ruidosa el silencio de la mañana. Umay pegó su cuerpo al marco de la ventana, contemplando ausente las formas sinuosas que las gotas de agua dejaban sobre la superficie lisa del vidrio. Distraída, comenzó a canturrear una canción infantil, recordando con añoranza a su madre. De pronto, una voz estridente se coló en su cerebro y le robó la serenidad recién alcanzada:

—Mujer sin coco, deja de lloriquear esta estúpida cantinela delante de los niños; de lo contrario, los convertirás en unos seres débiles. Cuántas veces he de advertirte que los hombres de verdad y las muchachas obedientes se forman a base de golpes y reglas y no con palabras dulces y caricias.

Una sonora bofetada dio aquella discusión por terminada y el ruido de la mejilla golpeada de su madre, que penetró en la cabeza de Umay, la obligó a alejarse asustada de la ventana. En aquel mismo instante un rayo luminoso alumbró su cuarto oscuro y la joven deseó que la brillante luz que fragmentaba los cielos llegase hasta ella para absorberla y trasportarla a un lugar remoto donde los dolorosos recuerdos de su infancia no pudiesen alcanzarla.

Llevaba años huyendo de las tormentosas evocaciones de su niñez, del trato agresivo que les daba su padre, el gran Hasan Cozcolu, a ella, a su madre y a sus hermanos, que vivían atemorizados, con la cabeza agachada, la boca cerrada y los sentimientos comprimidos.

El eco de voces irascibles y llantos desgarradores resonó en sus oídos, por lo que Umay se los tapó con las palmas de sus manos en un intento de alejar de ella los fantasmas del pasado para, al final, sentarse en el borde de la cama, poseída de unos fuertes temblores. Al intuir que se encontraba a punto de sufrir una crisis nerviosa, pulsó el botón que la comunicaba con la enfermera de guardia. Llevaba ingresada en la clínica psiquiátrica, en su opinión, una eternidad, aunque nadie le precisaba con exactitud cuánto. Se hallaba en un lugar donde el ritmo de la vida lo marcaban los amaneceres y las puestas del sol. No tenía reloj ni disponía de teléfono. Sola y apartada del mundo, vivía confinada dentro de las cuatro paredes que formaban su austero habitáculo. Desconocía la estación del tiempo que atravesaban; si bien distinguía, por el aspecto desnudo de los árboles que formaban un pequeño bosque en los alrededores del centro, que debía de ser otoño. Además, los campos áridos desprovistos de vegetación, el cielo ceniciento cargado de nubes bajas y la persistente lluvia eran indicios más que claros del periodo otoñal. A Umay le

gustaba el otoño porque era muy parecido a ella: grisáceo, sin luz, bello pero sin destacar, triste y melancólico. Rehuido por la gente.

Los temblores aumentaron y su cuerpo comenzó a convulsionarse, lo que provocó que su mente se perdiese en una negrura espesa que se fue apoderando de sus ojos. De forma paulatina perdió el contacto con la realidad y se dejó envolver por los letárgicos abrazos de la oscuridad.

Tiempo después, al despertar, se encontraba tumbada en la cama, con las manos y los pies inmovilizados por unas anchas correas de sujeción. Trató de moverse, pero el tensor del cuero la retenía en una posición rígida e incómoda.

«No es la primera vez que te atan y, con seguridad, no será la última», reflexionó con tristeza al tomar conciencia de su situación, aunque el pánico que experimentaba al no poder controlar su cuerpo era igual de aterrador que al principio. Intentó gritar, pero su voz se hallaba perdida en algún lugar lejano y fue superior a sus fuerzas encontrarla. Giró la cabeza y observó un jarrón de agua colocado sobre la mesita de noche. Quería beber, aunque solo fuera un poco, pero sus manos atadas y su garganta agarrotada se lo impedían. Desesperada, trató de soltarse las correas, gritando. Finalmente, exhausta y harta de sentir un dolor lacerante en las muñecas y los tobillos, comprendió que sus tentativas de liberarse no darían resultado. Dejó de resistirse y consoló su impotencia llorando. Era lo único que nunca nadie le había podido arrebatarse. Ni cuando era una niña inocente, ni años después, al haberse convertido en la esposa de un poderoso *agá*. Llorar la hacía libre. Ella y el otoño podían llorar todo lo que quisieran porque a nadie le importaba.

Más calmada, forcejeó paciente con las correas sacando de su interior toda la rabia acumulada. No estaba enfadada con nadie en concreto, aunque sí dolida con el mundo entero. Un mundo infinito, en donde cabían millones de personas de todos los colores, razas, religiones, pensamientos y condiciones; un mundo que, sin embargo, le enseñaba su cara más hostil negándole un pequeño rincón. Un mundo que no la quería.

Pronto anocheció y, de puro agotamiento, se quedó dormida. Perdió la noción del tiempo quedando suspendida en un limbo incomprendido entre los sueños y la realidad. Sabía que en algún momento aquel suplicio acabaría. Abrió los ojos al notar un pinchazo en el brazo.

—Señora Umay, observo que se ha tranquilizado y tiene mejor cara. Le he quitado las correas e inyectado una medicina para que pase una buena noche.

—Hola —saludó en voz apenas audible, reconociendo a la señora Kole, una enfermera mayor, de pelo canoso y comprensivos ojos castaños, que la cuidaba algunas veces—. Agua, por favor.

Se incorporó con dificultad y analizó sus muñecas enrojecidas y los aparatosos moratones que se habían formado en su piel. La enfermera siguió su mirada con gesto impasible y, sacudiendo los hombros en señal de indiferencia, se justificó:

—Se siente dolida y es comprensible, pero no me quedó más remedio que atarla de nuevo, señora. Lamento tener que hacerlo, pero algunas de sus crisis son tan fuertes que debo hacerlo por su seguridad. Esta mañana la dejé tan tranquila en su cuarto admirando la lluvia y, media hora más tarde, al atender su llamada, la encontré en medio de mil demonios. No comprendo por qué se

altera con tanta facilidad. Debe de ser consciente de que, si usted no se ayuda a sí misma, nadie podrá ayudarla.

Umay asintió, en parte por no acordarse y, en parte, por sentirse impotente. ¿Y qué si se negaba a que la atasen? ¿Quién la escucharía? ¿Alguna vez, en su miserable vida, la gente se había molestado a tomarla en cuenta? Si muriese al día siguiente, ¿llorarían por ella? ¿Abrigarian pena, remordimientos? No, suspirarían aliviados porque una Umay muerta dejaría de estorbar. El mundo entero haría su habitual vuelta de veinticuatro horas, feliz de haberse librado de ella.

Desde su ingreso en la clínica psiquiátrica, se había visto sometida a un verdadero calvario, aunque no podía quejarse porque nunca nadie la visitaba. Su suerte no concernía a sus seres queridos, se encontraba prisionera, a merced de los trabajadores de ese centro psiquiátrico. La impotencia era tanta que lo único que deseaba era dejar de existir. Convertirse en una planta simple de fuertes raíces y bonito follaje verde, para ser acariciada todas las mañanas por los acogedores rayos del sol, o en un riachuelo tranquilo, que seguiría su curso sin que nadie le indicase qué dirección debía de tomar.

Las lágrimas de desánimo y rabia que comenzaron a humedecer sus mejillas provocaron que la enfermera se apiadase de su sufrimiento. Se acercó a la mesita de noche y, tras llenar un vaso de agua, se lo entregó. Umay lo cogió con dedos temblorosos, vertiendo parte del líquido transparente sobre su camisa holgada. Mojó los labios para calmar la sequedad de su boca bajo la atenta mirada cargada de lástima de la otra mujer.

—Gracias —musitó al devolverle el vaso vacío—. Ahora me echaré un rato. Las medicinas me han provocado somnolencia. Siento como si un tren de mil toneladas me hubiese pasado por encima.

—Tiene que cenar primero, señora —la intentó disuadir la enfermera, tras comprobar que faltaba menos de un cuarto de hora para que le llevarsen la sopa—. No es bueno acostarse con el estómago vacío. Si desea sanar su mente, necesita un organismo saludable.

Umay no respondió, limitándose a apoyar la cabeza en la superficie dura de la almohada, que olía a un intenso desinfectante hospitalario. La señora Kole la contempló un tiempo en silencio, un tanto entristecida por la suerte de esa mujer tan joven y bonita. Llevaba ingresada dos largos meses en la clínica y su salud tenía unos altibajos bastante irregulares. Los profesionales del centro le tenían lástima, aunque debían mantenerla encerrada en su habitación porque las violentas crisis que sufría podrían poner en peligro a los otros enfermos del centro. La enfermera suspiró resignada y, apagando la luz, dejó a la paciente descansar. Deseó de todo corazón que fuera la última vez que tuviera que atarla y dejarla sin cenar.

Capítulo 2

El sonido estridente de la alarma hizo que Daniel Trent despegara lentamente las pestañas y abriera los ojos. Ahogó un largo bostezo y enfocó la vista, tratando de ubicarse. Las sencillas cortinas de color gris claro, que hacían varios ribetes en torno a la barra de sujeción, y el cuarto un tanto desordenado le recordaron que se encontraba en su cama. Apagó la alarma de malas maneras y hundió la cabeza en la almohada, pero ya no pudo reconciliar el sueño. Alargó el brazo y, palpando con la mano, encontró la espalda desnuda de una mujer. Arrimándose a ella, se deleitó con el contacto de su piel aterciopelada, que le provocó al instante una buena erección. Su compañera de cama, al percatarse de su buen despertar, ronroneó satisfecha empujando su trasero hacia él en una plácida sensación de intimidad.

—Hueles delicioso, Sarah —apreció él con los labios pegados en la sinuosa línea de su espalda. Avanzó con su boca hasta llegar a su cuello, al que mordisqueó con suavidad, lo que arrancó un hondo suspiro de placer en sus labios. Acto seguido le acarició la parte alta de su cintura y descendió con pericia hacia sus caderas, las que giró hasta hacerlas encajar entre sus piernas extendidas. La miró a los ojos —que ella, por fin, tenía del todo abiertos— y le dedicó una sonrisa pícara, cargada de dulces promesas.

—Daniel, me encanta cuando me despiertas así. —Sarah alzó las caderas unos centímetros para facilitarle el íntimo contacto. El policía se sintió animado por sus palabras cargadas de tensión sexual e introdujo su vara erguida en su interior con aparente facilidad al tiempo que le aprisionaba las manos y se las situaba por encima de su cabeza, en una satisfactoria sensación de cautividad. Después, comenzó a moverse sobre ella buscando acoplarse a su ritmo y, cuando las largas piernas de la joven se enroscaron por encima de sus caderas, profundizó con más fuerza, sabiendo que Sarah lo deseaba de ese modo. Hondo, lento y preciso. Su cuerpo fue atinando el compás, entrando y saliendo en plena consonancia con el juego de caderas de su compañera de cama. Tras unos largos minutos cargados de pasión arrolladora quedaron saciados y, a pesar de haber alcanzado el clímax, permanecieron abrazados, saboreando del pacífico momento del postorgasmo.

La alarma del teléfono volvió a sonar y, en esa ocasión, Daniel fue consciente de que no podía eludirla, si bien le hubiese gustado disfrutar de aquella hermosa sensación de paz unos minutos más. En su opinión no existía un momento más placentero que el de después de hacer el amor,

cuando el cuerpo alcanzaba el nivel óptimo de relajación y la mente se quedaba vacía, serena y libre de preocupaciones. Suspiró resignado soltando el aire despacio y se apartó con pesar del cuerpo desnudo de su amante. Llevaba saliendo con ella poco más de medio año, todo un récord para él, que no había pasado nunca el escalón de los tres meses en una relación sentimental. No sabía si lo que sentía por Sarah era amor, pero se le parecía bastante. Gozaban uno en la compañía del otro y, la posibilidad de dar el paso a vivir juntos se hallaba cada vez más cercana. Ella se lo había insinuado unas cuantas veces; de hecho, había traído de forma tímida algunas pertenencias suyas al piso de Daniel, pero una pequeña parte de él se resistía todavía a aceptar el reto. La primera vez que divisó un cepillo de dientes con el mango de plástico de color amarillo incrustado de pequeñas florituras doradas acompañar al suyo en el soporte del cuarto de baño experimentó un fuerte vértigo, y necesitó de varias semanas para acostumbrarse a su presencia. Podría parecer infantil y, quizá, inmaduro, pero se había sentido terriblemente amenazado por ese pequeño objeto, que poseía el poder de robarle la calma.

Con esos pensamientos en la cabeza, Daniel se metió en la ducha, canturreando una alegre canción *country*. Un cuarto de hora más tarde se encontraba listo para irse a trabajar. Antes de abandonar su apartamento se acercó a la cama, donde Sarah todavía languidecía, para darle un beso de despedida en los labios.

—Bella durmiente, me tengo que ir a trabajar. Entro a las nueve y hay mucho tráfico a esta hora. ¿Comeremos juntos más tarde?

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo de nuevo hacia su cuerpo. Daniel comenzó a reír apartándola con delicadeza:

—¿Qué parte de entro a las nueve no has escuchado?

Sarah se incorporó y, poniendo una almohada debajo de su espalda, lo contempló de arriba abajo con atención. Daniel estaba muy atractivo con sus tejanos clásicos y su camiseta blanca algo ceñida, que ponía en evidencia sus pectorales bien definidos y su torso fortachón. Un chaleco de color azul marino completaba su aspecto de un modo más que favorecedor. Alargó la mano y le rozó el pelo lacio y oscuro, todavía húmedo, que olía a un intenso champú masculino.

—Eres demasiado atractivo. Siento celos hasta de tu sombra, no quiero ni acordarme de tus compañeras de despacho. Estoy segura de que no pierden la oportunidad de coquetear contigo y, solo de pensarlo, se me contrae el estómago y se me altera la sangre. ¿No podrías ser un poco menos seductor, al menos por la mañana?

—No tienes por qué sentir celos —la tranquilizó él, con la mirada puesta en el reloj—. Sabes que soy un tío legal. Y gracias por lo de seductor, me ha levantado bastante el ánimo —sonrió, guiñándole el ojo.

Ella soltó el aire retenido en sus pulmones, un tanto arrepentida por ese relámpago de debilidad. Era una mujer celosa y, cuando las garras de la desconfianza se apoderaban de ella, era superior a sus fuerzas no hacerle reproches, aun cuando sus motivos eran infundados. Era el único «pero» de su relación que, en más de una ocasión, les había traído verdaderos quebraderos de

cabeza.

—Lo sé, perdona por ponerme pesada nada más despertar. Que tengas un buen día, cariño. Luego te llamaré para quedar.

Daniel le lanzó un beso al aire y se apresuró a abandonar el apartamento. Tomó el ascensor y le dedicó unos cuantos cumplidos a una vecina entrada en años, de anchas caderas y senos generosos, que no despegó la vista de su torso los treinta segundos que duró el trayecto hasta la planta baja. De buen humor dirigió sus pasos hasta su coche, aparcado en una calle cercana al apartamento y, tras acomodarse en su confortable asiento de cuero y cuadrar bien los espejos retrovisores, sintonizó una cadena musical y puso rumbo al centro de investigación policial donde trabajaba como agente.

La temperatura en Houston era agradable a aquella hora temprana de la mañana y el tráfico era fluido. El agente Daniel Trent rebosaba de un optimismo desbordante mientras recorría el *boulevard* central al tiempo que los acordes de la mítica canción *Wind of change*, de Scorpions, sonaban a todo volumen.

Capítulo 3

Umay despertó animada y, por primera vez en mucho tiempo, abrigó el deseo de relacionarse con los demás enfermos. En las últimas semanas había experimentado una visible mejoría y las enfermeras la aseguraron que era cuestión de tiempo el poder hacer vida normal junto a los demás internos. La joven no imaginaba qué aspecto tendría el resto de los ocupantes de la clínica psiquiátrica y la simple idea de conversar con otro ser humano la inundaba de felicidad.

Con la cabeza poblada de esos alegres pensamientos, se acercó al pequeño armario de su dormitorio recordando emocionada que, el día anterior, el médico encargado de su caso le había dado el visto bueno para que accediera a sus pertenencias.

—El severo cuadro de paranoia que sufría la señora Cozcolu ha remitido en intensidad, por lo que, a día de hoy, el riesgo de suicidio es muy bajo —había remarcado el profesional tras reconocer a la paciente—. Con base en esos favorables cambios, recomiendo que se le devuelva sus pertenencias personales para que vaya tomando contacto con su pasado. Si reacciona bien, no veo ningún inconveniente para que haga vida normal dentro del centro. Es una mujer que goza de una excelente salud física, ha llegado la hora de darle una oportunidad.

El recuerdo de las palabras del profesional alentó a Umay a sacar la pequeña maleta plateada del armario. La dejó con cuidado sobre la cama y, tras acariciarle el borde liso con la mano, le quitó el seguro y la abrió. Lo primero que llamó su atención fue un suéter rojo confeccionado a mano, de suave lana inglesa. Acostumbrada a la vida insulsa de los últimos meses, en donde el color brillaba por su ausencia, se sintió invadida por una buena dosis de felicidad. Lo desdobló con cuidado y hundió su cara en la tela, feliz de poder olfatear su perfume de siempre. A continuación, lo dejó de lado y siguió investigando el contenido de su maleta. Hizo un recuento de todas las prendas y enseres que tenía agradeciendo mentalmente a quien se lo había preparado porque no le faltaba ningún detalle. Disponía de ropa interior, un par de pijamas, pantalones cómodos de día, camisas de algodón y seda, algunos vestidos, botas, guantes y bufandas. El hallazgo del frasco de su perfume favorito la emocionó y multitud de recuerdos la asaltaron. Se puso algunas gotitas alrededor del cuello, maravillada ante la felicidad que experimentó al sentirse acariciada por su fragancia preferida.

El ruido que hizo la puerta al abrirse la sacó de su particular burbuja de melancolía. Una enfermera joven, llamada Hatice, apareció en el marco y la saludó con una sonrisa en los labios:

—Señora Umay, qué alegría encontrarla despierta. ¿Y ese suéter tan bonito? —preguntó curiosa al tiempo que se acercaba a la cama y cogía la prenda para inspeccionarla de cerca—. Vamos, póngaselo, seguro que le queda genial.

—No sé si me dejarán —se cohibió la paciente, ante la inminente posibilidad de vestir otra cosa que no fuera su bata ancha de hospital.

—Pues claro que la dejarán —le aseguró Hatice, animándola con la mirada—. Todos los enfermos que tienen permiso para salir de sus habitaciones visten ropa normal. Por favor, me muero de ganas por verla.

El entusiasmo de la enfermera la contagió y Umay, tras alisarse la bata con gestos torpes, se colocó el suéter por encima de esta. Era extraño cómo la falta de práctica de un hábito tan corriente como vestir dejaba de ser automático si no se realizaba a menudo.

—¡Es usted tan bonita! —alabó la sanitaria su aspecto, impresionada ante el cambio de la enferma, a la que siempre había visto apagada, tumbada en la cama, con la mirada perdida y los ojos anegados en lágrimas—. Hoy mismo daré parte a su médico, informando de su mejoría, para que a partir de mañana pueda ir a pasar el día con los demás. Ya verá como hará un montón de amigas.

Ante esa perspectiva tan atrayente los ojos de Umay se llenaron de generosas lágrimas de felicidad. La vida la había condenado a vivir en aquel infierno del que era más que previsible que jamás lograría salir. Había perdido la ilusión de vivir y, de pronto, advirtió perfilarse ante ella la oportunidad de volver a sentirse una persona normal, de interactuar con otra gente y, quizá con un poco de suerte, de hacer amigos nuevos.

Al final, Hatice le dio las medicinas y salió para atender a otros enfermos. Tras su marcha, Umay rebuscó entre sus pertenencias y encontró el parte de su ingreso en la clínica, y los recuerdos de ese día volvieron a sumirla en la tristeza.

El informe decía que el señor Emir Dogan, su exmarido, la había llevado a aquel centro el martes 19 de septiembre, tras haber sufrido un cuadro severo de depresión y paranoia. Observó unas líneas garabateadas con letras irregulares, escritas por él, en donde explicaba su preocupación por la salud de Umay, quien llevaba las últimas semanas recluida en su cuarto. Relataba el informe la obsesión de la señora Cozcolu con un muñeco de porcelana al que consideraba «su hijo» y se describía con lujo de detalles su intento de tirar a la hija del señor Dogan, Elia, por el acantilado.

Umay se acercó a la ventana y se quedó un tiempo con la vista pegada a la hoja de cristal que daba a un patio recién nevado. Comenzó a llorar desconsolada al recordar la atrocidad que estuvo a punto de cometer aquel fatídico día. Eva, la actual esposa de Emir, había sido su amiga, la había protegido y le había permitido que siguiese bajo el mismo techo con ellos a pesar de las presiones de la familia. Y Umay, en vez de agradecerse, había tratado de infringirle el mayor daño que se le puede hacer a una madre: acabar con la vida de su pequeña.

Enfurecida consigo misma dejó de mirar por la ventana tratando de encontrar alguna excusa, aun

cuando fuese una intrascendente, que justificase lo sucedido ese día. Era demasiado doloroso verse a sí misma a través del prisma de sus actos. Había estado a punto de robar la vida de un bebé inocente. Ese simple pero sangrante pensamiento tuvo el poder de perturbar todo su mundo interior. Era incapaz de perdonarse y asimilar la rabia que se profesaba a sí misma. Los médicos le pedían encarecidamente no autocastigarse con pensamientos negativos hacia su propia persona, argumentado que la única culpable de todo aquello era la enfermedad que padecía. Pero Umay no lo veía de ese modo.

Regresó a la cama colmada de culpa y remordimientos y, tras quitarse el suéter de color rojo, lo amontonó de cualquier forma en la maleta, a la que volvió a guardar en el armario. Después, se tumbó sobre el colchón colocándose en posición fetal encogida sobre sí misma. Cerró los ojos y se tapó con la manta hasta la altura de la cabeza.

Un cuarto de hora más tarde, ante la visita del médico, ofrecía el mismo aspecto aletargado y deprimido de siempre, la mirada perdida y los ánimos decaídos. No contestó a ninguna de sus preguntas ni se rebeló ante su valoración final:

—Enfermera Hatice, tanta prisa que me ha metido para ver la espectacular remontada de la paciente y todo para encontrármela más deprimida y desanimada que nunca. Me ha hecho usted perder el tiempo. ¿Dónde está la mejoría de la que tanto alardeaba esta mañana? Según puede ver, la señora Cozcolu es la misma mujer abatida y ausente de siempre. Es imposible que apruebe su salida al exterior en estas condiciones. Ya decía yo que me parecía raro que estuviese lista tan pronto.

Hatice aguantó la reprimenda del médico sin pestañear sabiendo que estaba en todo su derecho de reprocharle. Lanzó una mirada dolida en dirección a Umay, incapaz de comprender qué había podido suceder en el corto periodo de tiempo que la había dejado sola. Era consciente de que el sanitario se quejaría de su falta de profesionalidad y le caería una buena regañina por parte de su encargada, y todo por haber confiado en una enferma. Había visto con sus propios ojos lo animada y deseosa que estaba de acabar con su encarcelamiento para que, tan solo un par de horas más tarde, la encontrara en aquel lamentable estado.

—Lo siento, señor —se disculpó azorada al tiempo que miraba en todas partes menos en la dirección del profesional—. Le aseguré que...

—No, no me asegure nada —estalló el hombre, malhumorado—. La próxima vez que se atreva a hacer una recomendación, aprenda a ser más cuidadosa, acuérdesse de que esta gente posee una extraordinaria habilidad para engañar. Es preciso que sea menos altruista si quiere mantener su puesto de trabajo.

La enfermera asintió con la cabeza y no alegó nada más en su defensa ni en la de la señora Cozcolu. Los hechos hablaban por sí solos y nada de lo que hubiera añadido habría mejorado la situación. Una vez que el médico se hubo marchado, se acercó a la paciente y le retiró la manta de los hombros para que estuviera más cómoda. La miró fijamente y el dolor que encontró en los ojos almendrados de Umay le partió el corazón.

—El color rojo le quedaba tan bien, señora. No voy a sermonearla ni a juzgarla; si bien me gustaría saber por qué ha regresado a su agujero oscuro —preguntó Hatice entristecida. Le apartó un mechón desordenado de la frente y le acarició con delicadez la mejilla—. Ha oído al médico, con su actitud ha desaprovechado la oportunidad de salir de su cuarto y de hacer amigos nuevos. Y es una pena.

Umay se tapó la cara con ambas manos, rehuyéndola. Deseaba estar sola con su dolor y su pena. No pensaba ofrecerle ninguna explicación, aunque sin habérselo propuesto un torrente de palabras salió al exterior.

—He recordado todo lo que ocurrió el día de mi ingreso. Soy un monstruo, no merezco que la vida me trate bien. —Se destapó la cara entre suspiros y, mirándola con gesto serio, añadió angustiada—: Hatice, si no quieres salir perjudicada, aléjate de mí. Te advierto que todo aquel que intenta protegerme o ayudarme acaba lastimado. No te compadezcas, ni intentes animarme. Mientras estoy sumida en mi mundo de sombras es más fácil aguantar mi realidad.

La enfermera quedó conmocionada ante el sufrimiento de la paciente. Cogiéndole una mano entre las suyas la tranquilizó con voz comprensiva:

—Ha estado muy enferma, señora, no debe culparse. Estoy segura de que su familia lo entiende así. No sea tan negativa, ahí fuera hay un universo maravilloso que la estará esperando con los brazos abiertos, solo tiene que esforzarse un poco. Abandone su mundo de sombras, no es sano que viva de ese modo.

—Te equivocas, ningún allegado mío desea mi recuperación. Pertenezco a dos familias y, al mismo tiempo, a ninguna. No son capaces de decidir qué hacer conmigo y, por lo tanto, si me pudiese en esta clínica y no saliese nunca, sería una solución perfecta para ambas. En el mundo maravilloso de fuera —estalló Umay en un sonoro llanto apuntando con un dedo en dirección a la ventana—, no hay un pequeño lugar para mí, simplemente, no lo hay.

La enfermera le limpió las mejillas humedecidas con una servilleta de tela que sacó del bolsillo de su uniforme y, ante aquella severa recaída, resolvió resignada ponerle un tranquilizante. Tras inyectárselo en la vena, observó como Umay se relajaba dejándose atrapar por las benévolas garras del sueño y del olvido.

Capítulo 4

Un mes más tarde.

Umay se apoyó en el alfeizar del ventanal y pegó la mejilla en la superficie lisa del cristal canturreando una canción infantil en voz baja. Se encontraba sola en su habitación y nadie podría escucharla, pero la costumbre de cantarla a escondidas hizo que no se atreviera a subir el tono de su voz. Sus ojos recorrían impasibles el valle nevado que rodeaba las severas líneas rectas del edificio y se dejó hipnotizar por el alegre baile que formaban los copos plateados en el aire. Las coronas desnudas de los árboles, agitadas por una frenética ventolera, hacían que la nieve se removiera de un lado para otro y creara un extraño movimiento blanquecino.

«Solo soy una niña inocente, que quiere jugar», susurraba Umay abatida, cuando unos sonoros golpes en la puerta la sobresaltaron. Las últimas letras de la canción se congelaron en sus labios y un extraño temblor la traspasó de arriba abajo. Con el corazón desbocado se alejó de la ventana apretujando a su alrededor su bata ancha y sin forma.

Al instante, la puerta se abrió con un chirrido espeluznante y dio paso a la lustrosa punta de una bota campera. El cuerpo de Umay se crispó ante la aparición de un hombre corpulento y fornido que, avanzando un paso, cerró la puerta tras él con brusquedad. La miró con desagrado frunciendo sus pobladas cejas hasta unir las en un arco desigual y feo y después le ofreció su mano grande y áspera para que la joven se la besara.

Umay sabía que debía aprovechar aquella generosa muestra de bondad, puesto que su padre, a pesar de su mirada fría, le había tendido la mano y eso significaba que no tenía intención de matarla; de haber sido así, ya lo hubiera hecho. Se esforzó en esconder el temblor que le producía la mirada oscura y fría de su progenitor y se acercó con paso débil, mostrándose ante él tal como era, una muchacha triste y aterrorizada. A un paso de distancia se detuvo y, alargando la mano, cogió la de su padre y la besó, después se la llevó a la frente, para recibir su bendición, aunque no llegó a finalizar el gesto porque él la retiró de malas maneras.

—No he venido para bendecirte, estoy aquí para advertirte, Umay. —Su voz sonó cortante y fría, lo que provocó que un nudo grande e incómodo se alojase en la garganta de la joven que, a duras penas, lograba contener las ganas de llorar—. Tengo que reconocer que ha sido un movimiento astuto por parte de tu marido el haberte traído a este lugar; aun cuando no fuera una solución definitiva. Estás encerrada, cierto; no obstante, sigues respirando. Han pasado cuatro

meses desde que te ingresaron, pero ¿sabes qué? Tu situación me sigue dando dolores de cabeza, no consigo dormir tranquilo por las noches; noticias como estas salen a la luz más tarde o más temprano. Y cuando lo haga nos salpicará. Quiero el apellido Cozcolu limpio, sin manchas producidas por las habladurías de la gente.

Se acercó a la joven y, atrapándole la barbilla entre el dedo pulgar y el índice, la zarandó con brusquedad:

—Y no queremos eso, ¿verdad, hija?

La joven tragó saliva deseando con todas sus fuerzas encontrar la voz y decirle lo que él quería escuchar. Fue superior a sus fuerzas hablar por lo que se limitó a negar con la cabeza, al tiempo que notaba cómo sus mejillas se humedecían a causa del raudal de lágrimas que surcaba su piel. Él la taladró con una mirada intimidante cargada de maldad y la empujó hacia un lado. Su gesto hizo que ella se desequilibrara y cayera al suelo. La punta dura de la bota de su padre se clavó en su estómago y la convirtió al instante en un ovillo.

—No eres capaz de hacer nada bien en la vida —le recriminó, exaltado—. Te lo hemos dado todo ¡todo! para que fueras una mujer poderosa y sin preocupaciones: dinero, una dote sustancial y un marido importante. A cambio, solo debías de encargarte de una cosa, la de procrear. —Levantando el dedo índice, el hombre lo agitó ante ella en son amenazante—. De parir hijos sanos y fuertes para tu marido. Cuantos más, mejor. ¿Y qué es lo que hiciste?

Sus palabras hirientes dieron el enclavo y provocaron que un amargo sentimiento de culpa y decepción se apoderase de Umay, que estalló en un sonoro llanto.

—Lloriquear, claro, es lo único que se os da bien a tu madre y a ti —farfulló en tono despectivo al tiempo que volvía a propinarle otro rabioso golpe con la punta de la bota y se alejó de ella para sentarse en el borde de la cama.

—Escúchame con atención, Umay. —La volvió a señalar con el dedo de un modo aterrador y el tono de su voz calmado y frío hizo que la sangre se helara en las arterias de su hija—. Llevo tiempo buscando una solución a lo tuyo, y la muerte es lo único que dejaría a las dos familias sin mancha. Había tomado la decisión de matarte porque no me dejaste alternativa, pero tu madre no deja de suspirar e implorar y estoy cansado de sus lamentos. Seré generoso y te daré una última oportunidad para vivir. Llama a tu marido y dile que exijo que te lleve de vuelta a su casa y que te traten como a una Dogan. No me importa que se haya casado con otra ni las habladurías de su gente. Dentro de poco tu hermano mediano va a contraer un matrimonio muy ventajoso con la hija de una familia de rango alto y no quiero que tu situación nos salpique. ¿Me has oído?

Umay levantó la vista del suelo y, apretando los labios para contener el llanto, asintió con la cabeza.

—Tienes dos semanas para espabilar. Dos —volvió a repetir, esta vez acompañando sus palabras con dos dedos agitados por encima de su cabeza—. Sabes de sobra que no puedes regresar con nosotros, siendo divorciada y repudiada por los Dogan, y tampoco permitiremos que vivas por tu cuenta como una vulgar prostituta. Nos has hecho pasar por una gran vergüenza en la boda

de Emir al haberte atrevido a bailar con otro hombre. No me arriesgaré a que eso se repita. O vuelves con la familia de tu exmarido, o morirás —sentenció el hombre con voz atemorizante—. No habrá término medio. Quedas advertida, por lo que la decisión es tuya.

Umay perdió la poca compostura que aún conservaba ante aquella amenaza clara y directa. Observó aturdida cómo se levantaba de la cama y caminaba con andar pausado hacia ella. Sabía que su padre no malgastaba las palabras en vano y que las acompañaría de una brutal paliza, para que el efecto fuera contundente. Comenzó a temblar de forma violenta y, a pesar de las fuertes patadas que le propinó en las costillas y en otras partes de su cuerpo, no fue capaz de hacer ningún gesto para defenderse. Al principio, los golpes le provocaron dolor, pero al recibir uno en la sien, perdió la conciencia y se dejó abrazar por los consoladores brazos del olvido, desmayándose.

Un tiempo después, despertó notando que las manos delgadas de Hatice la erguían con suavidad.

—Señora Umay, ¿qué le ha pasado? Por todos los ángeles del cielo, está usted sangrando y llena de moratones. La encontré hecha un ovillo en el suelo, como si hubiera sufrido una brutal paliza. ¿Quién pudo enseñarse de ese modo con una mujer enferma e indefensa?

Umay se limitó a mirarla con expresión vacía en los ojos. No tenía intención de contarle a nadie que su padre la había golpeado con crueldad porque una parte de ella sentía que se merecía que la tratase de ese modo. Ante su prolongado silencio la enfermera la ayudó a levantarse del suelo y la llevó al cuarto del baño. La desvistió con cuidado como si fuese una niña pequeña y la metió en la ducha para quitarle las marcas incrustadas de sangre seca. Umay no reaccionó, sencillamente se dejó enjabonar sin protestar ni decir nada.

—Observo que no tiene intención de abrir la boca y respeto su silencio; aunque quiero que sepa que daré parte de esto al director. Acabo de comenzar mi turno y nadie me ha comentado nada con respeto a su estado. Es más que visible que le han pegado una paliza, tiene que decirme quién fue para denunciarlo.

Umay la miró a los ojos y esbozó una sonrisa cargada de tristeza e impotencia.

—Nadie, Hatice, nadie me ha pegado. He sido yo y mi incapacidad de hacer nada como es debido en la vida.

—¿Pero qué tonterías dice, señora? —preguntó la enfermera sorprendida—. Es usted una mujer estupenda, solo debe superar esta maldita depresión que no deja de atormentarla desde que ha llegado aquí. Yo la he visto en sus días buenos; es inteligente, tranquila y de buen corazón. — Hatice sacó del armario una bata de algodón limpia y, después de secarla con una toalla mullida, le curó las heridas con loción desinfectante y le untó el cuerpo con una generosa cantidad de crema reparadora. A continuación, la ayudó a ponerse la bata y le colocó unos gruesos calcetines de lana en los pies. Por último, la sentó en la cama y, tras acomodarla lo mejor que pudo, la tapó con la manta, tratando de reconfortarla.

—Ahora le pondré un analgésico para el dolor y dormirá varias horas seguidas. Cuando despierte verá cómo todo tiene mejor color. Mientras tanto, yo investigaré por mi cuenta,

preguntaré a los vigilantes de seguridad, de algún modo me enteraré de quién es el desalmado que le hizo esto y lo denunciaré a las autoridades.

—No, por favor —murmuró la joven cerrando los ojos, vencida por el cansancio—. Deja este asunto en paz, no lo remuevas. Eres la única persona en el mundo que se preocupa por mí, no es necesario que hagas nada más.

Hatice movió la cabeza a ambos lados, señal de que desaprobaba los ruegos de la paciente. Le puso la medicación en la vía y le conectó la aguja en la parte superior de la muñeca. Mucho tiempo después de que se hubiese dormido, la enferma permaneció a su lado, vigilándola. No dejaba de preguntarse quién pudo haberle propinado una azotaina tan brutal a una joven tan buena y hermosa como la señora Cozcolu. Y lo más inquietante de todo, ¿por qué?

Capítulo 5

Eva meditó un tiempo prolongado antes de acudir a la clínica psiquiátrica donde estaba ingresada Umay y, aun cuando ni Emir ni los otros integrantes de la familia Dogan veían con buenos ojos que lo hiciese, se armó de valor y, acompañada por el chofer, viajó a Gebze, una pequeña localidad costera situada a las orillas del Mar Negro, a una distancia de poco más de cien kilómetros de Estambul.

Tras los incidentes sufridos el día que Umay tiró los carritos de los bebés por el acantilado, Eva pasó por distintas fases con respecto a ella: como era lógico, en un primer momento sintió enfado, uno de esos prolongados e intensos que incitan a pensar lo peor de la persona caída en la desgracia. Después, el tiempo se encargó de suavizar las heridas y dio paso a una honda tristeza, que se fue transformando con el trascurso de los días en pena. Se consideraba dolida y defraudada en su amor propio puesto que siempre había defendido a Umay, ofreciéndole su cariño y su amistad. No comprendía su cambio de actitud ni entendía las razones que la habían empujado a intentar hacerle daño a Elia.

Sin embargo, con el tiempo la cólera remitió en intensidad y unas enormes ganas de visitar a Umay se apoderaron de ella. Había tratado de persuadir a Emir para realizar ese viaje juntos, pero él se negó en rotundo, alegando que estaba en contacto con el médico encargado de su caso, con quien conversaba cada semana. Le explicó paciente que no era necesario visitarla puesto que el sanitario le había asegurado que la enferma, al no haber experimentado ninguna mejoría importante en los cuatro meses de internamiento, seguía confinada en su habitación.

—No sé, Emir, me cuesta mucho creer que Umay tire la toalla con tanta facilidad. Tú mismo dijiste que llevaba tiempo con subidas y bajadas de ánimos; pero superaba las crisis y conseguía hacer vida completamente normal. Cuatro meses parecen un tiempo demasiado extenso para que permanezca encerrada en su cuarto. No dejo de preguntarme por su estado. ¿Y si no la atienden como es debido? Es posible que para los empleados del centro sea más cómodo tenerla recluida que lidiar con sus cambios de humor. Solo nos tiene a nosotros, necesito verla y asegurarme de que la tratan bien.

—Eva, deja de preocuparte por Umay. ¿Tan rápido olvidaste el infierno que nos hizo pasar ese día? Ella pertenece al pasado y allí quiero que se quede. No tengo ni el más mínimo interés de volver a traerla a nuestras vidas; al menos, no antes de que esté recuperada. Reside en una de las

mejores clínicas que existen en Turquía, atendida por buenos profesionales; en cuanto se encuentre preparada para volver al mundo, te prometo que buscaremos una solución para ella. Por ahora es mejor dejar las cosas como están, olvídate de ella, por favor.

Eva asintió, aunque fue superior a sus fuerzas quitarse la imagen de Umay de la cabeza. La vislumbraba triste y apartada del mundo, encerrada en una lúgubre habitación del centro psiquiátrico. Emir le dio un beso consolador en la frente y, enmarcándole la cara entre sus manos, consintió que se saliese con la suya.

—No quiero que su situación te afecte; si te sientes mejor viéndola con tus propios ojos, ve; aunque no olvides que padece graves problemas mentales y cabe la posibilidad de que no te reciba demasiado bien. Yo la conozco bien, con ella nunca sabes lo que vas a encontrarte. Tú tienes un corazón generoso, capaz de perdonar el gran agravio sufrido, y piensas que todo el mundo es igual. No estoy seguro de cómo se tomará tu visita.

Esa advertencia le provocó inquietud, pero siguió con su empeño de visitar la clínica.

Eva dejó las reflexiones de lado y, mirando por la ventanilla del coche, observó que circulaban por una calle estrecha, que discurría entre multitud de árboles desnudos que mecían sus coronas leñosas de un modo un tanto siniestro. Abrió un poco la ventana y una ráfaga de aire salado inundó sus sentidos. Un par de minutos más tarde, el camino se convirtió en una sucesión de subidas y bajadas provocadas por los desniveles del terreno que atravesaban, cubierto casi por completo de nieve. A lo lejos se divisaba la silueta de un edificio imponente, que tenía la fachada grisácea iluminada por varias farolas.

El chofer aminoró la marcha y detuvo el coche ante una barrera que cortaba el camino. Un vigilante de seguridad requirió sus identificaciones y, tras verificarlas, les abrió el paso. Eva sintió un malestar en la boca del estómago ante aquellas medidas de vigilancia tan rígidas, puesto que, en vez de una clínica psiquiátrica, parecía una prisión.

Dejaron el coche en el aparcamiento público y se adentraron en el interior del edificio, donde predominaba un sepulcral silencio, como si se tratase de un lugar abandonado. Eva y el chofer recorrieron un largo pasillo poco iluminado escuchando el eco de sus zapatos al pisar las baldosas de cemento, hasta llegar a la sala de espera. Se trataba de una estancia que desentonaba con el resto del recinto, puesto que los sofás de cuero color naranja claro y las mesitas bajas de cristal con jarrones de crisantemos frescos parecían fuera de lugar en comparación con el aspecto general del recinto. Daba la impresión de que aquello estuviese especialmente dispuesto de esa manera para que los familiares de los enfermos no dudasen de las condiciones que ofrecía la clínica.

Mientras esperaban que la señora Cozcolu hiciera su aparición, Eva hojeó una revista que encontró sobre la mesa y el chofer se sirvió un vaso de agua de una máquina expendedora.

Un cuarto de hora más tarde, Umay abrió la puerta de la sala de espera y Eva tuvo que agudizar la vista para reconocerla. Había perdido mucho peso, sus mejillas lucían un tono apagado, ceniciento, tenía los labios resecos apretados en una inconfundible expresión de tristeza y un

extenso moratón ocupaba el lado derecho de su cara.

La señora Dogan se levantó de su asiento y fue hacia ella con la intención de abrazarla, pero Umay se mantuvo distante, limitándose a saludarla con un gesto. Se sentaron las dos en los extremos alejados del sofá de cuero y esperaron a que el chofer se marchase, antes de comenzar a hablar.

—Umay, me alegro de verte. ¿Cómo estás? —se interesó Eva, al tiempo que se acercaba a ella y cogiéndole las manos con afecto se las apretó en señal de apoyo.

—Bien, recuperándome poco a poco —contestó en voz baja, tratando de aparentar optimismo, pero sin conseguirlo del todo—. No tenías por qué molestarme en venir hasta aquí. ¿Cómo está Elia?

—Muy bien, crece y comienza a dar guerra, ya va gateando por la casa, agarrando todo lo que encuentra a su paso —comentó Eva con entusiasmo luciendo una inmensa sonrisa en el rostro, como le ocurría cada vez que hablaba de su precioso bebé de cinco meses.

El rostro de Umay adquirió una palidez acentuada y sus ojos se llenaron al instante de lágrimas, aunque logró contenerlas.

—Perdóname por lo que ocurrió ese día. Yo...yo... —La voz de Umay se cortó y no fue capaz de llevar más allá la disculpa que pensaba ofrecerle.

—Por fortuna, no pasó nada irremediable —señaló Eva con tranquilidad—. No voy a mentirte, al principio me he sentido dolida contigo; aunque con el tiempo he logrado perdonarte. No quiero que te angusties por lo que estuviste a punto de hacer, estoy segura de que actuaste de ese modo debido a tu enfermedad. Yo te conozco bien, sé que no le deseas el mal a mi pequeña.

Aquellas palabras amables y consideradas se clavaron en la piel de Umay como si fuesen agujas afiladas. Había aceptado ver a la actual mujer de su exmarido porque sus remordimientos necesitaban recibir un merecido castigo. Había contado con encontrarse con una Eva enfadada, dolida y resentida, que se había dignado a visitarla para arrojarle a la cara que su vida era un cuento de hadas. La Eva preocupada, afligida y empática desestabilizó a Umay y la desconcertó.

—¿Por qué llevas la cara amoratada? —se interesó Eva, tratando de sacar a Umay de su estado de tristeza—. Cuéntame lo que ocurre aquí dentro, deseo ayudarte en lo que necesites. A pesar de todo, puedes confiar en mí, en el pasado fuimos amigas y me gustaría que lo sigamos siendo.

Aquella muestra de cariño por parte de la mujer que debería odiarla en vez de apreciarla hizo que Umay perdiera la compostura por completo. Se apartó de ella de malas maneras levantándose del sofá con brusquedad. Un torrente de lágrimas inundó sus ojos y un temblor incontrolable se apoderó de su cuerpo. Experimentó la tentación de contarle la grave situación en la que se encontraba, puesto que desde la visita de su padre habían pasado ya tres días y la vida de Umay pendía de los once restantes, pero no encontró el valor. Eva tenía sus propias preocupaciones y una niña pequeña de la que ocuparse. No era de su incumbencia ayudar a la desamparada Umay, siendo la poderosa esposa de un *agá* y apreciada nuera de la familia Dogan. El eco de su voz interior resonó con fuerza en su cabeza y provocó que Umay sucumbiera ante ella:

«No hay sitio para ti en este mundo maravilloso, no busques más ni te engañes a ti misma. No—lo—hay. Acéptalo».

—No me pasa nada. Ahora vete, no me apetece hablar contigo —contestó con frialdad, al tiempo que se levantaba de forma brusca del sofá. Sin mirarla le dio la espalda encaminando sus pasos en dirección a la puerta. Antes de abrirla se detuvo y le advirtió—: Aléjate de mí, Eva, a estas alturas debiste darte cuenta de que no soy una buena mujer. Todos aquellos que intentan ayudarme y posicionarse de mi lado acaban sufriendo. Márchate y no vengas nunca más. Deja de ser tan inocente y de engañarte a ti misma.

—¿Engañarme a mí misma? ¿A qué te refieres? —Una intensa ola de tensión se instauró entre ambas mujeres y el aire se cargó al momento de energía negativa. Umay sabía que lo que diría a continuación heriría a la bondadosa Eva; pero era necesario lastimarla para alejarla de ella. Escondió sus verdaderos sentimientos y, aparentando frialdad, dijo las palabras más duras y hostiles que jamás había dicho.

—He intentado hacerle daño a tu pequeña porque quería verte sufrir. Fue satisfactorio para mí verte llorar y suplicar por la vida de tu hija. Te odio desde el momento que apareciste en mi vida porque tú posees todos y cada uno de mis sueños. Tienes a Emir, respeto y un bebé de verdad. Yo, como bien ya sabes, he perdido a Emir, no pertenezco a ninguna familia, nadie me respeta y lo único que mis brazos han sujetado alguna vez ha sido un lamentable bebé de porcelana. Apareciste en la casa de los Dogan un día cualquiera convertida en la flamante esposa embarazada de mi exmarido. Fingí que no me importaba. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? No obstante llevé la confesión por dentro, mi realidad ha sido aterradora. Algunos meses me he contenido, aunque ese día no pude soportarlo más y, cegada por la rabia, he querido arrebatarte tu bien más preciado, a tu pequeña Elia. Es así de simple. Podría fingir que estoy arrepentida y esconderme detrás de la depresión, pero no quiero ocultarme bajo el peso de mi enfermedad para excusarme.

Eva palideció sintiéndose un tanto violenta ante las frías palabras de la primera esposa de su marido, aunque una parte de ella se negaba a creerlas. Abandonó el sofá y se acercó a Umay, mirándola directamente a la cara. Sus ojos parpadeaban inquietos y el brillo de inocencia y remordimiento que divisó en ellos le revelaron que mentía para alejarla de su lado. Le puso la mano en el hombro tratando de calmarla, pero Umay se zafó y salió corriendo por la puerta.

Eva trató de volver a verla, pero sin éxito. Las enfermeras levantaban los hombros en señal de impotencia, alegando que la paciente se encontraba indispuesta. Al cabo de unas horas abandonó la clínica abatida, experimentando la sensación de llevar un enorme peso encima. Intuía que Umay pasaba por graves problemas de autoestima siendo más que previsible que había sucumbido ante el remordimiento y el desosiego. Y lo que más la entristecía era el hecho de que había dejado de luchar.

Durante todo el trayecto de vuelta a casa no dejó de reflexionar acerca de la corta conversación que mantuvieron y llegó a la conclusión de que la exesposa de su marido necesitaba con urgencia ayuda. Lo que no lograba adivinar era qué tipo de auxilio podía brindarle para que lograra salir

del hondo pozo en el que estaba metida.

—No le des tantas vueltas —le aconsejó Emir esa misma noche, mientras le contaba el lamentable aspecto de Umay—. Si lo piensas bien, su modo de actuar coincide con la versión de los médicos. Acuérdate de que la tienen encerrada en su cuarto porque no ha experimentado ni la menor mejoría durante los cuatro meses que lleva ingresada. Necesita cuidados y atención. Dale tiempo, estoy seguro de que con el tiempo se repondrá.

Eva se acurrucó en sus brazos, apretándose contra el acogedor torso de su marido, deseando con todas sus fuerzas que la imagen atormentada de Umay desapareciera de su cabeza. Por primera vez desde que se había convertido en la esposa de Emir tomó en cuenta la posibilidad de haber provocado la desgracia de su exmujer. ¿Serían ciertas las palabras de Umay? ¿Casándose con él le habría arrebatado los sueños? ¿Estaría así por su culpa?

Capítulo 6

Daniel estaba a punto de abandonar la oficina de investigación policial donde trabajaba cuando fue abordado por Lisa, una compañera nueva de despacho. La joven le puso la mano en el brazo en actitud amistosa mirándolo con intención a los ojos, hecho que confundió un poco a Daniel, puesto que apenas habían hablado en los cuatro días que Lisa llevaba en ese departamento.

—Daniel, ¡qué coincidencia! Hemos acabado el turno a la misma hora. Me gustaría tomar una copa, pero no conozco demasiado bien el entorno. ¿Te apetece acompañarme? Invito yo —añadió la joven con una sonrisa pícaro en los labios.

Él le devolvió la sonrisa apartándose un poco de ella, tratando de recobrar el control sobre sí mismo. La propuesta de su compañera no hubiese tenido nada de malo si Sarah y sus incontrolables celos no estuvieran presentes en su vida. Sabía de antemano que se tomaría mal aquella salida inocente con una compañera de trabajo y no aspiraba a soportar sus reproches ni quería atraer nubes negras hacia su plácida relación. La tentación de compartir un tiempo de ocio con una mujer hermosa era importante; pero Daniel tuvo el autodominio suficiente para alejarla de sus pensamientos y rechazarla, eso sí, tratándola con cortesía.

—Lo siento, no puedo acompañarte —respondió con educación, advirtiendo cómo la mirada felina de Lisa destellaba sorprendida ante su considerado rechazo—. Tal vez otro día.

La joven se esforzó en mantener la compostura, al parecer, no estaba acostumbrada a ser desairada, ya que poseía una figura escultural y unos rasgos realmente bonitos.

—Claro, no hay problema. —Agitó la mano en señal de despedida y salió del despacho un tanto malhumorada, contoneando sus generosas caderas recogidas en unos apretados vaqueros desgastados. Daniel contó hasta cinco, después se giró hacia los dos compañeros que, por cercanía, habían presenciado la conversación, esperando sus guasas, que sabía que no tardarían en aparecer.

—Nuestro Dani ha rechazado a la nueva —exclamó Max, uno de sus mejores amigos de la oficina, en tono burlón—. ¿Pero tú estás ciego, compañero? ¿Has visto las piernas de esa muchacha? Miden al menos un par de kilómetros. Me he quedado sin saliva en la boca al imaginármelas completamente abiertas y bien dispuestas para que un hombre de verdad las sepa maniobrar. Esta diosa es el sueño de cualquier hombre con dos dedos de frente.

—Calla, calla —intervino otro colega, llamado Tom, en la conversación—. Nuestro Dani es un

tío listo, sabe que Lisa es una diosa, aunque vive atemorizado por Sarah y por su temible cepillo de dientes amarillo. Ha rechazado a este bombón porque es un cagón. ¿O será que lo acongoja demasiado el amarillo?

—No he rechazado a nadie y, para tu información, ni me asusta Sarah ni su cepillo —se defendió Daniel de mala gana, sorprendido ante el hecho de que sus compañeros lo conocieran tan bien—. Dejar de decir tonterías. Me voy a casa, cuando os ponéis en este plan no hay quien os aguante.

—Sí, sí, sal corriendo, muchacho, de lo contrario tu mujer te pondrá en busca y captura. — Daniel le dedicó una mirada furiosa y Max, al advertir que se había pasado de la raya, se levantó de su asiento y le dio una palmada en la espalda en un gesto amistoso—. No te enfurruñes, amigo, solo estamos bromeando. Ya tú sabes, te tenemos un poco de envidia porque todas las muchachas bonitas te hacen ojitos, nada más. Quisiéramos ser tú, veintiocho años, ojazos verdes chispeantes, piernas largas, torso duro y un físico atlético forman una combinación irresistible. Eres un tío insensato, tienes el mundo entero a tus pies y no sabes aprovecharlo. ¿Qué te crees, que siempre serás joven? Llegará un tiempo cuando mujeres como Lisa habitarán solo en tu imaginación. Aprovecha el momento, si no lo haces por ti, hazlo por tus desvalidos compañeros.

Daniel hizo un gesto de saludo y abandonó la oficina sin despedirse, sabiendo de buena tinta que aquella guasa no tendría fin si la alimentaba. No se consideraba más atractivo que sus compañeros; aunque, al ser más joven y sin obligaciones, era natural que tuviese más admiradoras que el resto. En sus días de soltería era más que probable que no hubiese desperdiciado una cita con una mujer atractiva como Lisa; sin embargo, la llegada de Sarah a su vida lo había hecho ser más comedido y menos predispuesto a decir «sí» a cualquier propuesta.

Mientras caminaba en dirección al coche escuchó que había recibido un mensaje. Sacó el móvil y las palabras que Sarah le había mandado le provocaron una pequeña punzada de intranquilidad en la boca del estómago.

«Tengo una sorpresa para ti», había escrito ella, añadiendo un emoticono sonriente.

Si algo procuraba evitar Daniel en la vida, eran, precisamente, las sorpresas. Se consideraba un hombre de ideas claras, poco dispuesto a improvisar y dejarse llevar. No hasta el punto de ser inflexible, poseía la capacidad de escuchar y cambiar de opinión si la situación lo requería, pero ante una sorpresa quedaba desarmado. Sabía de buena tinta que, si la vida ponía ante ti una situación «sorpresa» por parte de alguien cercano, solo te quedaba aceptarla.

Una media hora más tarde abría la puerta de su apartamento colmado de ansiedad. Un par de maletas situadas justo en la entrada le impidieron el paso y, antes de que una sonriente Sarah le diese «su sorpresa», él ya sabía en lo que consistía. Nada lo había hecho sentirse más amenazado en sus veintiocho años de vida que aquel par de maletas que bloqueaban con hostilidad el recibidor de su casa.

—Daniel. —Sarah salió a recibirlo con una enorme sonrisa dibujada en la cara. Se miraron expectantes, sabiendo que los pasos que estaban a punto de dar eran de suma importancia—. Me

he tomado un par de días de vacaciones y qué mejor que pasarlos contigo —justificó la presencia de las temidas maletas ante la palidez de la cara de su novio.

—Genial. —Daniel se esforzó en mostrarse contento, aun cuando en su interior se sentía todo lo contrario, atropellado y aturdido. La decisión de vivir juntos era una demasiado importante para ser tratada de ese modo superficial y, a su entender, debía de ser tomada de forma consensuada, no impuesta, como era el caso. Sarah se abrazó a él con tanto ímpetu que fue superior a sus fuerzas no sentir su buena energía. La besó intuyendo que esperaba ese gesto por su parte y, cuando separó su boca de la de ella, preguntó con toda la calma de la que fue capaz—: ¿Por qué no me dijiste nada? Hubiera preferido saberlo, me habría pedido algunos días para irnos a un lugar hermoso, ya sabes, para desconectar del día a día.

—No hay un lugar más hermoso que tu apartamento —expresó Sarah, entusiasmada. Le cogió la mano y la colocó a la altura de su corazón, declarando encantada—: Daniel, los dos sabemos lo que significa esto. No he venido a tu casa de vacaciones, he venido para quedarme.

El policía tragó saliva, preparándose para el momento cumbre de su relación amorosa de siete meses. A Sarah no le bastaba tener un simple cepillo de dientes en su cuarto de baño, necesitaba dar un paso importante para consolidarse como novios. En su defensa tenía que admitir que le había enviado varias señales e indirectas, claros indicios de que deseaba mudarse a su apartamento, aunque Daniel los había eludido mostrándose poco colaborador.

—Sarah, yo... no sé qué decir. Me has tomado por sorpresa —Avanzó en dirección al salón y dio unos pasos en círculo sin objetivo alguno. De pronto experimentó la imperiosa necesidad de tomar una copa. Dejarse invadir por el potente calor del alcohol y sus relajantes consecuencias. Acudió al pequeño bar que tenía habilitado en un rincón y se sirvió una generosa cantidad de *whisky*. Bebió un buen trago y, percibiendo que ella también lo necesitaba, le entregó su vaso. Sarah sonrió agradecida, dio un pequeño sorbo y dejó la copa sobre la mesa, entristecida.

—No he desecho las maletas todavía. Si quieres que me vaya, solo tienes que decírmelo.

Daniel soltó el aire retenido en sus pulmones despacio y, al divisar tristeza en los hermosos ojos de su novia, la atrajo con delicadeza hacia su cuerpo.

«Quiero que se quede —trató de infundirse ánimos para sus adentros—. Esta horrible sensación de agobio está producida por la sorpresa. En un par de días me habré acostumbrado a la idea y seremos muy felices».

—No digas tonterías. Vamos a buscar sitio para tus cosas; esto, ya sabes, no es muy amplio, pero con un poco de esfuerzo nos adaptaremos. No seas boba, claro que quiero que te quedes —declaró aparentando despreocupación para ahuyentar las nubes negras que se habían abatido sobre ellos.

Sus palabras tuvieron un efecto reparador en Sarah y la expresión de dicha y felicidad regresó al instante a su hermoso rostro. Lo premió con un beso largo y apasionado, seguido por unas caricias tan sensuales que provocaron que dejasen de lado la mudanza, las preocupaciones y el futuro inmediato, y practicasen uno de los polvos más fogosos de sus siete meses de relación.

Capítulo 7

A primera hora de la mañana Hatice entró en la habitación de Umay para comprobar su delicado estado de salud. Se quedó extrañada al advertir que la ventana de su cuarto estaba abierta hasta los límites de seguridad permitidos y la cortina floreada apartada a un lado. El áspero viento invernal se colaba por la abertura y unos copos furiosos de nieve bailaban en el marco del ventanal para terminar cayendo con pericia sobre el suelo de cerámica de la habitación.

La enfermera se apresuró a cerrar la ventana y, a continuación, subió un par de grados la calefacción. Cogió una manta del armario y cubrió con ella los delgados hombros de Umay. Desde la silla en la que estaba sentada contemplaba un punto lejano a través del espejo, con la mirada perdida y gesto ausente en la cara.

—Señora Umay, ¿cómo se le ocurre abrir tanto la ventana? Hoy hace un día especialmente gélido y solo lleva puesta la bata de día. —Hatice le acogió las manos entre las suyas, apenada por el estado desvalido de la enferma, que no conseguía cruzar el umbral de la desesperación—. ¿Qué le parece si miramos en su maleta por si lleva algún suéter cómodo y calentito?

Umay no respondió limitándose a permanecer quieta y ausente. Desde la visita de su padre habían transcurrido seis días y los seis restantes había decidido que los pasaría sumida en su mundo, rendida y sin esperanza. Comprendió que, aun cuando intentase luchar para proteger su vida, sería en vano. No tenía un lugar adónde ir ni nadie en quien confiar y no estaba dispuesta a sacrificar la tranquilidad y seguridad de la gente que quería para defenderse. No fue tarea fácil aceptar su destino, pero en cuanto lo consiguió, se le hizo mucho más llevadero soportarlo. Dejó de tener miedo, frío, esperanza e ilusión para convertirse en un ser apático y moribundo. Era como si su alma hubiese abandonado su cuerpo emprendiendo su vuelo hacia el universo, y hubiera dejado lo que quedaba de Umay a merced de su suerte.

Hatice, al ver que no reaccionaba, se acercó al armario, sacó la maleta plateada de Umay y la dejó sobre la cama sin abrirla.

—Vamos, señora, pruébese de nuevo su maravilloso suéter rojo. Le hará bien verse bonita y arreglada.

Un amago de sonrisa hizo acto de presencia en el rostro de Umay. Se levantó de la silla y, acercándose a la maleta, le dedicó una mirada agradecida a Hatice. Decidió que pasaría el poco tiempo que le quedaba de la mejor manera posible y vestir con su ropa de siempre no le haría

ningún daño. Sacó el famoso suéter rojo que tanto le agradaba a la única persona en el mundo que se preocupaba por ella y, tras revisarlo un par de segundos, se lo entregó.

—Toma, quiero que lo tengas tú.

—De ninguna manera, señora —se negó Hatice, rechazando el regalo con vehemencia—. La estoy animando a sacar su ropa para que se vea mejor, no para que me regale nada. De verdad, muchas gracias, pero no puedo aceptarlo.

—Por favor, eres muy buena y comprensiva conmigo, la única persona de este lugar a la que le importo, me sentiría muy feliz si lo aceptaras. Es una prenda muy bonita, sería una pena que permanezca encerrada en esta maleta. Si te lo quedas, le darás la oportunidad de alejarse de mí.

Las lágrimas inundaron los ojos de Umay y sus manos comenzaron a temblar al tiempo que le ofrecía la prenda. La enfermera se sintió apenada e impotente al verla tan desecha, por lo que accedió y la abrazó con cariño en señal de agradecimiento.

—Es usted tan generosa y buena, lo acepto, pero con una condición: que busquemos algo calentito para usted. ¿Le parece? Mire, tiene las manos heladas.

Umay hizo un pequeño gesto de asentimiento y, entre las dos, vaciaron el contenido de la maleta sobre la cama. A continuación, Umay apiló unos cuantos suéteres uno encima del otro y se decantó por uno de cachemira, de color verde menta. Lo combinó con un pantalón de franela y, un cuarto de hora más tarde, salía del cuarto de baño irreconocible. Hatice le soltó su abundante cabello de la coleta y, peinándose, se lo dejó descansar libremente sobre la espalda. Antes de marcharse a atender a otros enfermos, se deshizo en halagos hacía su paciente favorita, quien se contagió de su entusiasmo y logró olvidar sus penas al menos durante unos minutos.

Al quedarse sola, se dispuso a repasar el contenido de su equipaje, revisando todo lo que poseía. Dejó de lado la ropa y se entretuvo analizando sus cosas personales, como un reloj de gran esfera plateada y números romanos oscuros, un par de pendientes de oro, una cadena con un colgante que tenía desde la infancia, una rosa seca, un bote de perfume, toallitas desmaquillantes y un bolígrafo dorado.

Agarró el boli recordando el día que Eva se lo regaló.

Era una tarde preciosa de verano. El sol brillaba en lo alto del cielo y una brisa agradable mecía las coronas frondosas de los árboles. Las dos mujeres caminaban juntas por la orilla de la playa cuando Eva sacó un bolígrafo del bolsillo y se lo enseñó orgullosa a Umay.

—Mira lo que me ha mandado mi hermano —exclamó alegre, observando el bolígrafo con satisfacción—. Lo acaban de nombrar jefe, y eso que es el más joven de su departamento. Bueno, no es uno muy importante, tiene solo cuatro compañeros en suborden, pero, de igual forma, estoy contenta por él. Para felicitarlo, sus colegas han encargado este precioso bolígrafo que lleva sus datos inscritos: nombre, cargo y teléfono. Me hizo tanta ilusión cuando me lo contó que le pedí

que me lo enviara.

Umay cogió el bolígrafo y, analizándolo de cerca, exclamó contenta:

—Me alegro por Daniel. Es tan valiente y bueno que merece que le pasen cosas maravillosas en su vida. Nunca había conocido a nadie como él, para mí es algo así como un superhéroe de película. Me ha salvado la vida, jamás olvidaré ese día.

—Quédatelo si quieres —repuso Eva al advertir que Umay lo contemplaba fascinada—, me ha enviado varios, así que ese es para ti. Estoy segura de que él querría que lo tuvieras. Sabes de sobra lo mucho que te aprecia. Cada vez que hablamos por teléfono me pregunta por ti.

Umay regresó a la realidad sintiéndose invadida por una buena dosis de intranquilidad. Revisó el bolígrafo de cerca y vio que algunas letras se habían borrado con el paso del tiempo, pero el número de teléfono permanecía intacto. Una absurda idea comenzó a tomar forma en su cabeza y la palabra esperanza escrita en mayúsculas y subrayada con rojo se hizo un hueco en sus alborotados pensamientos. Recordó las palabras que Daniel le dijo el día que se despidió de ella.

«No eres culpable de haber nacido en una familia rígida y anticuada, no eres culpable de no poder tener hijos, no eres culpable de los disparos de los descerebrados de tus hermanos. No eres culpable de querer bailar un *blues*. Pero de una cosa sí eres culpable: la de no luchar por ti».

El mensaje de Daniel resonó en su cerebro con un poder desbordante que provocó que despertase del estado aletargado en el que se encontraba. Quizá le quedaba un atisbo de esperanza. Las últimas palabras que le había dicho antes de marcharse la hicieron temblar por la emoción.

«Umay, no sé qué acaba de pasar aquí, pero tengo clara una cosa: somos especiales el uno para el otro. Si alguna vez me necesitas, no tienes más que llamarme. Le diré a Eva que te pase mi teléfono cuando salgas del hospital. Llámame y vendré, nunca lo dudes».

Daniel era un héroe, alguien digno de confiar. La había salvado en una ocasión arrancándola de las garras de la muerte, tal vez podría volver a ayudarla. Se preguntó si debería llamarlo para contarle la grave situación que estaba atravesando, aunque las dudas se amontonaban en su cabeza y la hacían desistir.

«No, acuérdate de que todos los que se acercan a ti acaban sufriendo. Si lo llamas, vendrá y lo pondrás en peligro. Si las cosas salieran mal, tu padre y tus hermanos no tendrán piedad con él. No posees el derecho de exponer su vida para salvar la tuya».

Hecha un manojo de nervios rebuscó en su maleta para comprobar si llevaba el móvil. Como era de esperar no encontró ni rastro de él y sus recién renovados ánimos decayeron.

«Sin móvil no llegaré a ningún lado», se dijo descorazonada.

Sin embargo, una vez sembrada la semilla de la esperanza no pudo volver a encontrar la paz. Dejó de verse a sí misma como a un alma perdida, el recuerdo y las palabras del valeroso Daniel

le insuflaron el coraje necesario para luchar por su vida.

«Debo esforzarme para salir de estas cuatro paredes. Daniel tiene razón, es preciso pelear con uñas y dientes por mi vida y, si mi final está cerca, al menos, lo habré intentado. No me quedaré aquí sentada, vencida y apagada, lamentando la suerte que me ha tocado vivir. Daré mi último suspiro en libertad, batallando por encontrar mi pequeño lugar en el mundo».

Capítulo 8

Al día siguiente, Umay se despertó temprano poseída por una energía desbordante. Tomó una ducha rápida y se puso un vestido entallado de terciopelo de color azul marino, que le llegaba hasta la rodilla, de mangas largas y escote recatado, tipo barco. Se arregló el cabello, se puso rímel en sus pestañas encorvadas y rozó algo de colorete en las mejillas, dando las gracias de forma mental a la persona que había tenido la brillante idea de introducirle algunos cosméticos básicos en su bolsa de aseo.

Verificó las medicinas que debía tomarse y descartó los tranquilizantes tirándolos por el desagüe para que las enfermeras no la descubrieran. Necesitaba estar alerta y en buena forma; ya había descansado lo suficiente. No obstante, se tomó los antidepresivos, era consciente del gran daño que sufriría su mente si dejaba de ingerirlos.

Solicitó una reunión urgente con el médico encargado de su caso; aunque tuvo que aguantar toda la mañana hasta que el profesional encontrara un hueco para recibirla. Cuando, al final, Umay obtuvo permiso para entrar en su consulta, él quedó boquiabierto al ver la gran transformación física y mental de la señora Cozcolu.

—La veo muy cambiada, señora, y eso me complace enormemente, ya que su actitud de los últimos días era, como mínimo, inquietante. Tanto a mis colegas como a mí nos desconcertaba su incapacidad de mejorar. Antes de avisar a su familia de su cambio de actitud, quisiera asegurarme de que no se trata de un mero progreso temporal, así que espero que lo entienda, pero no puedo permitirle que haga vida normal dentro del centro todavía. —El sanitario se miró los dedos regordetes un par de segundos, sopesando el tiempo que necesitaba para tomar una decisión final con respeto a ella—. Si sigue así, en unos diez días daré el consentimiento para que abandone su cuarto.

Aquella decisión, que *a priori* no tenía nada de exagerada, hizo que unas pesadas nubes negras cayesen de pronto sobre los estrechos hombros de Umay y borrarán de un plumazo toda la ilusión que sentía. Diez días no era mucho tiempo y, si las circunstancias fuesen distintas, los habría recibido con infinita alegría. No obstante, la poco afortunada Umay no tenía diez míseros días, solo le quedaban cinco. Unas inoportunas y, a la vez, liberadoras lágrimas comenzaron a humedecer sus mejillas, lo que provocó que el médico experimentara lástima. Se levantó de su silla y se acercó a ella, preocupado.

—No se aflija, señora, por ahora vayamos paso a paso. Sabe que el camino a la sanación es uno de fondo, no se consigue de la noche a la mañana. Tenga paciencia y siga recuperándose. Le prometo que pasaré a verla cada día y, si la mejoría que acaba de experimentar sigue, le daré permiso para salir al comedor y a la sala de la televisión antes.

Umay asintió y se comió el malestar, pues no quería que el médico sacase alguna conclusión errónea basada en sus cambios de humor.

Tras agradecer de forma efusiva sus bienintencionadas palabras, regresó a su cuarto y esperó ansiosa la llegada de Hatice, que ese día tenía el turno de tarde. Gran parte del éxito de su plan dependía de esa mujer. Debía actuar con la mayor premura posible si anhelaba tener una oportunidad. La enfermera hizo la aparición sobre las seis de la tarde y quedó encantada con la recuperación de su paciente favorita, con quien se quedó charlando bastante rato. Cuando Umay advirtió que estaba con la guardia baja, fingió estar interesada en sus pertenencias y sacó de la maleta un sofisticado vestido de lana, en tono gris perla, ajustado, con flecos de colores colocados en las hombreras, y animó a la enfermera a probárselo.

—Ay, señora, qué ropa más bonita tiene usted y la deja desaprovechada en esa maleta. Gracias por compartir estos divertidos momentos conmigo, me muero de ganas por probar este precioso vestido, pero hoy no puedo, estoy de servicio, tal vez otro día. O mejor aún, ¿qué le parece si se lo pone usted?

—Nadie se va a enterar, por favor, quiero que te lo pongas —le pidió Umay con una expresión de súplica dibujada en la cara. Cogió el vestido por las hombreras y lo agitó delante de la otra mujer con insistencia, dando la oportunidad a los vistosos flecos de moverse en varias direcciones. Los ojos de Hatice brillaron de deseo; era cuestión de tiempo convencerla, por lo que Umay siguió implorando su colaboración. Se sentía despreciable por mentirle y someterla a juegos engañosos, pero el fin de sus acciones estaba justificado. Salvar una vida humana merecía el intento—. Vamos, solo será un ratito. Estos instantes que compartes conmigo fuera del ámbito de trabajo me llenan de satisfacción. Eres mi salvadora, fue precisamente por ti que ayer he comenzado a sentirme mejor conmigo misma. Te ruego, compláceme, si te lo pusieras, aunque fuera por unos segundos, me harías muy feliz.

La duda todavía permanecía trazada en la cara de la sanitaria, pero sucumbió ante la súplica de su enferma favorita. Se quitó la chaquetilla blanca que llevaba por encima del uniforme y la dejó colgada sobre el respaldo de una silla. Después se adentró en el cuarto de baño para cambiarse.

Nada más cerrar la puerta tras ella, Umay se acercó a hurtadillas a su chaqueta y rebuscó con dedos febriles en los bolsillos situados en los lados frontales. Ahogó el grito de triunfo que asomó a sus labios cuando encontró el móvil de la enfermera. Se trataba de un aparato antiguo, de los de antaño, que no estaba protegido por ninguna contraseña. Comenzó a grabar el número de Daniel, pendiente en todo momento de la puerta del baño. Por suerte había elegido un vestido difícil de poner a causa de los flecos, así que disponía de una ventaja de al menos tres minutos para poner en marcha sus propósitos. Una vez que tuvo el número guardado, buscó con celeridad la

aplicación de WhatsApp, aunque para su sorpresa no la encontró. Al parecer era un teléfono de guardia, muy simple, básico, que no disponía de tal aplicación.

—Señora, para vestirse con esta prenda, debe cursar primero un máster. Disculpe la tardanza, trato de ser ágil, aunque no me aclaro del todo de cuál es la parte de delante y cuál es la de atrás —la informó Hatice desde el cuarto de baño.

—Tranquila, tómate el tiempo que necesites, no hay prisa. Eso sí, por favor trátalo con cuidado, no vaya a ser que se rompa o algo —le contestó Umay tensionada, deseando que su advertencia hiciera a Hatice tardar un poco más. Mientras tanto, buscaba con dedos febriles la aplicación de mensajería y, al encontrarla, se dispuso a mandar un mensaje, rogando a todos los ángeles del cielo que el teléfono permitiera llamadas y mensajes al extranjero.

La ansiedad y las prisas provocaron gotas de sudor en sus manos y, mientras tecleaba las palabras que deseaba enviar, el aparato resbaló de sus dedos y terminó en una aparatosa caída al suelo. La joven dejó de respirar, esperando ser pillada *in fraganti*.

—¿Qué ha sido eso, señora? Me ha parecido escuchar un ruido como si se cayera algo al suelo. ¿Está bien? Dios, este vestido es del todo sofisticado.

La aludida reunió toda la fuerza de voluntad de la que fue capaz y gritó a modo de justificación.

—No ha pasado nada, soy una torpe. Cogí el bote de perfume y sin querer se me ha caído en el suelo. No te apures, por suerte no se ha roto.

Mientras tranquilizaba a la enfermera sus dedos, que volaban por las teclas del móvil, dieron el escueto mensaje por finalizado.

Daniel, soy Umay. Me encuentro en el centro psiquiátrico de Gebze y te necesito con urgencia. Si puedes, por favor, ayúdame. No llames a este teléfono, es de una enfermera llamada Hatice. Yo no tengo permiso para llamar ni para recibir llamadas. Sé discreto, nadie puede saberlo.

Pulsó la tecla enviar justo en el momento que la puerta del baño se abrió. Asustada, volvió a dejar escapar el teléfono de la mano, pero consiguió amortiguar su caída y lo tapó con un pie, al tiempo que alababa entusiasmada el aspecto de la enfermera convertida en modelo. Cuando esta se dio la vuelta para poner en evidencia los amplios pliegues de la falda, Umay recogió el teléfono y lo dejó caer con celeridad en el bolsillo del uniforme, mortificada ante la duda de si el mensaje se había enviado o no. La mataba no saberlo, pero no le quedó otro remedio que aguantarse la curiosidad y rezar para que el mensaje hubiera llegado a su destino y Daniel lo hubiese leído.

Capítulo 9

Daniel llevaba una semana de convivencia con Sarah y, poco a poco, se iba acostumbrando a compartir espacios y hábitos de vida. Había momentos en cuales se sentía invadido por sus cremas, aguas miscelares, botes de maquillajes, cepillos, secadores y planchas para el pelo. Cada vez que abría la nevera experimentaba una punzada de nostalgia de los tiempos en los que sus latas de cerveza preferidas se hallaban orgullosas en primera fila; ahora, acorde a los nuevos hábitos de Sarah, la nevera estaba abastecida con diferentes tipos de lechugas de hoja alargada, rizada y varias maneras más, legumbres y zumos extraídos de algunas plantas que Daniel ni sabía que existían. En consecuencia, sus adoradas cervezas habían quedado relegadas en el último cajón del frigorífico y, para sacar alguna, el policía tenía que hacer auténticos malabares.

Casi había caído la noche y estaban cenando un curioso estofado de coliflor y brócoli, acompañado de ensalada con nueces y queso *light*, cuando Daniel recibió tres mensajes seguidos en el móvil. En la era de las aplicaciones nadie usaba la antigua mensajería de texto, por lo que sintió curiosidad y miró el móvil, lo que le ganó la mirada de reproche de Sarah.

Tras leerlo se quedó parado con el teléfono en la mano, pasando por una sucesión de emociones. En primer lugar, se inquietó porque conocía la grave situación de Umay y podía leer con claridad, entre las líneas de su mensaje, que estaba aterrada. Sin embargo, también existía la posibilidad de que aquello fuese un brote de pánico, o algo parecido, provocado por la enfermedad que padecía, ya que Eva le había contado el incidente de los carritos de bebés y el hecho de que sufría desde hacía meses una depresión muy fuerte de la que no lograba salir.

—¿Pasa algo? —quiso saber Sarah, intrigada al advertir que no dejaba de mirar la pantalla del móvil. Daniel negó con la cabeza, contestando lo primero que le vino a la cabeza:

—Nada, Eva me ha enviado un mensaje. ¿Te importa si la llamo? Seré rápido, te lo prometo.

Sarah frunció el ceño tratando de recordar qué hora sería en Turquía, pero como no se le daban bien los horarios europeos desistió un tanto malhumorada:

—Claro, si es un asunto que no puede esperar a que acabemos de cenar, habla con tu hermana. Salúdala de mi parte, ¿vale? Mientras tanto, yo prepararé fruta. ¿Mango o papaya?

—Lo que tú quieras —respondió Daniel, tensionado, sin ser realmente consciente de su pregunta.

Esperó a que su novia se marchase y, calculando con rapidez la hora de Estambul, marcó el

número de Eva. Tras varios tonos, escuchó la voz de su hermana al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa, hermanito? —lo saludó ella con entusiasmo.

—Eva, escúchame bien —la apremió en tono conspirativo, saltándose los saludos de cortesía y cualquier otra trivialidad superflua—. Necesito hablar contigo de algo muy importante. ¿Estás sola? Si no es así, cuelga y di que se ha perdido la señal. Ve a tu cuarto y llámame. Es urgente.

Los tonos de llamada cortada le indicaron que su hermana había hecho caso a sus indicaciones. Esperó ansioso los siete minutos que tardó en devolverle la llamada.

—Eva, te dije que era urgente. Has tardado un año en hacerme caso —la amonestó en cuanto le devolvió la llamada.

—No me regañes, la casa de los Dogan no es tu apartamento de sesenta metros cuadrados. Esta propiedad tiene hectáreas de terreno y me pillaste en el jardín. Como aún no me han salido alas, he tenido que caminar. Llevo un sofoco que no veas, estoy intrigada, nunca me hablaste en un tono tan serio. Dime, ¿de qué va todo este misterio?

—¿Qué sabes de Umay? —indagó, tensionado, haciendo caso omiso a su pregunta—. ¿Hace cuánto que no la ves?

—¿Por? —se extrañó su hermana y, ante el silencio de Daniel, continuó—: Sí, la vi hace unos días. Su aspecto me pareció lamentable y, por mucho que he tratado de indagar para averiguar si tenía algún problema en el centro, no he conseguido que se abriera ante mí.

—¿Por qué te llevaste la impresión de que tenía problemas? —se interesó Daniel en un tono tan profesional que provocó el enfado de su hermana.

—¿De qué va este rollo? En vez de una charla agradable con mi hermano parece que me estás interrogando. Si no me lo cuentas, no podré ayudarte. Te conozco muy bien y sé que me escondes algo.

Al otro lado de la línea se escuchó un largo suspiro. Acto seguido llegó la confesión de Daniel.

—Acabo de recibir un mensaje de Umay. Me pide que vaya al centro donde está ingresada para que la ayude con la advertencia de no contárselo a nadie.

—¿Que más te dijo? —se alarmó Eva, ya que sus sospechas se estaban confirmando. Su corazonada de que la joven estaba en problemas había resultado ser cierta.

—Solo eso —se limitó Daniel a aclarar.

—¿Y no la llamaste para indagar? Daniel, espero que no se te pase por la cabeza cometer ningún acto heroico de los tuyos. —El silencio del aludido le confirmó sus sospechas, por lo que siguió hablándole con determinación—: Estuviste aquí, viste poco aunque suficiente para saber que Turquía no es Estados Unidos, así que no veo cómo conseguirías ayudarla. Además, no puedes dar por válido su mensaje, los médicos dicen que todavía sufre brotes depresivos muy fuertes.

—Me mandó el mensaje desde el móvil de una enfermera y me advirtió que no llamara de vuelta. Para mí que lo hizo a escondidas. ¿Dónde la tiene ingresada tu flamante maridito? ¿En la prisión?

—Emir no tiene nada que ver con las normas del centro, de eso se encargan los médicos —se

apresuró Eva a defenderlo, aun cuando una pequeña parte de ella se crispó ante la posibilidad de que Umay estuviera retenida en contra de su voluntad.

—¿Seguro? —insistió, Daniel desconfiado—. De todos modos, no le cuentes nada de esto, Eva. Por si acaso —le rogó.

—Entonces, ¿tienes pensado ir a verla? No se te ocurra hacerlo por los medios tradicionales, hermano. Es del todo imposible que te presentes en la puerta del hospital y pidas hablar con ella. No te dejarían.

—¿Y por qué no? —se obstinó él, arisco, ya que no había tomado en cuenta ese extremo.

—Se me ocurren mil quinientos motivos, pero me limitaré a nombrarte solo unos cuantos. No perteneces a su familia, no eres nadie cercano, para no acordarme que ni siquiera eres turco. Los responsables del centro no verán con buenos ojos que un americano llegado de la nada, sin más vínculo que la amistad, visite a una interna. Podrían llamar a su padre y no hace falta que te refresque la memoria sobre las atrocidades que es capaz de hacer ese hombre. Supongo que recordarás que es un asesino de sangre fría, capaz de cualquier crueldad.

Tras esas severas advertencias se instauró entre ambos un silencio molesto. Un par de segundos permanecieron callados, reflexionando que tanto el padre de Umay como sus hermanos eran unos matones sin escrúpulos.

—Daniel, por favor, mantente alejado de ella. Para que te quedes tranquilo podría comentárselo a Emir y... se hará cargo. Él sabrá lidiar con esto.

—Eva, no quiero que alertes a Al Capone. Si Umay hubiese querido su ayuda, lo habría llamado, ¿no crees? Habrá que idear un plan y voy a necesitar que me ayudes.

Mientras hablaba con ella, Daniel cogió su portátil y comenzó a escribirle a su superior un correo electrónico, en donde le pedía los seis días de vacaciones que le quedaban justificando que debía viajar con urgencia a Turquía por motivos familiares.

—¿Qué necesitas que haga? —claudicó Eva, tras agotar todas las vías de hacerlo desistir.

Ante esa pregunta, Daniel abandonó el portátil, se levantó de sofá y comenzó a dar pequeños pasos en círculo, tratando de ordenar sus alborotados pensamientos.

—Resérvame un vuelo, el primero que encuentres hasta...

De pronto comprendió la locura que estaba a punto de emprender. Se detuvo ante el ventanal que daba a una gran avenida iluminada cayendo en la cuenta de que desconocía el lugar donde se hallaba la clínica de Umay. Sus ánimos revivieron un poco al recordar que su hermana sí poseía esa información y el mensaje de Umay mencionaba una localidad.

—Tú has ido a ese centro, sabrás el destino de mi vuelo. Fecha de salida: mañana mismo, y el regreso para dentro de cinco días. Es poco tiempo, espero que sea suficiente.

—De acuerdo —aceptó Eva, de inmediato—. Ahora me pongo en marcha, en cuanto los tenga te los haré llegar por *mail*. Viajarás hasta Estambul, desde allí, saldrás en coche, la pequeña localidad donde está situado el psiquiátrico queda a unos cien kilómetros de distancia. Contrataré a alguien para que te espere con un coche en el aeropuerto.

El plan iba tomando forma con la velocidad de un rayo y Daniel se sintió un tanto desplazado por su hermana.

—Eva, gracias por tus buenas intenciones, pero no necesito que me contrates a una niñera. Me las arreglaré. Ya sabes, no es tan complicado alquilar un coche, poner el GPS y conducir hasta el psiquiátrico.

—Daniel, aparca tu orgullo de gallo atropellado porque no sabes una mierda sobre cómo funcionan las cosas aquí. Sin la ayuda de un lugareño, no harás otra cosa aparte de ponerte en evidencia y llamar la atención y, una vez que eso ocurra, será demasiado tarde para ayudarte. Ya bastante mal me siento por tener que ocultárselo a mi marido para, encima, soportar tu crisis de ego herido. Si quieres mi ayuda, no me vengas con reproches tontos. ¿La quieres?

—La quiero —aceptó Daniel de inmediato.

—Bien, ahora escúchame con atención. La persona que espero poder contratar sin que se entere Emir te dará las instrucciones necesarias una vez que llegues a Estambul. Te proporcionará ropa local, conocimientos de cómo debes comportarte; obedécelo y procura no llamar la atención. Y no te atrevas a dejarme sin noticias tuyas, Daniel. Cada dos horas quiero que me envíes un mensaje.

—Así lo haré; gracias, hermana, te debo una.

A punto de colgar escuchó cómo Eva le daba un último consejo, un tanto angustiada.

—Y una cosa más, no te hagas el héroe, que nos conocemos. Umay no es la princesa encerrada en la torre tenebrosa ni tú, el caballero de turno que acude a su rescate. Harías bien si lo tuvieras presente.

A pesar de estar tensionado, el denominado héroe sonrió y colgó el teléfono. A continuación, inspiró una buena cantidad de oxígeno antes de enfrentar la mirada sorprendida de Sarah, que esperaba paciente con el plato de fruta en la mano. Fiel a sus costumbres y gustos, se había decantado por el mango.

—Cariño, malas noticias, estaré fuera unos cinco días —anunció él intentando aparentar despreocupación.

Tras la discusión de rigor, Sarah se fue a la cama enfadada y sin tocar el plato de fruta que había preparado con tanto cariño. Daniel odiaba el mango, así que la fruta acabó en el cubo de basura y fue reemplazada por una refrescante botella de cerveza.

Capítulo 10

Las catorce horas que duró el viaje desde Houston a Estambul pasaron con lentitud. La mayor parte del trayecto se hizo de día y Daniel se entretuvo leyendo reportajes sobre Turquía y las costumbres anticuadas que todavía regían en gran parte del país. La aeronave Boeing 747 despegó de Houston a primera hora de la mañana; aunque, debido al cambio de horario, tomó pista en Estambul antes del anochecer.

Tras recoger su maleta el americano se dirigió a la parte exterior del aeropuerto, donde lo esperaba un hombre de mediana edad, de pelo canoso y mirada inteligente, que se presentó como el señor Yosuf. Chapurreaba un inglés muy básico, pero lo suficientemente sosegado para entenderse:

—Señor Trent, durante el tiempo que permanezca en Turquía estaré a su servicio. Su hermana me ha contado que es usted americano y fotógrafo. Y que desea mezclarse con los lugareños para pasar desapercibido. Le he traído algo de ropa local, vaya a cambiarse a los servicios. En cuanto esté listo, saldremos para Gebze.

Daniel abrió mucho los ojos ante las ocurrencias de Eva, aunque su olfato de policía le aconsejó seguirle la corriente. Su hermana llevaba viviendo en este país alrededor de un año y si tomaba aquellas medidas, sería por una buena causa. Era una advertencia silenciosa del tipo «no confíes en nadie», y más todavía al tratarse de Umay y su poderosa familia, de la que uno podía esperar cualquier cosa. Daniel era policía y tenía entrenado el instinto antipeligro; no obstante, debía reconocer que se encontraba en terreno desconocido y debía ser lo más cauto posible.

—Gracias, señor Yosuf. —Tras un escaneo recíproco le tendió la mano y el hombre se la estrechó con firmeza. Acto seguido aceptó la bolsa que le entregó y se dirigió a los servicios para cambiarse de ropa. Al cabo de unos minutos salía convertido en un lugareño respetable, ataviado con un traje ligero de color gris claro, algo holgado y pasado de moda. Por debajo se puso una horrible camisa en tono melocotón y una corbata impresa con multitud de rombos rojos y negros que le hacía sangrar los ojos, de forma literal, de lo desentonante que resultaba con el conjunto. En resumidas cuentas, una combinación de prendas que Daniel no se hubiera puesto ni en el día de su propio entierro. Se peinó el pelo hacia atrás para dar un aire respetable a su rostro y se colocó las gafas de vista, de gruesos cristales y montura de plástico, que encontró junto al resto de la ropa. Su aspecto general hizo que quedase horrorizado al contemplarse en el espejo. El cambio

resultó tan acentuado que el propio señor Yosuf tuvo problemas para reconocerlo nada más regresar junto a él.

Eran casi las ocho de la tarde cuando pusieron rumbo a Gebze, la pequeña localidad costera donde se hallaba ubicado el psiquiátrico de Umay.

Al ser pleno mes de enero, el aire era tan gélido que cortaba la respiración y los caminos nevados y cubiertos por hielo dificultaban de forma considerable la marcha. El señor Yosuf era un buen conductor, tomaba las curvas con mano firme y talante tranquilo, pegado al lado derecho de la carretera estrecha. No despegaba la vista del camino nevado manteniéndose alerta ante cualquier adelantamiento que se atrevía a llevar a cabo. No hablaron durante las dos horas que tardaron en llegar a la ciudad. Daniel no sabía si ese silencio se debía a que su acompañante necesitaba los cinco sentidos puestos en la conducción o a que, tal vez, era un hombre parco de palabras. Para matar el tiempo se entretuvo escribiéndoles mensajes a sus padres, a Sarah y conservó brevemente con Eva, quien le informó que le había reservado una casita en un pueblo apartado de la ciudad, donde pasaría desapercibido. Esa noticia le insufló alegría pues las innumerables horas de vuelo y el fatigoso camino en el coche comenzaban a pasarle factura y no veía la hora de desentumecer los huesos en una cama confortable.

El chofer disponía de la dirección, por lo que alrededor de las diez de la noche se adentraron en una pequeña localidad, situada a tan solo veinte kilómetros de la clínica donde estaba ingresada Umay. Daniel estaba impaciente por verla y si por él hubiera sido, habría acudido aquella misma noche, pero la mirada sorprendida de su guía le indicó sin necesidad de muchas palabras que lo más sensato sería retrasar la visita hasta la mañana siguiente.

Un lugareño esperaba paciente para entregarle las llaves de la cabaña alquilada. Se trataba de una estancia simple, construida de madera pintada en color marrón bronce, de una sola habitación, con un minúsculo baño integrado y una cocina básica.

Una vez instalado, Daniel se despidió de los dos hombres, quedando en verse al día siguiente con el señor Yosuf para acudir juntos al hospital psiquiátrico.

Estaba agotado por las horas de vuelo, el cambio horario y el dificultoso trayecto hacia la cabaña, aunque antes de irse a descansar se tomó su tiempo para familiarizarse con la casa. Se hallaba en territorio desconocido y su instinto le pedía precaución. No había mucho que ver y, tras encerrarse con la llave y verificar los seguros de todas las ventanas, mandó a descansar al Daniel policía y se relajó. Bebió el té que encontró en una cafetera y se comió la tortilla de berenjenas que halló sobre la mesa, cortesía de la casa. La extenuación acumulada se acentuó ante la agradable temperatura que desprendían las lenguas de fuego que danzaban alegres en el hogar. Colocó cerca de la chimenea una gruesa alfombra, se tumbó sobre ella y cayó rendido casi al instante.

Se despertó antes del alba, cansado, ojeroso y congelado por el frío. Malhumorado se dispuso a reavivar el fuego, que se había consumido, pero el único tronco que quedaba se negaba a encenderse. En la estancia reinaba un ambiente gélido que hacía que se notara el vapor en la boca

al respirar.

Ante esas circunstancias adversas el americano se puso un abrigo de pelos que encontró colgado en una percha y salió al patio en busca de leña para encender el fuego. Se veía a sí mismo como un hombre fuera de tiempo, obligado a soportar aquellas incomodidades. No estaba seguro de si su hermana le había echado una mano o le había infringido algún castigo. Tras lanzar un vistazo a su alrededor, tuvo que reconocer que el brillo de la nieve que cubría los alrededores era hipnotizante y el cielo oculto bajo varias capas de nubes de distintas tonalidades estaba verdaderamente hermoso. A pesar del frío y las condiciones adversas, Daniel experimentaba un optimismo desbordante. De pronto, se visualizó en ese mismo lugar junto a Umay, y una imagen de ellos dos cogidos de la mano en una sensación de intimidad lo hizo encenderse por dentro.

No había pensado nunca en ella de ese modo y se sintió un tanto molesto por la trayectoria de sus reflexiones. Estaba seguro de que en su último encuentro se había detonado «un algo» entre ambos. Un algo sin nombre ni descripción, de considerable intensidad, que tuvo el suficiente poder para empujar a Daniel a cruzar medio mundo ante la llamada de Umay. «Un algo» tan sumamente fuerte que, en un abrir y cerrar de ojos, había relegado a un segundo plano su extensa relación amorosa con Sarah.

Con estas reflexiones en la cabeza, detuvo sus pasos junto a una montaña de leña partida y se agachó para recoger algunos troncos que llevó a la casa. Tardó más de veinte minutos antes de que el primero prendiera fuego. Fue una experiencia única conseguirlo y se sintió satisfecho al observar las llamas arder, primero con timidez, para que en unos minutos se agrandasen hasta formar una pequeña hoguera. Lo invadió tal felicidad que marcó unos pasos de baile que le parecieron de los más satisfactorios.

A las siete en punto, el señor Yosuf tocó a la puerta de la cabaña. Traía dos bolsas cargadas de provisiones que había comprado a los lugareños, ya que el pueblo era tan pequeño y apartado que no disponía de ninguna tienda ni supermercado.

Ese aspecto le supo inaudito al americano que, tras haber recogido leña, encendido el fuego y consumir alimentos locales, se sentía un superviviente en el verdadero sentido de la palabra.

Le pagó la cantidad que el señor Yosuf le dijo que había abonado por la compra y colocó los alimentos en la pequeña cocina. A continuación, preparó una rica tortilla formada por cuatro huevos batidos con pepinillos y jamón e invitó a su guía a unirse a él. Tras dar cuenta del desayuno, se pusieron en marcha.

—La señora Dogan —comentó el señor Yosuf, refiriéndose al apellido de casada de Eva— me indicó que necesita llegar al centro psiquiátrico de Gebze, donde está ingresada una amiga suya.

—Así es —asintió Daniel, con los cinco sentidos despiertos y alertas. Sabía que no podía confiar en nadie y su guía, aun cuando estaba contratado por su hermana, no representaba una garantía. Además, se sintió un tanto desconcertado por un aspecto que le llamó la atención. El día anterior el señor Yosuf parecía tener dificultades con el idioma, dando a entender que lo chapurreaba, y esa mañana le hablaba en un inglés casi perfecto—. Deseo ver a la señora Cozcolu

antes de comenzar mi reportaje fotográfico. Tal vez le pueda sacar alguna fotografía si consigo estar a solas con ella un rato.

—Será complicado, señor. No es usted familiar ni alguien cercano, así que dudo que los responsables del centro consientan que se quede a solas con su amiga. Si me permite una explicación, le diría que usted viene de un país libertino, donde saludar a una amiga enferma mental puede resultar dentro de los límites impuestos por la sociedad. En tierras otomanas las cosas son diferentes, haría bien en entenderlo.

Los ánimos de Daniel se desinflaron ante aquella cortante observación. En buena hora, el eficiente señor Yosuf se estaba echando para atrás.

—Mi hermana me aseguró que contrataría a un hombre de recursos, espero que, a pesar de las dificultades de las que me habla, sepa convencer a los responsables del centro para que pueda ver a la paciente sin necesidad de un permiso presidencial —comentó con aspereza, esperando que el señor Yosuf moviera ficha. De lo poco que había leído sobre las personas que habitaban en tierras turcas, sabía que les gustaba negociar y llevar la voz cantante mientras lo hacían.

—No lo dude, señor Trent. —Un atisbo de comprensión hizo acto de presencia en los ojos oscuros del guía y una sonrisa de autosuficiencia apareció en su rostro enrojecido por el frío—. Lo veo decidido y me gusta que así sea. Vamos a ponernos en marcha. Lo primero que debe hacer es preparar cuatrocientos dólares en billetes de cincuenta, entregármelos y cruzar los dedos.

—¿Con eso bastará? —se interesó Daniel, al tiempo que contaba los billetes y se los daba a su ayudante.

El hombre aceptó el dinero y lo hizo desaparecer en el bolsillo interior de su chaqueta. Emitió un silbido admirativo al observar una muchacha caminar por la acera y, con la vista puesta en la carretera, lo tranquilizó:

—Bastará, ya lo creo que bastará. Yosuf —acentuó su nombre haciendo una seña apreciativa hacia sí mismo— no hace las cosas a medias, señor. Su hermana me pagó una cantidad generosa para que lo ayude en todo lo que necesite. Está en buenas manos, no se preocupe.

—Eso espero —respondió Daniel, suspirando para sus adentros. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener a raya sus principios y sus convicciones de policía legal. Acababa de entregar una buena cantidad de dinero a un desconocido sabiendo de buena tinta que se emplearía para sobornar un organismo público con el objetivo de obtener un beneficio personal.

Le costaba creer la cuantía de irregularidades que había cometido en las últimas veinticuatro horas. Había comenzado por mentir a su novia, a su superior y a sus padres. Se hacía pasar por un lugareño, vestido con una ropa de lo más hortera, y se dirigía a una clínica psiquiátrica en compañía del dudoso señor Yosuf, al que le había entregado cuatrocientos dólares en billetes de cincuenta, dinero que se destinaría a un acto de corrupción sanitaria.

«Querida Umay, solo espero que mis esfuerzos hayan merecido la pena y que me necesites de verdad», se dijo para sus adentros cuando el vehículo paró delante de un impresionante edificio construido de piedra grisácea y ventanales pequeños cruzados por gruesos barrotes de hierro,

empotrados en la fachada principal.

Un generoso estrato de nieve cubría el extenso patio, que lucía impecable, como si nadie lo hubiese pisado en días, y el silencio ensordecedor que reinaba en el aire daba la sensación de que se estaba adentrando en un edificio de otra época.

—Usted espere aquí —le pidió Yosuf cuando llegaron a la entrada principal—. Tenga algo de paciencia; si todo va bien, yo vendré a buscarlo.

—De acuerdo —aceptó Daniel a regañadientes. No le gustaba sentirse apartado, y menos a punto de entrar en acción, aunque entendía que debía amoldarse a las reglas locales. Sin saber qué otra cosa podría hacer, se sentó sobre un solitario tronco cortado de árbol y se dispuso a esperar.

Capítulo 11

Umay se levantó temprano, antes siquiera de que los primeros rayos del sol hiciesen su regia aparición en el horizonte. Se sentía ansiosa, presa de una buena dosis de intranquilidad. Tras ducharse y vestirse, permaneció de pie, pegada al marco de la ventana escrutando los horizontes con gesto atento. Anhelaba observar un pequeño movimiento, algo que pudiera alimentar sus expectativas; no obstante, el patio del hospital permanecía igual de desierto que siempre; no se apreciaba nada fuera del lugar.

«No seas infantil y te hagas falsas esperanzas, claro que no vendrá. Existe la posibilidad de que ni siquiera haya recibido tu mensaje. Y aun cuando lo hubiera hecho, ¿es tan fácil dejarlo todo y acudir a tu llamada? Daniel tiene su vida en Estados Unidos; con seguridad, es una plena, ajetreada y feliz. ¿Qué le pueden importar a él tus problemas? Ay, Umay, te das demasiada importancia. ¿Cómo crees que va a recorrer medio mundo solo porque tú le mandaste dos líneas? Y lo más importante de todo: ¿por qué lo haría?».

Con el paso de los días, Umay presenciaba impotente cómo sus ánimos comenzaban a decaer. Se había agarrado a la figura de Daniel como a un clavo ardiendo, dejándose envolver por una expectativa vacía que ahora comprendía que jamás se convertiría en realidad.

La falta de noticias provocaba que su esperanza se consumiera con lentitud como una cera a la que le quedaba poco antes de extinguirse. Un par de días más era lo único que faltaba antes de que su familia sentenciara su vida para siempre.

Una llamada en la puerta la sacó de sus conjeturas. El médico encargado de su caso le sonrió con afabilidad desde el marco del portal al advertir que estaba despierta, vestida y animada.

—Señora Cozcolu, no sabe la alegría que me da su visible cambio de actitud. Es el tercer día de recuperación, por lo que se ha ganado un más que merecido premio. En cuanto acabe con las visitas matutinas, mandaré a la enfermera Hatice. Ella la llevará con los demás enfermos; por ahora serán ratos cortos, para que vaya habituándose a ellos.

Aquella inesperada noticia hizo que los ojos de Umay se llenasen al instante de unas generosas lágrimas de felicidad. Sonrió agradecida al tiempo que se limpiaba las mejillas con el dorso de la mano e intentaba controlar sus emociones, que parecían desbordarla de un momento a otro. Su corazón, borracho de alegría, daba alegres volteretas en el interior de su pecho.

Quizás solo le quedasen un par de días, pero serían dos maravillosos días, que pasaría junto a

otros seres humanos, como si fuese de nuevo una persona normal. Y con un poco de suerte, cabía la posibilidad de que alguna enferma del centro se encariñase con ella y se entristeciera una vez que Umay dejara este mundo.

—Muchas gracias, doctor, por esta oportunidad —se sinceró al tiempo que miraba al médico con una gratitud infinita—. Apenas quepo en mi piel de lo contenta que estoy. Deseo relacionarme con otras personas y, como puede ver, ya me encuentro animada y con ganas.

—Muy bien, ahora tenga un poco de paciencia —trató de sosegarla el sanitario ante la gran exaltación de la paciente—. En cuanto sea posible la enfermera Hatice le administrará sus medicinas y después la llevará a desayunar al comedor. ¿Le gustaría?

La gran sonrisa que apareció en los labios de la enferma habló por ella.

—Me encantaría.

Con esas buenas vibraciones se despidió de su médico y se dispuso a esperar a Hatice. No recordaba la última vez que había estado tan ilusionada y entusiasmada. Se llevó la impresión de que el universo se había acordado de su existencia y le enseñaba su cara más amable. Al cabo de un tiempo las promesas del doctor se convirtieron en realidad. Umay apenas daba crédito a que el lugar a donde se dirigía en compañía de la enfermera era el comedor.

Tan solo unos instantes después se sintió un poco decepcionada al advertir que no se trataba de la inmensa estancia que imaginó que sería, ni albergaba una gran multitud de personas que charlasen animadas entre ellas. El comedor de la clínica era un lugar más bien pequeño y austero, pintado en color blanco y amueblado con sencillas mesas de madera rodeadas por taburetes bajos y sin adornos ni gracia alguna. Las paredes estaban desnudas, salvo una, de la cual colgaba una televisión de plasma que sintonizaba una cadena de música lírica. El único punto de color lo ponían los floreros de plástico en tonos pastel, colocados allí y allá, que en opinión de Umay conferían un aspecto sombrío y sin vida al conjunto general. En la repisa de un ventanal se encontraban dos jarrones en forma de clepsidra, que acogían algunas margaritas un tanto marchitas.

Hatice la animó con un gesto y, aun cuando Umay estaba siendo invadida por una comprensible ración de timidez, avanzó algunos pasos hasta llegar a una mesa solitaria. Hizo el ademán de sentarse allí, sola, y la enfermera asintió con un gesto. Era del todo normal que el primer contacto fuese de ese modo. Si para la gente estable desde un punto de vista emocional no era fácil socializar y adaptarse a un entorno desconocido, para los enfermos metales el esfuerzo era doble. Como mínimo.

—Señora, tómese su tiempo —la animó con voz suave y mirada tolerante—. No es preciso que establezca ningún contacto si no le apetece. Acuérdesse de que su recuperación será una carrera de fondo, no se presione. Por hoy será suficiente observar. En un rato vendré a recogerla.

Umay asintió mostrando una débil sonrisa. Le aterraba quedarse ahí sola, aunque se armó de valor y ocupó un taburete. Un tiempo se quedó con la espalda recta y las manos cruzadas sobre su pecho, como si en cualquier momento la fuesen a atacar. No obstante, al cabo de un rato

comprendió que los demás ni siquiera reparaban en ella. Las dos rebanadas de pan tostado untadas con mantequilla parecían deliciosas, así que se animó a probarlas, al tiempo que observaba con el ceño fruncido las miradas pérdidas de los demás enfermos y las pocas ganas de conversar que tenían en general. La mayoría desayunaba en silencio, sin ser conscientes del entorno, dando la impresión de estar sumidos en otros mundos. Sin saber por qué Umay se notó desanimada; sin ánimos de ofender a nadie, se consideró la más cuerda y sana de todos ellos. Le entraron ganas de llorar cuando vio a una mujer de mediana edad acercarse a ella con un florero en la mano. Le sonrió y, tras beber una generosa cantidad de agua del jarrón, se lo entregó a Umay alentándola a hacer lo mismo.

Aquella parecía ser la maravillosa amiga que había esperado encontrar. Umay le dio las gracias con una sonrisa fingida y dejó el florero sobre la mesa sin tocarlo. Una pequeña parte de ella se alegró de que le quedasen solo dos días de vida; visto el panorama, prefería mil veces morir antes de estar tan mal de la cabeza y beberse el agua de las margaritas marchitas.

Una vez retirado el desayuno, los enfermos pasaron a otra sala, donde se suponía que disfrutarían de un tiempo a libre elección. Algunos lo empleaban para leer, jugar a juegos de mesa, o solo conversar. Umay se sentó en un sofá apartado y se dispuso a observarlos cuando fue interrumpida por Hatice.

—Señora, tiene una visita.

El corazón de Umay dio un vuelco brusco. Dejó de mirar a un hombre que repartía sobre una mesa varias cartas con las que formaba unas filas perfectas, para centrarse en la conversación. Tragó saliva y tuvo que esforzarse para que la pregunta que le quemaba la lengua pudiese salir de sus labios.

—¿Quién... es?

—Un amigo suyo. Dice ser fotógrafo.

—¿Es turco? —se interesó Umay, ya que todos los poros de su piel esperaban la llegada del héroe americano.

—Sí, señora, es turco ¿qué va a ser si no? —le contestó la otra mujer un tanto sorprendida por la pregunta.

—Entonces, no lo conozco. Ninguno de mis amigos es fotógrafo. —Agitó Umay la cabeza con los labios fruncidos, ya que intuía que podría tratarse de alguna treta de sus hermanos. Podía ser que ni siquiera tuvieran la intención de respetar el plazo que le habían dado.

—Está usted extraña hoy, señora. Tanto tiempo esperando una visita y ahora parece desilusionada de que sea..., en fin, no es asunto mío. Muy bien, pues le diré a ese amigo que dice no conocer que no acepta verlo —sentenció Hatice y se fue.

Umay permaneció con el resto de los enfermos tratando de no pensar más en la persona que pretendía visitarla. Se sintió afortunada cuando a su lado se sentó una señora bastante atractiva, llamada Meme, que se creía la presidenta de gobierno en funciones.

—Debemos luchar por los derechos de las mujeres. Ellas tienen el poder absoluto y saben

todas las verdades. Mueven los hilos desde la sombra y deciden el futuro del mundo. Los hombres son nuestras marionetas y lo mejor de todo es que ellos no lo saben. Pobres criaturas desvalidas, viven sumidos en la mentira, aunque debes guardar el secreto, de lo contrario, comenzará la guerra —le comentaba Meme al oído en tono conspirador, cuando fueron sorprendidas por Hatice.

—Señora, veo que ha encontrado una amiga. Doña Meme es una gran mujer. Siento interrumpirla de nuevo, pero el que dice ser su amigo, el fotógrafo turco, insiste en verla. Es más testarudo que una mula. Estoy a punto de pedirle al médico de guardia que lo ingrese a la fuerza porque no parece estar en todos sus cabales. Ahora dice que le debe usted una camisa. Válgame Dios, que alguien me lo explique porque yo ya no entiendo nada.

Al escuchar aquello, el corazón de Umay dio un vuelco impetuoso en el pecho. Reflexionó para sus adentros y, mareada de felicidad, pensó que, si el mismísimo sol hubiese entrado por la ventana para terminar alojado en sus brazos, no le hubiera provocado la misma alegría.

Solo había una persona en el mundo a quien ella le debía una prenda. Y esa persona era Daniel. Todo indicaba que había recibido su mensaje y, sin dudarlo, había cruzado medio mundo para acudir en su ayuda. Umay no podía considerarse más afortunada ni intentándolo con todas sus fuerzas. Le dio un abrazo cariñoso a la señora Meme, otro a Hatice y voló literalmente por las escaleras hasta la sala de visitas.

—No lo olvides —gritaba su nueva amiga agitando las manos por encima de su cabeza—. Las mujeres poseemos el secreto de la humanidad.

—No lo olvidaré —respondió Umay eufórica.

Capítulo 12

Umay irrumpió en la sala de visitas con la velocidad de un rayo. La radiante sonrisa que iluminaba su rostro se apagó al instante al percatarse de que el hombre que ahí la estaba esperando no era Daniel. Se llevó la sensación de que el alma se le caía a los pies y pasó, en cuestión de segundos, por diferentes estados de ánimo: alegría, expectación, felicidad, desconcierto y tristeza. Era como si, de pronto, hubiese dejado de pisar nubes esponjosas para sentir bajo la planta de los pies las ardientes brasas del infierno. Hizo el intento de regresar por donde había venido cuando escuchó al hombre llamarla:

—Señora, espere. Su amigo, el fotógrafo, vendrá enseguida.

Umay lo miró con desconfianza puesto que la sucesión de sentimientos encontrados la había dejado tan exhausta que ya no distinguía la realidad de las fantasías. Además, había dejado de tomarse los tranquilizantes y su estado de ánimo fluctuaba con demasiada rapidez.

«Confía, Umay, tiene que ser él. Nadie más puede saber lo de la camisa. Tu corazón lo sabe, ha reaccionado así porque lo siente cerca. Trata de relajarte, sé paciente».

Superó la tentación de salir corriendo y permaneció de pie con los cinco sentidos alertas. Un par de minutos más tarde, la puerta de la sala de visitas se abrió y un Daniel un tanto irreconocible apareció en el umbral. El desconocido se marchó sin mediar palabra y al quedarse solos se observaron, expectantes.

—Hola, Umay. —Daniel señaló con la mano la horrible corbata que colgaba del cuello de su camisa y dijo a modo de explicación—: Espero que me hayas reconocido y que te guste mi nuevo estilismo; es ropa local, necesaria para no llamar la atención en exceso.

Umay asintió con un gesto, incapaz de hablar. Una intensa emoción se apoderó de ella y la impresión de sentirse importante se hizo un hueco en su corazón. A fin de cuentas, la vida le acababa de dar una sorprendente lección haciéndole ver que existía alguien en el universo a quien le importaba su suerte. Y para un ser maltratado y desdichado como Umay eso significaba un mundo. Los matices tristes del otoño, que la habían acompañado hasta entonces, se convirtieron en brillantes y vivos colores primaverales.

Él, ajeno al fuerte oleaje que la arrastraba por dentro, dio un paso en su dirección y le cogió las manos entre las suyas. El simple contacto tuvo el poder de calmar los agitados nervios de Umay y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió protegida. Reunió toda la fuerza de voluntad que

poseía y sonrió, a pesar del torrente lagrimoso que humedecía sus mejillas:

—Hola, Daniel. Estoy llorando, pero de felicidad; según ves, tu simple presencia ostenta ese efecto sobre mí. —Le sonrió con los ojos y añadió emocionada—: Por supuesto que me encanta tu estilismo, algo pasado de moda, tal vez, aunque te sienta bien de igual modo. Eres el único héroe presente en mi vida, reconocería tus ojos en cualquier lugar. Gracias por venir. Para serte sincera, no me lo esperaba.

Él le devolvió la sonrisa, mirándola con intensidad a los ojos, de ese modo tan suyo, directo y sincero.

—¿Crees que vuestras costumbres se sentirán molestas si te doy un abrazo de bienvenida? —preguntó expectante, deseoso de reconfortarla y tranquilizarla.

Umay negó con la cabeza al tiempo que aproximaba su cuerpo al de él y le rodeaba los hombros. Daniel la estrechó entre sus brazos y depositó un beso afectuoso en la parte superior de su frente.

—Les importará, ya sabes las quisquillosas y susceptibles que pueden llegar a ser. ¿Pero sabes qué? Por un abrazo tuyo vale la pena enfrentarlas.

Se estrecharon manteniéndose unidos, disfrutando del calor que desprendían sus cuerpos. A pesar de ser prácticamente dos desconocidos, existía entre ambos un vínculo más allá de lo comprensible, un algo que los hacía conectar y que revolucionaba sus mundos interiores sin apenas esfuerzo.

Cuando la euforia inicial se fue disipando, se distanciaron y tomaron asiento en el sofá. Tras consultar el reloj, Daniel pensó que debían pasar al tema de interés, ya que el tiempo apremiaba y era de vital importancia saber si aquella era una visita de cortesía o la vida de Umay corría algún tipo de peligro.

—Me encantaría pasar el rato contigo y considerar este encuentro, de cortesía, pero los dos sabemos que no lo es. Quiero que me prestes atención —le pidió en tono grave para captar su interés—. Hace dos días he recibido un mensaje tuyo un tanto extraño, a mi entender, me pediste ayuda. No ha sido fácil llegar hasta ti y que me permitieran verte; ya sabes, no somos familia ni nos une vínculo alguno, así que para poder disfrutar de esta visita tuve que sobornar a algunos trabajadores. No tenemos mucho tiempo, por lo que, si es algo importante, necesito saberlo cuanto antes.

Ella se mordió el labio inferior pensativa y, contemplando sus manos con el ceño fruncido, dijo en voz baja, casi inaudible:

—Solo quería verte... te mandé aquel mensaje por impulso.

Esa explicación escueta e infantil hizo que el alma de Daniel se cayese a sus pies y sus ánimos menguasen de forma importante. Le costaba creer que había recorrido medio mundo cometiendo infinidad de delitos por un simple... impulso. No, no podía ser cierto. La expresión amable de segundos atrás se fue borrando de su rostro y sus ojos expectantes se posaron en ella al tiempo que sopesaba las palabras adecuadas que pensaba soltarle. De pronto recordó las advertencias de Eva

relacionadas con su salud mental y se contuvo. Ella adivinó sus dudas sin necesidad de palabras ni reproches.

—Por favor, no te enfades conmigo —susurró arrepentida al observar su gesto tenso. La palidez de su rostro se acentuó de forma drástica y un ligero temblor se apoderó de sus manos.

—No estoy enfadado —se apresuró a calmarla, tratando de entenderla y sacar a la luz sus verdaderas intenciones. Umay era un misterio, una mujer diferente a todas las que él había conocido, aunque también estaba al tanto de su triste situación y no descartaba que estuviera sumergida en algún tipo de problema.

Daniel le tomó una mano y se la apretó entre las suyas con afecto. Observó que, de ese modo, su respiración se normalizaba y el temor de sus ojos desaparecía. Cuando mantenía contacto directo con ella, Umay recobraba el sosiego.

—Por favor, dime la verdad. Necesito saberlo. Me has llamado y yo he venido, si solo quisiste verme, está bien; es algo normal entre amigos. Y tú y yo somos amigos, ¿cierto?

Los ojos de ella se iluminaron y rebajó la tensión en sus hombros. Parecía confiada, sus palabras conciliadoras tuvieron el efecto deseado.

—¡Lo somos! De hecho, eres mi único amigo. Estoy feliz de verte.

—Yo, también —declaró él, sin perder el contacto visual con ella en ningún momento—. ¿Sabes que los amigos de verdad no pueden mentirse? ¿Confías en mí?

—Sí —asintió, sin dudar—. Más que en cualquier otra persona.

—Entonces, cuéntame la verdad. —Daniel sabía que estaba tensando la cuerda, presionando a Umay como si fuese una sospechosa de un crimen a la que trataba de sonsacarle una confesión, pero el tiempo apremiaba y era de vital importancia traspasar el muro que ella había levantado a su alrededor. No había cruzado el Atlántico para contentarse con medias verdades. Y el instinto de Daniel nunca le fallaba. La sombra del peligro se podía vislumbrar sin demasiado esfuerzo sobre la cabeza de Umay. Sus ojos llorosos albergaban temor. La expresión tensa de su rostro denotaba sufrimiento. Había algo más y no estaba dispuesto marcharse sin averiguar la verdad.

—Hay algo, pero no quiero... no me parece justo involucrarte —confesó Umay en un susurro, como si temiera que alguien la pudiese escuchar—. Se trata de mi familia.

—Me mandaste un mensaje pidiéndome ayuda. He recorrido bastantes miles de kilómetros, dejando de lado mi trabajo y mi vida. Ya estoy involucrado. —Le acarició con suavidad la mejilla sin romper el contacto visual con ella—. Sea lo que sea lo solucionaremos. Juntos. Te lo prometo.

—¡Juntos! —exclamó revigorizada y un atisbo de esperanza iluminó sus preciosos ojos color miel. Esa palabra tuvo un efecto instantáneo en sus reticencias y le insufló el coraje necesario para contar la verdad—. Hace unos días mi padre... ha venido a verme. No para interesarse sobre mi salud, eso no le importa ni lo más mínimo; sino para advertirme. Me ha dado un ultimátum: si no regreso con los Dogan, me matará.

Fue el turno de Daniel de quedarse sorprendido. Había sospechado que su familia estaría detrás de sus miedos, pero le pareció abusivo, hasta para gente de su calaña, presentarse en un hospital

psiquiátrico para amenazar de muerte a una enferma imponiéndole la obligación de regresar con un hombre del que se había divorciado cinco años atrás. Y para que la situación fuera más que surrealista su exmarido, Emir, ya había rehecho su vida, habiéndose casado con otra mujer. ¿Qué clase de personas harían algo así? No le cabía en la cabeza. ¿Qué mundo era aquel?

—Es tu padre, no debes tomarte al pie de la letra sus palabras —le aconsejó—. Seguro que la amenaza de muerte no fue más que una metáfora.

Ella sonrió sin humor y, cogiendo un vaso de agua que había sobre la mesa, tomó un sorbo. Tras dejarlo de nuevo a su sitio, añadió resignada:

—Tú lo has dicho, es mi padre, y por eso me tomo muy en serio todo lo que dice. Los dos sabemos que no habla en vano. No tengo ninguna duda de que lo hará si no obedezco sus normas.

—Pero ¿por qué? —se extrañó Daniel, tratando de juntar todos los datos de aquel entramado juego siniestro. No cabía duda, Umay estaba asustada de verdad—. Estás enferma, ingresada en un centro psiquiátrico, ¿en qué le estorbas ahora?

—Según él estoy avergonzando a nuestra familia y no quiere manchas sobre nuestro apellido. Por lo poco que me ha contado, mi hermano hará en breve un matrimonio ventajoso y mi situación... es... puede llegar a ser... deshonrosa para la familia. No desea cargar con la mala reputación de una hija desquiciada ingresada en un centro psiquiátrico, la pretende a buen recaudo, al lado de un clan respetable. Le importa bien poco que esté divorciada de Emir y que no me una nada ya a esa familia.

—Está mal de la cabeza. Él debería estar ingresado en esta clínica y no tú. Una mujer divorciada es algo tan común como la luz del sol hoy en día.

—No para nuestro clan —suspiró, vencida.

Unas sombras oscuras se apoderaron de sus hermosos ojos, que perdieron todo el resplandor de segundos atrás.

—No quiero que te vengas abajo —la animó Daniel tratando de encontrar una salida, de abrir un camino luminoso entre aquella espesa negrura, aunque no se le ocurría ninguna solución viable—. Hablaremos con Eva y Emir, ellos sabrán cómo defenderte. No te dejarán al merced de tu familia. No lo han hecho en el pasado, estoy seguro de que no lo harán ahora. Si para vivir debes regresar con ellos, pues ni modo; y cuando las aguas se calmen, aparecerá alguna solución.

—¡No! —rechazó Umay esa posibilidad de forma tajante—. Ellos tienen su vida y una niña pequeña de la que ocuparse. He estado a punto de arrebátarselas, no me arriesgaré a que eso vuelva a suceder. Además, si vuelvo a esa casa, la guerra jamás terminará y acabará salpicándolos. Me he cansado de ser una mera marioneta en manos de jugadores ajenos a mí. Ha llegado la hora de enfrentar mi destino.

—Entonces ¿qué es lo que quieres? Me imagino que, si me llamaste, deseas que te ayude. Háblame de frente, sin rodeos. ¿Tienes un plan?

—No. Por desgracia no tengo ningún plan, aunque sí un deseo. Quiero huir de Turquía. Llévame contigo a Estados Unidos. Es mi única oportunidad de vivir sin que nadie sufra por mi culpa.

Ayúdame a escapar de esta cárcel.

Daniel abrió mucho los ojos, sorprendido ante la vehemencia de su amiga. Normalmente, miraba con timidez y el tono de su voz sonaba inseguro, cargado de miedos. Sin embargo, en esta ocasión, Umay Cozcolu parecía haber cogido las riendas de su vida. Había dejado de ser una persona asustada y escurridiza para convertirse en la dueña de su destino. Y sin pensar en los detalles ni en la peligrosa petición que le había hecho, Daniel aceptó el reto, aunque no tenía ni la más remota idea de cómo iba a cumplirlo.

Capítulo 13

Umay se hizo la dormida cuando la señora Kole fue a ponerle la inyección. No había forma de negarse a que la medicaran, pero sí sacarse la aguja de la vena y frenar la entrada de los fármacos en su cuerpo. Esa noche necesitaba estar en plena forma, con todos los sentidos alertas, y no podía arriesgarse a quedarse dormida. Cuando la enfermera terminó su cometido, esperó paciente a que abandonase su habitáculo y, una vez que eso ocurrió, se arrancó con cuidado la aguja de la piel. A continuación, encendió la pequeña lámpara de mesa y se acercó de forma sigilosa al armario. Comenzó a rebuscar en el fondo, donde había dejado escondida la ropa que debía ponerse. Tras quitarse el camisón se puso una muda cómoda de color oscuro y preparó en una bolsa de plástico algunas prendas de primera necesidad. Estaba asustada, las manos le temblaban por la emoción y su respiración era acelerada en exceso, aunque se sentía más decidida que nunca a luchar por sobrevivir. Jamás en sus veintisiete años de vida se le había permitido tomar decisiones, era la primera vez que lo hacía, y la sensación de libertad era tan embriagadora que apenas podía asimilarla. Tenía la impresión de que todo aquello le ocurría a una persona diferente y ella no era más que una mera espectadora. No obstante, recordando la llegada de Daniel y la conversación que mantuvieron ese día en la sala de visitas, comprendió que lo que estaba sucediendo era la realidad, su realidad.

Una vez terminados los preparativos metió la mano debajo del colchón y sacó el móvil que Daniel le había entregado antes de marcharse.

—Umay, lo que tú me pides es... arriesgado y bastante complicado. Me has tomado por sorpresa. No tengo un plan para sacarte de aquí, el poco tiempo que he permanecido en las afueras del centro he observado que hay vigilancia tanto en el interior como en el exterior, aunque eso no me asusta, soy un tipo de recursos y algo se me ocurrirá. —Había rebuscado en el bolsillo interior de su americana y, sacando un móvil viejo, se lo había entregado—. Guárdalo con mucho cuidado, procura no desprenderte de él en ningún momento. En cuanto sea posible, te enviaré instrucciones por aquí —le había dicho él esa tarde una vez que se hubo recuperado de la impresión.

—Daniel, por favor, ten mucho cuidado. Anhele ser libre, pero no a costa de tu desgracia. Si algo saliera mal, aléjate sin pensarlo, no te preocupes por mí. Al menos, lo habrás intentado y eso es mucho más de lo que nadie ha hecho por mí, nunca.

—¿Marcharme sin ti? —había preguntado fingiendo estar escandalizado—. ¿Y qué hay de mi

camisa de bodas? Si te quedas aquí encerrada, jamás me la devolverás.

Umay se había sentido afortunada hasta límites insospechados, no era solo el hecho de que Daniel había aceptado su idea, sino que lo hizo con su habitual buen humor y despreocupación, poniéndoselo fácil, como si tuvieran por delante un juego de niños y no una salida clandestina del país de una ciudadana turca que, para más inri, se hallaba en tratamiento psiquiátrico.

Un mensaje en el móvil llamó su atención y, dejando los recuerdos de lado, se apresuró a leerlo.

«Prepárate. En unos treinta minutos, llegaremos. Deberás acudir a la sala de visitas, trata de ser lo más silenciosa y discreta posible. Ponte encima de la ropa la bata de hospital. Si te descubriesen, hazte la loca, invéntate cualquier excusa. El hombre que estuvo hoy conmigo te buscará. Se llama Yosuf. Confía en él. Suerte. Cuando todo haya terminado bailaremos el *blues* que tenemos pendiente. O, quizás, incluso dos. O miles si tú quieres».

La respiración de Umay se tornó precipitada, podía sentir la adrenalina galopar con ímpetu en sus venas. Estaba a punto de dar sus primeros pasos hacia lo desconocido y nunca en su vida se había sentido más viva y feliz.

«No será nada fácil que huyas de aquí. Es más que probable que las cosas se tuerzan. No cantes victoria todavía», se empeñaba en advertirle una vocecita rencorosa en su cabeza. Umay no le prestó atención pensando que solo tenía envidia de su felicidad.

«Si algo sale mal, que salga. Al menos, caeré luchando, sabiendo que no me he quedado sentada esperando mi sentencia de muerte. He hecho lo que, en una ocasión, él me pidió: luchar por mí».

«No te creas tantas expectativas e ilusiones con Daniel. Es imposible que un tipo atractivo, listo y despreocupado como él quiera atarse la vida a alguien como tú. Míralo a él y mírate a ti. Es como si le pidieras a la hermosa y vital primavera mezclar sus entrañables olores con el aura pesimista y apagada del otoño. Te está ayudando porque es buena persona, espero que lo sepas».

Umay no contestó a ese último comentario hiriente de su rencoroso cerebro porque era consciente del tipo de relación que la unía al policía.

La lucha que se explayaba en el interior de su cabeza le recordó la aguda depresión que estaba padeciendo y acudió al cajón de medicamentos y se tomó una pastilla. Por precaución, las sanitarias no dejaban más de un par de medicinas, por lo que decidió ir al cuarto de enfermería para hacerse con algún frasco que la mantuviese bajo control hasta llegar a Estados Unidos.

Estados Unidos. ¿De dónde había surgido esa idea? Y en el hipotético caso de que lo consiguiera, ¿qué haría una vez que consiguiera llegar hasta allí?

La vocecita venenosa de su cabeza se apresuró en contestarle.

«Sabes de sobra que no eres más que una inútil que nunca ha hecho nada de provecho en su vida. ¿Eh?».

«¡Cállate!».

Los nervios previos a la locura que estaba a punto de cometer junto a la falta de medicación en su cuerpo la hicieron perder el control. Un grito descontrolado salió de su garganta y comprendió

demasiado tarde que lo había lanzado en voz alta.

Al momento escuchó pasos apresurados acercarse por el pasillo y sin pensarlo dos veces se metió en la cama y se tapó con la colcha hasta la barbilla. Cerró los ojos tratando de normalizar su agitada respiración y fingir una pose relajada. Apaciguó su jadeo, enfadada consigo misma por no haber sido más cuidadosa.

La puerta se abrió y un halo de luz alumbró el cuarto.

—¿Me ha llamado, señora? —preguntó la enfermera en el umbral—. Me pareció escucharla gritar.

«Calma. Mantén los ojos cerrados y no te muevas».

Dejó de respirar los segundos que tardó la señora Kole en observarla. Encendió la luz, aunque, por suerte, la buena actuación de Umay la convenció y no se acercó a ella. De haberlo hecho, se hubiera dado cuenta de que no llevaba la vía puesta. Umay no quería siquiera imaginarse los resultados de tal fatídico desenlace que, por fortuna, no ocurrió.

Al vislumbrar la luz apagarse, la paciente soltó un largo respiro, agradecida por haber superado aquel primer bache.

Cuando los pasos de la enfermera dejaron de escucharse, se levantó de la cama y se colocó por encima de sus zapatillas unos gruesos calcetines de lana para no provocar ni el más mínimo ruido. Después se acercó de forma sigilosa a la puerta, a la que entreabrió con precaución y, al advertir que la sanitaria de guardia se hallaba en la habitación de una paciente, se envalentonó y dirigió sus pasos al punto de asistencia, donde sabía que se guardaban los medicamentos. No pensaba abandonar el centro sin antes coger los antidepresivos.

Era consciente de la dificultad que tendría el otoño para ser aceptado por la primavera y, con certeza, sabía que un otoño depresivo no sería del agrado de nadie. Por primera vez en mucho tiempo, Umay experimentó el fuerte deseo de quitarse de encima los lastres de la enfermedad y curar su mente. Convertirse en la mujer libre y contenta que había sido antes de caer en las garras de esa enfermedad.

Entusiasmada por esos alegres pensamientos prosiguió su marcha, posicionando su cuerpo de modo que sus hombros quedasen adheridos a la pared para pasar inadvertida. El silencio que reinaba alrededor era un tanto siniestro y provocaba en sus tensionados oídos un sonido prolongado. Umay se extrañó, ya que nunca antes había concientizado el ruido del silencio. Centrada al cien por cien en su cometido, se detuvo, agudizando los sentidos para asegurarse de que nadie obstaculizaba su intromisión.

Una vez alcanzado su objetivo abrió con cuidado la puerta de la pequeña estancia donde se guardaban las medicinas y el material sanitario y, tras penetrar en el interior, rebuscó con dedos febriles entre los cajones. Estaba muy alterada, el corazón desbocado y la respiración afanada no la ayudaban precisamente. Siguió buscando y, al abrir un cajón intermedio y reconocer los antidepresivos que le administraban, cogió dos cajas y las guardó en el bolsillo trasero de su pantalón.

Acto seguido se cercioró de que el pasillo estuviera despajado y regresó a su cuarto del mismo modo sigiloso. Una vez en el interior de su oscuro habitáculo cerró la puerta sin apenas hacer ruido, felicitándose a sí misma por esa merecida primera victoria.

El sonido de un mensaje recibido en el móvil llamó su atención y la hizo tensarse tanto que experimentó un pequeño pinchazo a la altura del corazón. Se apresuró a sacar el aparato de debajo del colchón y leyó el recado.

«Acude a la sala de visitas. Sé precavida. El señor Yosuf te estará esperando y te acompañará hasta mí. No tengas miedo, sobornamos a algunos trabajadores, el camino debería estar despejado. Confío en ti, sé que puedes hacerlo».

Sin poder evitarlo, Umay sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos y se esparcían por sus mejillas abrasadas por la expectación. Encendió la linterna del móvil y contempló por última vez su habitación, esa simple estancia donde había permanecido encerrada durante los últimos cuatro meses. Por inexplicable que fuese sentía una especie de apego hacia ese lugar; su vivencia ahí no había sido un cuento de hadas, pero había formado su pequeño mundo, aun cuando fuese uno triste y solitario.

Se limpió la cara convencida de que a partir de entonces dejaría la tristeza de lado y se acomodó sobre los hombros el chaquetón de plumas que halló en su maleta. Agarró la bolsa con sus pertenencias, introduciendo previamente en su interior las cajas de las medicinas robadas, el móvil y una botella de agua. Al cabo de un rato abandonó su cuarto sin mirar atrás. Ni una sola vez.

Capítulo 14

El corredor era largo y poco iluminado a esa hora tardía de la noche. Umay caminaba con cautela como si pisara brasas encendidas en vez de duras baldosas de cerámica. Pasó de largo el habitáculo de la guardia, que parecía desierto, y torció a la derecha. Ante sus ojos se perfiló otro largo pasillo, que comenzó a recorrer con el corazón en un puño, ya que era consciente de que, si alguien la sorprendiese de frente, sería el final de su aventura. Cuando llegó a la mitad de dicha travesía la puerta del otro lado se abrió y la silueta de una enfermera se perfiló a contraluz.

Umay sintió la decepción apoderarse de ella; aunque no hasta el punto de derrumbarse. Apoyó su cuerpo en la superficie fría de la pared y permaneció alerta, con todos los sentidos vigilantes. Durante unos segundos dejó de respirar tanteando las opciones que tenía. Por desgracia, no demasiadas. A esas alturas del camino era imposible retroceder, cualquier movimiento suyo hubiera llamado la atención de la persona que se acercaba; avanzar tampoco era una posibilidad válida, ya que se cruzaría con ella; permanecer paralizada en el lugar donde se encontraba le serviría por el momento, aunque no la sacaría del apuro.

«¿Y si la golpeo con algo en la cabeza? La botella de agua tal vez serviría...».

Su conciencia se limitó a mirarla con mala cara ante su ingeniosidad, así que eliminó esa posibilidad de su lista de opciones y escogió rezar y quedarse quieta. Faltaban pocos pasos para que la enfermera llegase hasta ella; entonces quedaría al descubierto y todo habría acabado. Su sueño de libertad se esfumaría como si nunca hubiese existido y no le quedaría más opción que sentarse en la silla de su habitáculo y esperar paciente su sentencia de muerte. Se estaba resignado ante su suerte cuando un sonido estridente rompió el denso silencio que reinaba alrededor. Agudizó el oído y comprendió que se trataba del móvil de la enfermera.

«Por favor, que haya ocurrido algo grave que la obligue a darse la vuelta», imploró Umay al Todopoderoso juntado las manos en señal de ruego.

Por muy extraño que pareciera, el Todopoderoso escuchó sus plegarias y la enfermera detuvo sus pasos para responder la llamada. La señora Kole, tras intercambiar pocas palabras con quien fuera que la había llamado, dio media vuelta y comenzó a caminar apresurada en la otra dirección.

Cuando se consideró fuera del peligro, Umay soltó todo el aire retenido en sus pulmones y se dejó caer en el suelo para recuperar fuerzas y reponerse.

De pronto un nuevo pensamiento acudió a su mente y le infundió los ánimos necesarios para

seguir. Alguien allí arriba la estaba protegiendo. Había tenido dos contratiempos importantes y de ambos había salido victoriosa. Los brillantes colores de la libertad volvieron a perfilarse ante sus ojos, por lo que se levantó y continuó su camino hasta la sala de visitas.

Le quedaban pocos metros para llegar cuando, de pronto y de la nada, se chocó de frente con Hatice. La enfermera abrió los ojos sorprendida mientras Umay buscaba con celeridad en su cerebro alguna explicación medio plausible para justificar por qué deambulaba por el hospital con una mochila colgada de sus hombros. La mirada comprensiva de la que fue su mayor apoyo en sus días grises le insufló el coraje necesario para contarle la verdad. A esas alturas no podía mentir ni insultar la inteligencia de la trabajadora.

—Hatice, yo... —balbuceó atemorizada—. Yo solo...

—Tranquila, señora Umay, no se apure. Es obvio que quiere marcharse de aquí y no seré yo quien la retenga.

—No parece sorprendida —se impresionó Umay, ante la templanza de Hatice—. Las dos sabemos que no me marché de aquí, estoy tratando de huir.

—Está intentando salvar su vida —la corrigió la otra mujer al tiempo que le daba un afectuoso abrazo—. Váyase y no mire atrás. Es usted una mujer maravillosa, nunca lo olvide.

—Gracias —exclamó Umay, con las emociones a flor de piel—. Has sido un gran apoyo para mí y no he sido del todo honesta contigo. Hace unos días he cogido tu móvil sin tu permiso y...

—No hace falta que se disculpe. Lo sé. Ha quedado evidencia del mensaje que ha enviado.

—Perdóname, por favor. No he tenido más remedio que hacerlo de este modo.

—No hay nada que perdonar. Ahora, váyase y no mire atrás.

Las dos amigas se sonrieron por una última vez y, tras un apretón de manos, se separaron y comenzaron a andar en direcciones opuestas. Umay se serenó tras los altibajos de su recorrido y aceleró sus pasos al divisar la el punto de encuentro.

Abrió la puerta de la sala de visitas y penetró de forma sigilosa en su interior. La estancia se encontraba sumida en la oscuridad, alumbrada solo por la luz sutil de una farola que se filtraba a través de la estrecha ventana que daba al patio exterior. Umay necesitó varios segundos para habituarse a la semioscuridad. Palpó la pared con la mano y avanzó cautelosa hasta la máquina expendedora de bebidas, buscando un hueco para esconderse detrás de ella. Los segundos se escurrían con mucha lentitud y nadie aparecía para rescatarla, ni tampoco había recibido algún otro mensaje en el móvil.

«Calma, Umay. Calma. Todo saldrá bien», se infundió ánimos para ahuyentar los malos pensamientos que taladraban su cabeza.

El tictac rítmico de un enorme reloj situado en la pared llamó su atención, marcaba las once menos veinte de la noche.

«Ya deberían haber llegado», le advirtió su conciencia enseñándole su cara más hostil. «A estas alturas no creo que vengan. Es más que probable que el policía haya recapacitado».

«No la escuches. Solo tiene celos».

Justo en ese instante la puerta se abrió y la luz del pasillo se filtró en el interior como una sombra radiante y extendida. Umay observó la silueta alargada de un hombre perfilarse a contraluz y avanzar con paso prudente hacia ella. Esperó paciente y, cuando reconoció el andar ladeado de señor Yosuf, salió de su escondite.

Él, nada más percatarse de su presencia, acercó su dedo índice a los labios, indicándole que no hablara. Después la alentó a seguirlo sin intercambiar ni una sola palabra. Umay obedeció y muy pronto se encontró caminando detrás de él por los pasillos oscuros del centro psiquiátrico, que a esa hora tardía estaban sumidos en un completo silencio, lo que daba la impresión de que estaban desiertos.

La primera puerta que abrieron daba al exterior, por lo que fueron sorprendidos por una ráfaga violenta de viento salpicada de furiosos copos de nieve que se pegaron en sus rostros. El aire era tan gélido que cortaba la respiración. Umay llevaba meses encerrada, apartada del mundo real, y ese primer contacto con el exterior la llenó de felicidad. Se cubrió la cabeza con la capucha de su cazadora y siguió los pasos de su acompañante que, en ese instante, atravesaba a grandes zancadas el patio principal para luego ocultar su cuerpo tras un seto de arbustos coronados de nieve.

De pronto, una silueta oscura apareció ante ellos y les detuvo el paso. El uniforme azul con marcas amarillas que vestía indicaba sin género de dudas que se trataba del vigilante de seguridad. Umay lo había visto multitud de veces desde lo alto de su ventana; era un hombre corpulento, malhumorado y serio, un tipo al que uno prefería no cruzárselo en su camino. El hombre se plantó ante ellos y, aun cuando la oscuridad no dejaba entrever la expresión de su rostro, la joven podía imaginársela sin demasiado esfuerzo.

«Ahora sí que se acabó tu travesura», resumió su conciencia la situación, complacida porque sus presagios se hicieran realidad. Muy a su pesar, Umay tuvo que admitir para sus adentros que esa vez estaba en lo cierto. No imaginaba de qué manera podrían eludir aquel nuevo obstáculo que se había interpuesto en su camino. El Todopoderoso desde lo alto del cielo parecía estar pasándoselo en grande a su costa, poniéndole a cada paso una nueva prueba a superar. ¿Superaría esta?

Para su sorpresa, el vigilante no dio la voz de alarma, sino que los apremió a que siguieran. Intercambió un leve apretón de manos con el hombre contratado por Daniel y guardó entre sus ropas un sobre que este le entregó.

Una vez resuelta esa pequeña distracción, continuaron la marcha como si nada hubiera pasado. A Umay todavía le costaba creer que el responsable de la seguridad del centro la dejase abandonarlo con tanta pasividad y, cuando ya llevaba unos metros alejada, giró la cabeza para asegurarse de que no daría la señal de alarma. Observó sorprendida que el hombre no solo no albergaba deseos de delatarla; sino que estaba barriendo con una escoba las huellas que habían dejado marcadas en la nieve.

Vencido ese tenso momento, siguieron abriéndose camino entre la nieve, avanzando con dificultad hasta llegar a la valla que delimitaba la propiedad. La fugitiva se percató de que, en vez

de dirigirse hacia la entrada principal, giraban a la derecha y caminaban en paralelo al cercado hasta llegar a un extremo alejado. No hizo preguntas al respecto, pero su inquietud se hizo evidente. Su guía detuvo sus pasos y, hablándole en voz baja, le ofreció una breve explicación.

—Señora, hemos hecho un agujero en la valla, es más seguro colarnos por aquí que hacerlo por la puerta principal. El vigilante no es un problema, pero las cámaras colocadas en algunos puntos estratégicos de la entrada sí podrían serlo, así que no correremos riesgos innecesarios. Usted debe pasar primero, por favor, acérquese y trate de atravesar por aquí. —Yosuf le señaló con el índice una abertura estrecha formada en el alambre.

Ella tuvo sus dudas de que lograría colarse por aquel acceso improvisado, pero obedeció y, aun cuando la luz eléctrica apenas enfocaba esa zona y el agujero era minúsculo, se armó de valor e introdujo su cuerpo apartando con las manos los alambres cortados para no hacerse daño.

Una vez conseguido el reto esperó paciente al otro lado a su acompañante, que no tardó en aparecer junto a ella. Satisfechos por haber conseguido abandonar el recinto reanudaron la marcha, en esta ocasión, ayudados por una linterna, ya que la oscuridad era muy densa y las farolas que alumbraban el centro habían quedado atrás. Al cabo de un rato, la silueta de un bosque se perfiló ante ellos y, a pesar de que el panorama no era muy alentador, Umay recorrió el resto del trayecto en silencio sin quejarse de la ventisca, el cortante frío que azotaba sus mejillas o los enormes montículos de nieve que atravesaban con dificultad.

—Ya casi hemos llegado —anunció su acompañante tras varios minutos de peliaguda caminata. Se paró en medio del pasaje y aumentó la potencia de la luz de linterna para que albergase un radio mayor de visibilidad—. El fotógrafo nos está esperando con el coche en marcha. Lo ha hecho muy bien, señora.

Umay no recordaba la última vez que un ser humano se tomara la molestia de felicitarla por algún logro suyo; de hecho, si lo pensaba bien, nunca nadie tenía ese tipo de gestos hacia ella. La dicha que la invadió fue tan intensa que solo por eso había merecido la pena enfrentar su suerte y desafiar su destino. Ese buen hombre, al que no conocía de nada, había encontrado algo digno de congratular en ella y así se lo había hecho saber.

—Gracias, es usted muy amable —contestó, mareada de felicidad.

Continuaron avanzando unos diez minutos hasta llegar a un valle donde divisaron un vehículo que esperaba. Umay no evocaba mayor felicidad que la que se apoderó de ella al adentrarse en el interior caldeado del vehículo y encontrarse con un Daniel expectante, quien, tras darle un afectuoso abrazo, le dedicó unas palabras de ánimo que le llegaron directas al alma:

—Lo has logrado. Has conseguido llegar hasta mí. Enhorabuena, eres una mujer muy valiente. Estoy orgulloso de ti.

Capítulo 15

El vehículo avanzaba con mucha lentitud por un sendero resbaladizo y poco iluminado por la luz de la luna, que aparecía y desaparecía entre multitud de nubes oscuras. Circulaban con las luces apagadas, por lo que, cada cierto tiempo, el conductor perdía el control y provocaba ligeros empotramientos contra la gran barrera de nieve que custodiaba la estrecha carretera. Umay se encontraba sentada en el asiento de atrás junto a Daniel, que tenía la vista pegada en el GPS y le indicaba, de tanto en tanto, al conductor las curvas o las estrecheces del camino.

—¿Hay algún peligro? ¿Crees que habrán detectado ya mi desaparición? —preguntó Umay, mirando recelosa por la ventanilla trasera sin poder quitarse de encima la sensación de que alguien los estaba siguiendo. Hacía tiempo que la silueta del hospital ya no se divisaba en el horizonte; no obstante, seguían viajando a oscuras y con considerable precaución.

Su pregunta cargada de angustia hizo que Daniel apartase la vista del aparato y lo dejase de lado con gesto cansado. A continuación, le apretó la mano con afecto tratando de calmarla haciendo gala de su habitual despreocupación:

—No lo creo, tranquila. Para sacarte del centro hemos tenido que sobornar al vigilante y a las dos enfermeras que estaban de guardia, es muy poco probable que alguien dé la señal de alarma. Si te inquieta que viajemos a oscuras, descuida, es solo por cautela. Mi instinto de policía me exige ser prudente y desconfiado, prefiero ir despacio pero seguro, que rápido y corriendo riesgos.

—Siento haberte metido en... esto —se disculpó ella, comprendiendo los peligros a los que se había expuesto Daniel para ayudarla—. Algún día...

—No tienes por qué disculparte, no es necesario —la interrumpió él poniéndole una mano en el brazo en gesto amistoso—. Somos amigos, ¿lo recuerdas? Y los amigos se echan una mano en caso de necesidad. Lo importante es que todo salga bien.

Ella asintió incapaz de encajar aquellas bonitas palabras cargadas de cariño y aprecio. Jamás se había imaginado que existían en el mundo personas tan generosas y esplendidas como Daniel, dispuesto a arriesgar su vida exponiéndose para ayudarla a ella. Y hacía todo eso sin obtener ningún beneficio personal a cambio.

—¿Adónde nos dirigimos ahora? —preguntó al cabo de un momento, advirtiendo que la carretera se ensanchaba y el conductor aumentó la velocidad.

—A Gebze, espero que te parezca bien. He tenido poco tiempo a disposición para crear un plan perfecto, pero me pareció buena idea no detenernos hasta llegar a la ciudad más próxima; allí nos mezclaremos con la multitud y ocultaremos nuestra pista. Tranquila. No es probable que nos encuentren.

—Gebze... —repitió Umay pensativa—. ¿Y después? ¿Volaremos a Estados Unidos?

—Me temo que no es tan fácil.

En ese momento el coche patinó sobre la superficie helada de la carretera y el conductor perdió el control. Como consecuencia, el vehículo comenzó a circular de forma descontrolada formando eses sobre el camino y el cuerpo de Umay fue proyectado sobre el de Daniel. Él quedó empotrado contra la puerta con ella en sus brazos. El interior del coche estaba casi a oscuras y, aun cuando no podían verse las caras, estas quedaron tan cerca la una de la otra que sintieron sus respectivas respiraciones entremezclarse. Umay, por puro instinto de supervivencia, apoyó las manos en el torso del policía americano. Él le rodeó los hombros en un intento de protegerla, y consiguió con su gesto que quedasen prácticamente abrazados. Aquella cercanía duró apenas un par de segundos, pero les bastó para que ambos tomaran conciencia del contacto de sus cuerpos. Fue un instante tenso pero mágico al mismo tiempo. Tras unas maniobras hábiles el señor Yosuf retomó el control del vehículo y Umay regresó a su sitio, demasiado aturdida para seguir conversando. El perfume y la calidez de Daniel la habían envuelto de tal manera que todos sus sentidos parecían haberse despertado. Él, por su parte, retomó su misión de vigilancia y siguió dando indicaciones al conductor en un tono algo extraño.

Al cabo de un tiempo, dejaron atrás las últimas casas pertenecientes a aquella región. Se habían alejado, según el GPS, unos quince kilómetros del hospital. El instinto de policía de Daniel se relajó y le permitió bajar la guardia un poco. Aceptó que el peligro había quedado atrás, por lo que le ordenó al conductor encender las luces y circular con normalidad, manteniendo una velocidad media que les permitiera avanzar a mayor ritmo.

Un par de horas más tarde, llegaron cansados y exhaustos a Gebze. El señor Yosuf se despidió de ellos dejándolos delante de una pequeña vivienda de piedra, situada en un barrio humilde, en la periferia de la ciudad. Olía a mar y a humedad, el ruido de las olas al romperse contra la orilla indicaba que se hallaban cerca del puerto.

Umay tenía las manos congeladas por el frío y, nada más poner un pie en el interior de la casa, se sintió reconfortada por el ambiente caldeado proporcionado por el fuego que ardía en una vieja pero eficiente estufa de terracota. Se quitó la cazadora y las botas cubiertas de nieve y se sentó delante del hogar encendido para entrar en calor. Se sacudió el pelo mojado impregnado de copos helados al tiempo que contemplaba la pequeña cocina abierta, donde no parecía haber nada de comida. Por último, su vista se detuvo en dos colchones individuales con sus respectivas almohadas y mantas colocados en el suelo y se impresionó ante su significado.

La imagen de Daniel mientras se quitaba sus propias botas cubiertas de nieve le hizo tomar conciencia de la situación. La realidad de lo que estaba sucediendo se perfiló ante ella con

imperiosa claridad y la dejó más sobrecogida de lo que estaba dispuesta a reconocer. Era la primera vez que compartía espacio con un hombre; quitando los cinco años que había estado casada con Emir, con quien vivió pocas situaciones tan íntimas y personales puesto que, durante su matrimonio, tanto ella como su marido disponían de dormitorios separados.

«En buena hora comprendes las consecuencias de tus actos», la reprendió su yo interior, enfadado por haber perdido el control sobre ella. Umay era la clase de chica obediente, la que seguía el camino que otros trazaban para ella; encontrarse de pronto al timón de su vida le provocaba pavor.

Daniel la observó desde la distancia y, comprendiendo sus temores, se sentó junto a ella, cruzó las piernas en actitud despreocupada y cerró sus dedos alrededor de su mano.

Unos instantes no hablaron, disfrutando del calor que desprendía la terracota a sus espaldas y el crepitar del fuego, que bailaba alegre en el interior del hogar.

—Me pregunto qué opinarán las tradiciones sobre el hecho de que pasaremos la noche bajo el mismo techo —rompió el silencio cuando observó que los hombros de Umay dejaron de estar rígidos.

—Las tradiciones —repitió ella, esbozando una ligera sonrisa en los labios—. Deben de estar escandalizadas; es previsible que una buena temporada dejen de opinar.

Daniel pasó un brazo sobre sus hombros y le dio un apretón amistoso, tratando de que estuviera cómoda y confiada en su presencia.

—¿Sabes? No soy tan insensible para no pensar en ellas. Tengo una buena noticia que les hará como mínimo reflexionar. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que prepare algo de cenar?

—No puedes hablar de forma liviana sobre nuestras tradiciones y luego cambiar de tema —se quejó intrigada, deseosa de saber si el hombre en el cual había depositado su vida era consciente del gran riesgo que asumía al tratar de ayudarla—. No comprendo lo que quisiste decir antes, tal vez haya hecho una mala traducción del inglés, o quizá...

Daniel se giró y estableció contacto visual con ella. Le rodeó las manos con las suyas, deseoso de ponerla al día de la situación.

—Umay, ambos sabemos de sobra que lo que estamos haciendo no es un juego de niños. No tenía intención de hablarte de esto ahora, debes de estar muy cansada, hubiese preferido ponerte al corriente mañana...

Toda la buena disposición de segundos atrás se fue disipando para dar paso a una visible onda de tensión. Era la primera vez que la voz de Daniel adquiría esos matices tan serios y Umay supo que debía prestar el mayor interés posible a lo que tenía que decirle.

—Daniel, si alguien sabe lo peligrosa que puede llegar a ser mi familia, esa soy yo. Acuérdate que me dispararon por bailar un inocente *blues* contigo. Soy consciente de que, si nos dejamos atrapar por ellos, no tendrán compasión. Con ninguno de los dos. Dicho esto, quisiera saber si tenemos un plan para huir de Turquía.

La verdad de sus palabras resonó en su interior y le hizo comprender el peligro al que había

expuesto a Daniel. La culpa se apoderó de ella y presionó de forma involuntaria los dedos alrededor de los de él. El gesto de su rostro se contrajo y sus aterciopelados ojos color miel parpadearon expectantes. El policía intuyó su revuelo interior por lo que hizo gala de su humor para rebajar la tensión instalada entre ambos.

—La duda ofende. —Le sonrió con intención y consiguió que ella se relajase y le devolviese la sonrisa—. Yo siempre tengo un plan, ¿tan rápido se te olvidó que soy un héroe?

—Es verdad —admitió Umay, expectante—. Soy toda oídos.

Capítulo 16

Un intenso dolor de cabeza obligó a Umay a abrir los ojos con lentitud y observar cómo un potente rayo de luz se filtraba con insistencia a través del ventanal. Deslumbrada, colocó la mano a modo de visera y necesitó un par de segundos para ubicarse y acordarse del lugar donde se encontraba.

Se incorporó un poco, un tanto asustada ante la ausencia de Daniel. La noche anterior habían hablado largo y tendido, y todavía le costaba creer la cantidad de sacrificios que él estaba dispuesto a hacer por ella. ¿Cómo era posible que hubiera tenido tanta suerte?

Abandonó el colchón donde había pasado la noche y, acurrucándose en el de Daniel, se abrazó a su almohada e inspiró el olor del hombre que, de la noche a la mañana, se había convertido en su mundo entero y que sería, en menos de veinticuatro horas, su marido.

¡Su marido!

Cerró los ojos y notó cómo las mejillas se le incendiaban ante aquellos dispersos pensamientos. Era necesario casarse, él se lo había explicado y ella lo había entendido, no se trataba de un matrimonio convencional, entre ellos no existía ningún vínculo de esa índole, era un simple medio que los ayudaría a alcanzar sus propósitos.

«Aun así, se casará conmigo y llevaré su apellido», conjeturó, presa de una colosal e inexplicable ola de felicidad. «Dejaré de ser Umay Cozcolu, la única hija de Hasan Cozcolu, dejaré de ser Umay Dogan, esposa del importante hombre de negocios Emir Dogan, para convertirme en Umay Trent, esposa del policía americano Daniel Trent».

«Ja», se limitó su conciencia a reírse de sus reflexiones. «Tómate las medicinas, de lo contrario, te convertirás en Umay la Loca, la que fantasea con cosas irreales».

La joven frunció el ceño y recordó que era la hora de tomarse su primera píldora del día, que la ayudaba a estar serena y en paz consigo misma. Abandonó el colchón de su futuro marido y, rebuscando en la bolsa de plástico que había llevado consigo, encontró la caja y se tomó una pastilla. Después se lavó la cara con agua fría y se peinó su abundante cabellera hasta dejarla descansar disciplinada sobre su espalda.

—¡Buenos días! —la saludó Daniel con jovialidad desde el marco de la puerta. Tenía la cazadora y el gorro cubiertos de nieve y sus mejillas sonrosadas indicaban que el temporal no estaba siendo muy amable esa mañana. Le tendió la bolsa de papel que cargaba en la mano—:

Ten, antes de entrar sacudiré un poco mi ropa. He traído algo para desayunar.

—Buenos días, claro, déjame ayudarte —se ofreció solícita, al tiempo que cogía la bolsa y la dejaba sobre la mesa. Comenzó a sacar los ingredientes y, al observar que había comprado huevos, los colocó en un cuenco con la intención de preparar una tortilla. Daniel, en cuanto se deshizo de su ropa impregnada con nevisca, se unió a ella y se puso al frente de la cocina, cosa que la dejó bastante desconcertada.

—Déjame a mí —le pidió él al tiempo que le quitaba el cuenco de las manos—. Hago la mejor tortilla de todo el oeste americano, si quieres ayudar, busca platos y pon la mesa.

Un cuarto de hora después se encontraban desayunado café con bizcocho de yogurt y huevos revueltos con champiñones de lata, que Daniel había preparado ante la mirada extrañada de ella. Nunca en sus veintisiete años de vida había visto a ningún hombre cocinar; en su casa, tanto su padre como sus hermanos eran el tipo de personas que despreciaban ese tipo de labores, considerándolos trabajos de mujeres, y en la residencia de su exmarido, nadie, aparte de las empleadas, se ponía ante los fogones.

—Eres tan diferente a todo lo que yo conozco que me pregunto si en Estados Unidos todos los hombres son como tú —dijo ella voz a sus pensamientos.

El policía pinchó con el tenedor y se llevó una loncha de jamón a la boca. La masticó y, cuando hubo terminado, se interesó:

—No estoy haciendo nada fuera de lo normal. ¿Por qué crees que soy diferente?

—Estás siempre de buen humor, en mi familia los hombres son toscos y malhumorados por naturaleza. Emir no tanto, pero la sombra de seriedad planea siempre sobre él. Además, sabes cocinar. No sé, haces que todo parezca fácil y hermoso. Esta mañana, al despertarme, he llegado a la conclusión de que soy muy afortunada de pasar un tiempo contigo.

—Me alegro que pienses así. Yo también me alegro de poder disfrutar un tiempo de tu compañía. Y referente a lo que has dicho antes, no hago nada extraordinario, ya sabes, soy un tipo de lo más corriente y normal. De todos modos, gracias por tus cumplidos; tus ojos me miran de un modo admirativo, halagüeño y me infunden energía positiva y ganas de comerme el mundo. Además, esta mañana te ves preciosa.

Sus afectuosas palabras hicieron que, muy a su pesar, se sonrojase. Hacía tanto tiempo que nadie le dedica un cumplido que no supo cómo encajarlo. Era gratificante y, al mismo tiempo, desconcertante recibir halagos. Se centró en su plato y, tras unos breves momentos de silencio, se interesó por la situación que atravesaban.

—¿Sabemos algo del oficial del Registro Civil? ¿Hablaste con Eva hoy? Todavía no puedo creer que esté desafiando a su marido para ayudarnos. En nuestra cultura se considera una ofensa muy grande hacer algo a espaldas de tu pareja. Se compromete demasiado; si Emir la descubre, desconfiará de ella el resto de sus días. Puede peligrar hasta su matrimonio. Conozco a mi exmarido, estuve cinco años casada con él, tiene un carácter bastante imprevisible.

Daniel soltó un suspiro, sabía que Eva se exponía ayudándolos, ¿pero qué remedio? Si no lo

hiciera, Umay y él no tendrían ni la más mínima oportunidad de abandonar Turquía sanos y salvos. Para no hablar del dinero que se gastaba porque todos los trámites que debían hacer se realizaban fuera del marco de la ley y costaban un ojo de la cara.

—Tranquila, no hay motivos para que sospechen de ella. Nadie aparte de mi hermana sabe que estoy en territorio otomano, de modo que no tienen por qué relacionarla contigo, quedará fuera de cualquier sospecha. He hablado hace un rato con ella, ya se ha dado la alarma referente a tu desaparición. Emir ha viajado de urgencia al hospital, en cuanto la llame para darle más detalles, nos informará. Por el momento debemos mantenernos tranquilos y permanecer a la espera del oficial, me imagino que no tardará demasiado en preparar los papeles y demás trámites legales. En todo caso, no será una larga espera, mi hermana me ha asegurado que el acta de matrimonio se celebrará a lo largo del día de hoy.

De pronto, Umay perdió las ganas de comer. Sabía que su fuga traería graves consecuencias y había llegado la hora de enfrentarlas. No se arrepentía de haberlo hecho, lo único que lamentaba eran los eventuales daños colaterales. Cabía la posibilidad de que sus actos diesen comienzo a una guerra entre dos clanes poderosos, que afectaría a muchas personas inocentes. Emir no se quedaría de brazos cruzados ante su desaparición y podría recriminar a la familia Cozcolu pensando que tendrían alguna implicación. Si eso ocurría, los Cozcolu se sentirían ofendidos y no tardarían ni un segundo en sacar las armas. Ante eso, el clan Dogan se vería obligado a defenderse y se desataría el conflicto. Y, por último, no quería ni imaginarse el peligro en el que estaría sumida Eva si fuese descubierta. Umay dejó el tenedor cruzado sobre el borde del plato y bebió un sorbo de café, con los pensamientos dispersos y el corazón encogido por malos auspicios.

—Hey, no te preocupes por nada, ¿vale? —la animó Daniel, colocándole un mechón detrás de la oreja con naturalidad, como si aquella muestra de cercanía fuera de lo más común entre ellos. La muchacha se sintió perturbada, esos arrumacos espontáneos de él la dejaban en una situación complicada. Ante sus constantes muestras de afecto, Umay no sabía cómo reaccionar, no lograba discernir cómo encajarlas en su triste y parca vida. Abrió un poco la boca tratando decir cualquier tontería que la ayudase a salir del paso, aunque se limitó a mirarlo con intensidad a los ojos, deseando entenderlo.

«Solo es amable, no te rayes. Llevas demasiado tiempo sola y desdichada, y ya no sabes diferenciar la amabilidad del afecto personal».

Sin embargo, un sexto sentido le decía que el comportamiento cálido del policía era más que una simple cortesía. No quería reconocer ni ante sí misma lo mucho que se alteraba cada vez que él profería hacia ella aquellos gestos cercanos y afectuosos.

—Estoy bien —se apresuró a contestar, dejando sus inquietudes de lado—. Lo único que me preocupa es que alguien salga lastimado por mi culpa. Ojalá aceptaran mi desaparición sin más y dejaran de buscarme.

Intercambiaron una mirada grave, colmada de intranquilidad. Los dos sabían que su huida no pasaría desapercibida, sino todo lo contrario. Era del todo imposible que los poderosos clanes

Cozcolu y Dogan consintieran su huida sin más.

—No le des más vueltas, ahora las cosas están revueltas y es comprensible; no obstante, si logramos escapar, las aguas se calmarán. Ya verás cómo todo saldrá bien —le aseguró él al tiempo que se ponía de pie dando el desayuno por finalizado. Consultó el reloj que abrazaba su muñeca con gesto serio y dijo, tratando de parecer despreocupado—: Ahora me tengo que ir al puerto; intentaré buscar un pase en el primer barco disponible hacia Constanta. Como ya te expliqué anoche, es la manera más segura de abandonar este país. Una vez que tengamos el acta matrimonial, se la mandaremos a Eva y ella conseguirá un pasaporte a nombre de Umay Trent. A Umay Cozcolu la estará buscando todo el mundo; sin embargo, Umay Trent será libre de hacer lo que le plazca porque nadie sabe de su existencia. Por favor, no salgas de casa ni hagas nada que pueda delatarte. Mientras estemos en territorio turco, toda precaución es poca.

Umay asintió y, aun cuando notaba las garras del miedo clavarse en sus entrañas, mantuvo la calma. Una vez que él se hubo marchado, se entretuvo recogiendo los platos y la cocina, ordenó la casa y abrió un poco la ventana para ventilarla. Rebuscó en el interior de unos cajones y encontró un mantel aceptable que colocó sobre la mesa de la cocina. Al no haber otra en toda la estancia, era previsible que el oficial del Registro Civil celebrara el matrimonio allí. De pronto, sus ánimos decayeron al recordar que no tenía ningún vestido para ponerse. En el momento de abandonar la clínica no pensó que iba a necesitar una prenda de ese tipo.

«¿Para qué narices te hace falta un vestido? —despertó de golpe su conciencia ante sus inquietudes—. Sabes de sobre que no se trata de un matrimonio real, solo un medio para que puedas salir de este país. Te lo acaba de decir bien clarito el policía hace unos instantes, Umay Trent».

«De todos modos. No pienso casarme vistiendo ropa de estar por casa. Podría salir a buscar alguna tienda de barrio y comprar algo sencillo».

«No tienes dinero».

La ilusión de Umay menguó ante esa sabia observación de su yo interior. Sin dinero no habría vestido, ni un detalle para Daniel en señal de agradecimiento. De pronto, una idea nueva tomó forma en su cabeza. Se apresuró a buscar entre sus pertenencias y encontró en el interior de la caja de su perfume una cadena de oro con un pesado colgante en forma de sol que su familia le habían regalado al cumplir la mayoría de edad. Siempre lo llevaba encima y, con seguridad, el día de su ingreso, alguna enfermera lo habría guardado en la caja.

Entusiasmada ante ese inesperado hallazgo, se puso las botas y su gruesa cazadora de pluma y abandonó de forma apresurada la casa. Las advertencias de Daniel de no abandonar su escondite se abrieron paso en su mente, aunque las desechó al instante pensando que nadie repararía en ella.

Solo daría una vuelta por el barrio buscando una tienda donde poder comprar un bonito vestido. Y quizás admiraría de lejos el aspecto de la ciudad. Se encontraba en una urbe de grandes dimensiones donde nadie la conocía. Sería una más entre tanta y tanta gente. ¿Qué mal podría suceder?

Su conciencia arrugó el entrecejo y se limitó a mirarla con mala cara. Por esa vez guardó sus opiniones para sí misma y Umay agradeció no tener que escucharlas.

Capítulo 17

Nada más pisar la calle, la seguridad de la joven fugitiva se fue disipando y comenzó a tener dudas. Llevaba demasiado tiempo recluida en el solitario habitáculo del hospital y verse rodeada de multitud de personas le provocó una buena dosis de intranquilidad. No había caminado más de un par de metros cuando el sentimiento de sentirse observada se apoderó de ella. Se ocultó tras una farola y se dispuso a prestar atención a los viandantes. La calle parecía tranquila, quizás algo mojada por la llovizna que caía desde lo alto del cielo. Los paseantes marchaban con prisa, cobijando sus cuerpos bajo unos aparatosos paraguas, no mostrando interés alguno en su presencia. Una mujer joven, vestida con una moderna gabardina oscura atada al talle con un llamativo cinturón de cuero, llevaba a su hijo de la mano, sermoneándolo por andar con demasiada lentitud. Tenía el ceño contraído y la mirada puesta en el pequeño, que trataba de seguirle el ritmo, pero sin conseguirlo del todo. Detrás de la mujer y el niño caminaban tres adolescentes ataviadas con gruesas sudaderas, vaqueros ajustados y melenas lisas. Cargaban en sus hombros mochilas coloridas al tiempo que conversaban animadas. Saltaba a la vista que eran simples estudiantes; más atentas a la charla que mantenían entre ellas sobre las clases de ese día que a fijarse en la mujer escondida detrás de la farola.

Umay dejó de mirarlas y escrutó con la vista la acera de enfrente. Durante unos instantes se alarmó al divisar a un hombre fornido, que hablaba por teléfono. Esperó expectante para ver si reparaba en ella, pero el individuo pasó de largo sin prestarle ni la más mínima atención. Lo siguiente que despertó su curiosidad fue un coche de reparto parado en doble fila y una moto que pasaba a toda prisa por la acera. Esperó resignada encontrar algún indicio de que la estuvieran vigilando; sin embargo, tuvo que admitir que su presencia no interesaba a nadie.

«Si vas a sospechar de cada movimiento, jamás serás libre. Vamos, Umay, no seas cobarde, abandona el escondite y camina por la calle. Levanta la cabeza y pon una espléndida sonrisa en tus labios. No temas. No se es libre solo por el simple hecho de quitarse las cadenas, se es libre cuando uno lo siente de verdad».

Más calmada ante esos pensamientos positivos y la normalidad de la calle, dejó su rincón pisando la acera con gesto renovado. La fina brizna humedecía sus mejillas y el aire un tanto molesto hacía que sus mechones cobrizos se pegasen a su cara. En vez de sentirse fastidiada se notó revigorizada. Comprendió, atiborrada de optimismo, que lo que le sucedía en ese instante

significaba vivir. La vida no consistía en una constante sucesión de días grises, sino en aprovechar cada instante, por muy adverso y desfavorable que fuera. Vivir significaba dejarse mojar por la lluvia, caminar entre los charcos sin importarte las manchas en la ropa, observar el mundo desenvolverse, mezclarse con las masas y disfrutar del anonimato que las aglomeraciones ofrecían. En definitiva, ser uno más en un mundo repleto de posibilidades.

Tras un rato de agradable caminata en línea recta la muchacha descendió por una calle estrecha y, torciendo a la izquierda en un cruce, tomó la dirección hacia el bazar, siguiendo las indicaciones de un letrero.

Una parada de frutas y verduras se cruzó en su camino y los alegres colores de los tomates, las uvas y las manzanas entusiasmaron a su asustadizo corazón. Disminuyó el paso contemplándolas maravillada. Rozó con las yemas de los dedos unas hermosas naranjas colocadas en una caja de cartón y, en un descuido de la vendedora, cogió una y se la metió en el bolsillo de su abrigo.

Se arrepintió al minuto, sintiendo una pequeña punzada de culpa por el gesto que acababa de hacer, pero no pudo resistirse ante la tentación de experimentar nuevas sensaciones. La certeza de que se encontraba más viva que nunca le provocó una buena dosis de felicidad.

Abandonó la frutería y memorizó las calles por donde pasaba para no perderse y, al cabo de un tiempo, las enormes puertas abiertas del bazar se perfilaron ante sus ojos. Se entretuvo largos minutos en admirar el incesante vaivén de la gente preguntándose si algún día sería tan libre y despreocupada como ellos.

Se encogió de los hombros ante los intensos y filosóficos que se habían vuelto sus pensamientos. Siguió recorriendo las callejuelas llenas de distintos puestos hasta llegar a una tienda que comercializaba oro y metales preciosos. Aun cuando había tomado la decisión de vender el colgante encontrado entre sus pertenencias, una pequeña parte de ella sentía dudas ante el hecho de desprenderse de esa querida joya familiar.

«No te me pongas sentimental, es lo único que puedes hacer para conseguir algo de dinero y lo necesitas con desesperación. Vivir libre también significa ganarse el pan, uno no sobrevive admirando la lluvia».

Aceptó la regañina, consciente de que esa vez su sabiduría llevaba toda la razón. La preocupación por el dinero era algo nuevo para la joven. Hasta la fecha había tenido una vida encorsetada, regida por normas y reglas impuestas por sus allegados; aunque holgada desde un punto de vista económico. Nunca jamás había tenido que preocuparse de su patrimonio; tanto en su familia como en la de su exmarido se daba por descontado. A las mujeres de los clanes acaudalados no se les permitía trabajar; se les asignaba una tarjeta donde cargar los gastos, que solían ser ropa, complementos, tratamientos cosméticos y masajes, viajes, joyas y cuidados de la piel y el cabello. Nunca había cuestionado el hecho de no disponer de dinero en efectivo y, de pronto, comprendió que se hacía de ese modo para que el jefe de la familia mantuviese en todo momento el control sobre sus miembros. La certeza de que nunca había sido una mujer libre la hizo enojarse con el mundo entero y con ella misma. ¿Por qué había sido tan obtusa y no se había

revelado en contra de las normas?

«Es hora de que cojas el timón de tu vida, Umay. Ya no eres una marioneta de trapo a la que puedan manejar como les dé la gana, eres una mujer libre. LIBRE. Demuéstratelo a ti misma y a los demás».

Estos renovados ánimos la hicieron armarse de valor y entrar en la pequeña tienda tratando de aparentar una seguridad que en realidad no sentía. La advertencia de Daniel de no exponerse no encontró mejor momento para llegar a su memoria y la sombra del miedo comenzó a planear sobre ella.

—¿Desea algo, señora? —El vendedor, que al reparar en su presencia se puso de pie y la miraba con interés, interrumpió el hilo de sus pensamientos. Se trataba de un hombre bajito, de complexión fuerte, ataviado con un traje azul oscuro, de corte impecable.

—Sí, me gustaría saber cuánto dinero podría ofrecerme por esto —respondió Umay, al tiempo que metía la mano en el bolsillo y sacaba la cadena de oro. Antes de entregársela al vendedor, le dedicó un último vistazo admirativo, tratando de no dar importancia al sentimiento de remordimiento que nacía en su interior.

El comerciante prendió la cadena con dos dedos y la levantó en alto para observarla mejor. Su mirada apreciativa delató su intención de adquirirla aun cuando no expresó nada al respecto. Dominaba su oficio, sabía mantener la calma y guardarse las primeras impresiones. Se sentó con tranquilidad ante su mesa de trabajo y, sacando un botellín oscuro de un cajón, impregnó una generosa cantidad de líquido en un algodón limpio. A continuación, frotó el colgante con él y admiró las manchas violetas que quedaron impresas en su paño.

Una vez finalizada la verificación del metal precioso, se dispuso a analizar a Umay ajustándose sobre el puente de la nariz la montura de sus gafas de pasta. Tras unos tensos momentos de silencio, le comunicó su decisión.

—Es oro de muy buena calidad. ¿La joya es suya?

La duda la ofendió, pero contemplando su ropa humilde y su aspecto general descuidado entendió las dudas del vendedor. De pronto experimentó el fuerte deseo de abandonar el pequeño comercio para no llamar la atención. Comprendió que una persona humilde y una cadena de oro de muy buena calidad no eran una combinación muy afortunada. La astuta mirada del hombre posada en ella con aquella insistencia que rozaba la impertinencia le hizo tomar conciencia de haber cometido un error acudiendo a ese lugar. En todo caso el daño ya estaba hecho, por lo que no le quedó más remedio que ofrecerle una explicación para salir airosa de la difícil situación.

—Sí, señor, le aseguro que el colgante es mío —contestó con firmeza, ya que la versión que ofrecía era la verdadera. Al divisar todavía desconfianza en los perspicaces ojos del vendedor añadió—: Me lo regaló mi madre al cumplir la mayoría de edad. Es una joya familiar a la que aprecio; si no estuviera necesitada, no se me pasaría por la cabeza venderla. Me imagino que no debería sorprenderlo, es previsible que la mayoría de las personas que acuden a usted pasen los mismos apuros que yo. Así que... dígame si le interesa y, si es que sí, hágame una oferta

económica honorable.

El hombre asintió, la explicación de la potencial clienta parecía tener lógica. Sus manos comenzaron a trastear por debajo de su mesa de trabajo para sacar una balanza y, con gesto metódico, colocó el medallón sobre uno de sus brazos.

—Como puede ver pesa poco menos de veinte gramos. Suelo pagar trecientos ochenta liras el gramo por lo que su colgante valdría unas... siete mil seiscientas liras. —Una vez hecha la valoración el hombre se masajeó con el índice parte de su sien arrugada y continuó en tono bajo—: Se trata de... mucho dinero.

—Hace unos instantes ha reconocido que es oro de muy buena calidad. Por lo tanto, el colgante es valioso —se envalentonó Umay al advertir las intenciones veladas del hombre de timarla—. Si no me paga un precio justo, iré a ofrecerlo a otra tienda. He dicho que estoy necesitada, no desesperada, espero que sepa apreciar la diferencia.

Ese pequeño apunte hizo que un brillo de sorpresa se alojase en la sagaz mirada del comerciante.

—¡Trato hecho! —resolvió ante la franqueza de la joven, al tiempo que guardaba el colgante en una caja de seguridad y contaba los billetes que debía entregarle.

Umay ahogó el grito de júbilo que se asomó a sus labios ya que era la primera vez que cerraba un trato en persona y, a pesar de los nervios y la inexperiencia, no se le había dado nada mal. Hasta su conciencia se vio obligada a admitir su gran victoria. La joven dominó su alegría y tuvo la entereza necesaria para inventarse un nombre y un apellido cuando le tocó rellenar sus datos en un cuaderno que el comerciante le entregó. Una vez cumplidas todas las formalidades salió de la tienda eufórica, sin saber que, nada más abandonarla, el vendedor se dispuso a llamar por teléfono.

Ajena al peligro que estaba al asecho, la joven volvió a recorrer despreocupada las callejuelas del bazar hasta llegar a una pequeña tienda de ropa y complementos, situada en una esquina. Atraída por las coloridas telas expuestas en las estanterías, se armó de valor y entró. Una melodía relajante sonaba de fondo y un agradable perfume floral le llenó sus sentidos. Rebuscó entre las decenas de prendas expuestas en un perchero, a las que rozó con las yemas de los dedos, y se decantó por un sencillo vestido entallado color violeta y unos bonitos zapatos de piel suave a juego.

A continuación, pasó a la sección de hombres y eligió una preciosa camisa de vestir, de un blanco impoluto, con cuello y puños rígidos, y una pajarita de seda en un vivo tono azul eléctrico.

Pagó la cuenta y abandonó el pequeño comercio en un estado de humor inmejorable. Hizo una última parada en una tienda alimentaria para comprar pavo en salsa de trufa blanca y una botella de vino, al que eligió por la brillante etiqueta dorada impresa en la parte frontal y no por entender de bebidas.

Hizo las cuentas y se sintió un poco desalentada al comprender que se había gastado, entre la ropa y la comida, casi la mitad del dinero obtenido por la venta del colgante. Era de algún modo

su primer día de vida y las decisiones las tomaba en base a sus instintos y deseos, no acatando otros principios.

«En algún momento tendré que pensar en el dinero y en el modo de mantenerme a partir de ahora. Pero no es preciso que lo haga en este momento. De eso puedo encargarme mañana, hoy deseo regalarme un día feliz, solo para mí».

Con esos amables pensamientos hizo el camino de regreso y, al pasar por delante de la tienda de frutas y verduras, recordó la naranja que había robado. Había sido un gesto de rebeldía, de poderío, que le había infundido los ánimos necesarios para dar aquellos primeros e importantes pasos en solitario. La naranja permanecía oculta en el bolsillo de su cazadora, haciéndose notar al andar. Una punzada de culpabilidad se asentó en la boca de su estómago, por lo que se acercó a la vendedora y le entregó treinta liras, ante el total desconcierto de esta. Aquella naranja significaba su revolución, su inconformidad con todo lo que la sociedad imponía, pero no a costa del mal ajeno. Había tenido la valentía suficiente de cogerla sin pedir permiso probándose a sí misma su valía. La emoción de saltarse las reglas la inundó de euforia y exaltación. No obstante, una vez reparado el daño se consideró una persona mejor.

Al cabo de una media hora regresó a la humilde casita de piedra colmada de entusiasmo sin ser consciente que, a tan solo unos pasos de distancia de ella, un hombre le seguía la pista.

Capítulo 18

Daniel trataba de mantener la situación bajo control; aunque el cansancio, la falta de entendimiento del idioma y el cortante frío que azotaba la localidad portuaria de Gebze no lo estaban ayudando, sino todo lo contrario. Llevaba pocos días en Turquía, pero los suficientes para saber que en ese país se podía solucionar lo que fuese con dinero. A los lugareños les gustaban negociar, cerrar tratos de lo más oscuros y rocambolescos, incluso disfrutaban cuando se cruzaban con un buen negociador. Por muy desconcertante que fuese se sentían decepcionados cuando alguien aceptaba pagar el primer precio impuesto, para ellos era mucho más gratificante vender más barato y a base de negociar que hacerlo caro y sin oposición.

En el inicio de su aventura, sus convencimientos personales chocaron con la mentalidad local, lo que le impidió estar a la altura; sin embargo, muy pronto comprendió que la tierra otomana estaba regida por sus propias reglas y principios, y debía adaptarse si quería sobrevivir. Todo lo que había percibido en el pasado como blanco aquí no lo era tanto y el negro más intenso encontraba, en las concepciones de los lugareños, justificaciones de lo más imprevisibles.

El americano se había empleado a fondo en aquella peligrosa travesía sin ser del todo consciente de las consecuencias y el peligro que eso suponía. Acudió a la llamada de Umay sin apenas reflexionarlo. En sus ratos de sinceridad consigo mismo se hacía preguntas, cuestionándose los motivos que lo habían impulsado. No era un tipo impetuoso, tampoco aventurero, ni mucho menos propenso a experimentar tentaciones suicidas. En sus momentos de franqueza absoluta tenía que admitir que la locura que estaba a punto de cometer no estaba avalada por una justificación clara. Apreciaba a Umay, de eso no dudaba; pero la joven no era alguien cercano suyo, no los unía más vínculo que una amistad pasajera, forjada entre ambos meses atrás, cuando le había salvado la vida tras los disparos de sus hermanos.

Tomó en cuenta la posibilidad de que se tratase de algún síndrome raro que pudo haber desarrollado sin darse cuenta. Recordó haber leído en alguna parte que, si un ser humano salvaba una vida arrancándola de las garras de la muerte, el sentimiento de deber lo obligaba a responsabilizarse de ella el resto de sus días.

Todas esas reflexiones podían ser tomadas en cuenta, darse por válidas y argumentar las acciones de Daniel para con ella. No obstante, existía otro poderoso motivo que había empujado al valiente policía a cruzar el océano y convertirse en salvador de la triste y desamparada Umay.

Un motivo simple y antiguo como la vida misma, que él no estaba dispuesto a reconocer ni, mucho menos, a admitir. Al menos, no todavía.

Con esas luchas dispersas desatadas en su interior regresó a la casa y quedó consternado al encontrarla vacía.

Lo primero que acudió a su imaginación fue la más terrible de las posibilidades: el paradero de Umay había sido descubierto. Esa simple idea provocó que su corazón le diera un doloroso vuelco en el pecho contraído por el miedo. Ella había depositado su vida en sus manos, confiando en su poderío por encima de cualquier otro ser humano, y él le había fallado. No había sido capaz de protegerla. Confundido por la mezcla de emociones que se agolpaban en su interior verificó el estado de la casa y se tranquilizó al no encontrar señas de violencia y nada que corroborase sus sospechas.

La llamó al móvil que le había entregado en el hospital y, al no obtener respuesta, salió precipitado en su búsqueda. Recorrió las calles cercanas con la desesperación impresa en su rostro llevándose la impresión de ver su cara en cada persona con la que se cruzaba. Hasta llegó a parar a una joven tras confundirla con ella.

La angustia que sentía lo abandonó en cuanto reconoció los inconfundibles reflejos rojizos de su pelo, parecidos a los de los rayos tardíos del sol cuando se acerca el ocaso. Umay caminaba sin prisas rodeando los charcos sucios del suelo y los pocos montículos de nieve que la llovizna no había sido capaz de derretir. Ofrecía un aspecto delicioso con sus mejillas sonrojadas y el resplandor de felicidad iluminando sus hermosos ojos dorados. La poderosa luz que emanaba el astro rey desde lo alto del cielo se reflectaba en su preciosa melena cobriza. Levantó la vista atraída por el aleteo de unos pájaros y sonrió. Nunca antes Daniel había experimentado con mayor claridad la sensación de que su corazón duplicaba su tamaño en el interior de su pecho.

«Me siento así de feliz debido a la gran alegría de haberla encontrado», se justificó al notar cómo el pulso se le aceleraba en sus venas.

«Te sientes así porque ella te gusta, reconócelo», le respondió el eco de su conciencia.

Totalmente fuera de sí se acercó a Umay y, sin mediar palabra, la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, reduciendo al mínimo los centímetros de distancia que el sentido común marcaba. Hizo todo aquello en medio de la calle, sin miedos ni protección alguna. Sin razón ni media explicación. Sin necesidad de palabras o justificaciones. La estrechó en sus brazos y posó sus labios en su pelo, inspirando su dulce y sutil aroma. La mezcla de necesidad y ternura que divisó en sus ojos profundos cuando sus miradas se encontraron le derritió la última franja de cordura que aún podía poseer. Aquella fuerte conexión los mantuvo fuera de la realidad unos cuantos segundos, en donde el mundo ajeno dejó de importar y todo lo que no fuera ellos, dos seres humanos abrazados expresando con sus gestos lo que no se atrevían a contar con palabras.

La bolsa que Umay llevaba en la mano se cayó al suelo cuando ella se abrazó a su cuerpo con la misma intensidad que él.

—Pensé que... te había perdido —declaró emocionado cuando el arrebató inicial se fue

apacando. Acariciándole la cara le apartó con delicadeza un mechón sedoso que se había pegado a su mejilla encendida—. Al ver que no estabas me ha invadido el miedo.

Sintió el fuerte impulso de besarla, de compartir la intensidad de sus sentimientos con ella, de probar su sabor. Se moría de ganas de comprobar si la potente atracción que se apoderó de él era recíproca, de si la bella y necesitada mujer que le sostenía la mirada de ese modo tan perturbador estaba arrastrada por el mismo oleaje. Inclino la cabeza y casi dio forma a sus deseos, faltando pocos centímetros para que sus bocas se encontrasen, pero en el último instante se contuvo y besó con delicadeza su mejilla.

—Lo siento. —Se disculpó ella un tanto cohibida ante la intensidad de Daniel—. Solo pretendía alejarme un poco para dar un pequeño paseo y tomar el aire. No se me pasó por la cabeza que te preocuparías tanto. Vamos a entrar, tengo una sorpresa para ti.

—¿De verdad? —Hizo la pregunta expectante, consciente de la gran sonrisa que iluminaba su rostro. No le entusiasmaban las sorpresas, aunque esa vez deseaba con todo su ser recibir la de Umay. Se visualizó como un niño a punto de abrir el regalo de Navidad, por lo que añadió impaciente—: No imagino qué podría ser.

Aquel breve diálogo rompió el delgado hilo de magia formado entre ambos y los devolvió a la realidad. Separaron sus cuerpos sonriéndose el uno al otro con afecto. Tras recoger la bolsa del suelo entraron en la casa. Una vez dentro Umay rebuscó entre las compras que hizo esa mañana y sacó un paquete envuelto en un vistoso papel en distintos tonos azules con filigranas plateadas.

—Toma, es para ti. —Le entregó el bulto expectante al tiempo que sus labios generosos dibujaban una hermosa sonrisa. Se veía relajada y feliz. Como si todos sus problemas hubiesen desaparecido por arte de magia. Como si el abrazo de Daniel hubiese tenido el poder de curarle el alma destrozada—. Bueno, pensándolo bien, he de reconocer que más que un obsequio es una deuda. Ábrelo y lo comprenderás.

Daniel no recordaba la última vez que se había sentido tan intrigado. Por lo general, odiaba lo inesperado; pero ante el entusiasmo contagioso de ella no pudo sentir otra cosa aparte de felicidad. Deseo. Anheló de algo que todavía estaba por descubrirse.

Rompió el envoltorio con impaciencia y, al cabo de un momento, sus dedos rasgaron el elegante lazo de seda y la incógnita de Umay quedó desvelada. Se trataba de una preciosa camisa de vestir confeccionada en una tela de muy buena calidad y con un corte impecable. Del cuello perfectamente doblado de la prenda colgaba una vistosa pajarita, en tono azul intenso. Supo al instante que era la camisa que él reclamaba a modo de anécdota por haber sacrificado en su día la suya para currarle las heridas de bala provocadas por sus hermanos. Un fuerte oleaje lo arrastró y se sintió invadido por una emoción desconocida hasta entonces. Experimentó la sensación de que su interior se había llenado de suaves mariposas que aleteaban sus coloridas alas para llenarlo de dicha y felicidad.

Estableció contacto visual con ella reprimiendo como pudo el intenso deseo de besarla en los labios. Su autodominio lo ayudó a refrenar sus instintos y se contentó con depositar un beso suave

en la parte superior de su mano acompañado por un «gracias» bajito, cargado de emoción.

—No tenías por qué hacerlo —repuso cuando se recuperó de la impresión—. Sabes que las tonterías que digo son fruto de mi humor, un tanto extraño e incomprendido. Jamás pensé que tomarías al pie de la letra mis bromas.

—Lo sé —admitió la muchacha con una sonrisa resplandeciente en los labios—. En cuanto la he visto expuesta en un maniquí, he sabido que te quedaría perfecta y me embriagó tal felicidad que fue superior a mis fuerzas resistirme. Sería maravilloso si te la pusieras esta noche para... ya sabes... para la ceremonia.

Ante esa petición los ojos de Daniel brillaron con intensidad.

—Claro, lo haré encantado, aunque te advierto que esta elegante prenda me convertirá en un novio muy atractivo. ¿Podrás soportarlo?

—Lo intentaré —entró ella en su juego de buena gana—. Aunque te ruego tomes en cuenta que yo también estrenaré vestido, así que puede que mi atractivo sea también importante. Quedas avisado.

—No tengo la menor duda —declaró encendido, deseando con ardor que llegase el momento de convertir a Umay en su esposa.

La imagen de Sarah, su novia, no encontró peor momento para aparecer en escena para ensombrecerle la felicidad recién alcanzada. Se sentía a mil años luz de distancia de ella y le parecía increíble que, hacía tan solo unos días, hubieran compartido casa considerándola su amor. Ahora, desde la lejanía, comprendió lo poco profunda y especial que era su relación. Lo que parecía forjarse entre Umay y él si tenía consistencia, aun cuando fuera algo volátil y difícil de concretar. La idea de que se ilusionaba con algo irreal cobró fuerza en su cabeza.

«Umay es imprevisible, complicada e inestable. La sacaste de un psiquiátrico, puede que su salud mental esté más afectada de lo que tú te crees. Acuérdate que trató de tirar a tu sobrina por el acantilado hace tan solo unos meses. El cuerdo en toda esta ecuación se supone que eres tú, muchacho, y pareces más afectado que ella. No imagines sueños románticos con ella, apenas la conoces, no sabes cómo es en realidad. Y si todo eso no te convence, te recuerdo que Sarah sigue siendo tu novia. No tires siete meses de relación a la basura por un sueño ilusorio. Ella es real y vive en tu apartamento. Umay y tú no formáis una pareja, y la boda de esta noche no será efectiva en el sentido literal de la palabra».

La idea de que sus recientes ilusiones no eran más que una cortina de humo se hizo evidente para un Daniel indeciso y cada vez más confundido. Experimentaba alteración y desconcierto y no comprendía ni él mismo la locura que habitaba en su cabeza. Y, por descontado, en su corazón.

Capítulo 19

Umay echó un último vistazo al espejo algo torcido, con marco de madera desgastada, que colgaba de la pared de piedra y repasó con la yema de su índice la sombra de ojos color violeta que adornaba sus parpados. No recordaba la última vez que se había arreglado y su aspecto le arrancó una sonrisa complacida. Estaba realmente favorecida con su mata de pelo brillante peinado en un semirecojido, sus ojos maquillados, las pestañas encorvadas y los labios pintados en un suave rosa pálido. El vestido de triple seda que había comprado esa misma mañana le quedaba como un guante, amoldándose sobre sus pechos generosos y evidenciando su redondo trasero, que sobresalía respingón tensando la suave tela de la prenda.

Antes de dar su acicalamiento por finalizado se roció la piel del interior de sus muñecas y el canalillo del escote con un poco de perfume. Olía delicioso, femenino y discreto, como las flores blancas al principio de primavera.

La única habitación que tenía la casa estaba lista para officiar el enlace, y ella paseaba intranquila de un lado para otro, sin comprender a qué se debía aquella agitación interna.

«No seas ridícula ni te des aires de novia en vísperas del enlace. Se trata de un simple trámite para que puedas sacarte un nuevo pasaporte y salir del país sin contratiempos. Una vez que lleguéis a Estados Unidos os divorciaréis del mismo modo y todo habrá terminado».

Sus conjeturas fueron interrumpidas por un cúmulo de voces que se escuchaban en el exterior de la casa. Se arrimó a la ventana y observó a Daniel acercarse en compañía de Yosuf, que supo que haría de testigo junto a su mujer. Junto a ellos caminaba otro hombre de porte serio y aspecto respetable, ataviado con un traje oscuro, que presumió que sería el oficial del Registro Civil. La joven se permitió el lujo de admirar a su futuro marido y se sintió complacida al observar a través del cuello abierto de su abrigo la camisa que le había regalado ese mediodía. Una gran sonrisa afloró en sus labios, como si el hecho de que él vistiera esa prenda fuese toda una declaración de intenciones.

«Calma, Umay. Es solo una camisa. No significa nada».

Suspiró resignada y se apartó de la ventana. No recordaba haberse tomado la pastilla antidepresiva y, ante la duda, abrió el frasco y, ayudada por un vaso de agua, hizo penetrar el medicamento en su cuerpo.

Un cuarto de hora más tarde se encontraba sentada en una silla, lista para dar su consentimiento

al matrimonio. Fue superior a sus fuerzas no acordarse de su anterior ceremonia matrimonial, que no había distado mucho de aquella, puesto que Umay no se unió a su primer marido por amor, sino por imposiciones de su propia familia.

«Dos matrimonios igual de vacíos y tristes. ¿Alguna vez me casaré por amor?».

Una leve presión en el brazo la obligó a regresar a la realidad y se topó con la mirada penetrante de Daniel, que parecía reprenderla por su falta de atención. Costaba creer que aquel hombre increíblemente guapo y valiente esperara impaciente que ella dijese el «sí, quiero». Nadie podía actuar de un modo tan desinteresado y altruista con otro ser humano. Por primera vez desde que había comenzado aquella aventura se le pasó por la cabeza la idea de que él tuviera algún interés oculto. Podía ser que tan solo, preocupado por la situación de su hermana, deseara librar a Eva para siempre de la espinosa presencia de Umay.

«O puede que le gustes. No, imposible, soy muy poca cosa para un tipo atractivo como él. Cosas más raras se han visto».

—Señora Cozcolu —la reprendió con aspereza el oficial, al tiempo que acariciaba con los dedos su pelo canoso, que contrastaba con sus enrollados bigotes oscuros —. ¿Da su consentimiento a casarse con el señor Trent, aquí presente, o no? Le he formulado la pregunta ya dos veces. Le advierto que no habrá una tercera.

—Yo... yo... —repitió angustiada, presa de una importante alteración interna. A continuación, se giró hacia Daniel, que en ese instante la contemplaba confundido, y dio voz a sus preocupaciones—: Antes de proseguir con la ceremonia me gustaría hablar un minuto contigo, si es posible. En privado —añadió y se levantó de un brinco de la silla, lo que le ganó las miradas reprobatorias de los ahí presentes, que sabían que aquello era un mero trámite del que querían librarse cuanto antes. El aludido siguió sus pasos y, dado que la propiedad no disponía de más estancias, salieron al exterior de la casa.

—¿Pasa algo? —quiso saber nada más cerrar la puerta a sus espaldas. La escrutó con gesto serio y en las pupilas de sus ojos brillaba un atisbo de incompreensión. Umay clavó la mirada en la punta de sus zapatos de cuero, como si el origen del problema se hallase en ese punto concreto. Daniel posó las manos en sus hombros y, con una suave presión destinada a llamar su atención, la obligó a levantar la vista y mirarlo a los ojos. Un instante permanecieron callados, mientras la sombra de la desconfianza planeaba sobre ellos.

—Estamos a punto de casarnos —comenzó la novia a exponer sus dudas de forma atropellada—, y quisiera saber cuáles son tus razones para hacerlo. Es...es un sacrificio muy grande y no estoy dispuesta a seguir sin antes conocer tus motivos.

Una furiosa ventisca se abatió sobre ambos e hizo que los sedosos cabellos de ella se convirtieran en una mata alborotada.

—¿De qué hablas? ¿Razones, motivos? Nos casamos porque necesitas un nuevo apellido, ya lo hablamos anoche. ¿A qué viene todo esto?

Daniel parecía confuso; por mucho empeño que pusiera, no lograba comprender las dudas y los

remordimientos de la joven.

—Lo hablamos, es cierto —se defendió ella aguantando con obstinación el torrente lagrimoso que estaba a punto de inundar sus ojos—. Ha ocurrido todo muy deprisa y no es lo mismo hablar de algo que ponerlo en práctica. Anoche solo veía en esta unión un medio de salir del país; no obstante, ahora comprendo que implica un cuantioso sacrificio personal por tu parte. Demasiado para ser un gesto desinteresado. Quiero saber por qué lo haces. ¿Qué soy yo para ti?

Esa pregunta directa hizo que el novio palideciera, como si acabara de comprender la enorme locura que estaba a punto de cometer. Se paseó las manos por su pelo lacio, que para la ocasión había peinado hacia atrás, y soltó con lentitud el aire retenido en sus pulmones. Al cabo de un rato le tomó las manos entre las suyas y, mirándola de un modo intenso, diferente, trató de ofrecerle una explicación coherente.

—Eres mi amiga. ¿Quieres ser otra cosa, Umay? Si es que sí, es el momento de decirlo.

Fue el turno de la joven de palidecer. Estaba siendo asaltada por dudas, emociones de todo tipo, anhelos de algo que no lograba identificar.

«Deseas el cuento de hadas. Lo quieres a él».

«No seas ingenua. Ni una cosa ni la otra serán para ti».

—No... yo, discúlpame. Creo haberme tomado dos pastillas seguidas y me siento algo... extraña —logró balbucear, avergonzada por la trayectoria de sus sentimientos y la escena que acababa de montar.

Sin saber por qué, Daniel se sintió un tanto decepcionado ante su explicación. Sus ojos ardientes, su voz agitada, todo parecía indicar que estaba a punto de desvelarle algo íntimo e importante, aunque, al final, parecía haberse tratado de su inestabilidad emocional. Se recordó que la joven no llevaba ni veinticuatro horas fuera de la clínica psiquiátrica y era más que comprensible que tuviera esas inquietudes y cambios de humor ante unos hechos tan importantes como el que se proponían celebrar. Hasta él mismo había tenido que enfrentar las dudas y preguntas de su conciencia.

El gesto contrariado y confundido del policía se suavizó y, acortando la distancia entre sus cuerpos, la abrazó con delicadeza acercando su frente al pelo alborotado de la joven turca.

—Ambos estamos algo tensos, y es normal. Tranquila, yo no soy como la gente que tú conoces. Me pareció que dabas a entender que pretendía algo a cambio de ayudarte. Debería sentirme ofendido, aunque me pongo en tu lugar y comprendo que te cueste confiar en la gente. Mírame a los ojos —le pidió con determinación al tiempo que establecía contacto visual con ella demandando su completa atención—: Te estoy ayudando porque quiero y puedo hacerlo. ¿Lo entiendes? No le des más vueltas, cuando todo esto haya terminado y estés a salvo, nos separaremos sin más. Es solo una formalidad tan simple como un cerrar y abrir de ojos. No sé cómo serán los divorcios aquí, pero en Estados Unidos son algo tan normal como la luz del día, nadie nos obligará a permanecer una vida entera juntos si no queremos.

Sus explicaciones surtieron el efecto deseado y provocaron un cambio significativo en el

comportamiento de la novia, que dejó de estar en guardia y permitió que sus rígidos músculos se relajaran y un manto de paz la envolviera desde el nacimiento de sus cabellos hasta la planta de sus pies. Apoyó la cabeza en el hueco formado por el hombro y el cuello de Daniel y le rodeó el torso dejándose impregnar por el agradable perfume masculino que emanaba su camisa. Al notarse saludada por los latidos rítmicos del corazón del hombre que estaba a punto de convertirse en su marido, experimentó la sublime sensación de encontrarse en el lugar más seguro y agradable del universo.

Abandonó ese maravilloso refugio y, entre lágrimas de felicidad y abatimiento, levantó la cabeza y volvió a conectar su mirada con la de él. Daniel le acunó las mejillas en sus manos y, acercándose despacio a su cara, le plantó un beso reconfortante en los ojos.

—Por cierto, estás preciosa. ¿Lista para convertirte de una vez por todas en la señora Trent? Por si no te has dado cuenta, mi autoestima se encuentra en sus límites más bajos; casi me dejaste plantado ante el altar. El pobre señor Yosuf evitaba mirarme a la cara a causa del desconcierto que sentía.

—Lo estoy —asintió la joven con una tímida sonrisa en los labios—. Tú también estás impresionante.

Y dicho esto, siguió a su futuro marido al interior de la casa para continuar con la ceremonia.

Capítulo 20

Un lujoso Mercedes de color oscuro se detuvo a pocos metros de la pequeña casita de piedra. El señor que ocupaba el lugar del copiloto deslizó la ventanilla hacia abajo y se dispuso a contemplar con gesto serio los alrededores de la propiedad, que por el momento parecían desiertos.

—¿Estás seguro de que es la casa que buscamos? No sale humo por la chimenea ni se percibe movimiento alguno en los alrededores. Las cortinas están echadas y el montículo de leña no parece haber sido tocado en días —dio voz a sus preocupaciones Hasan Cozcolu, tras un primer reconocimiento general.

—Señor, tenga paciencia —le pidió el conductor con la mirada atenta—. El joyero del mercado, al haber sospechado de la mujer que le trajo un colgante tan único, mandó a uno de sus mejores hombres a seguirla. Le pagamos un buen fajo de billetes a cambio de darnos esa valiosa información, es muy poco probable que nos ponga sobre una pista falsa. Ha señalado esta casa, no hay duda, es aquí.

—Bien, espero que tengas razón y no me hagas perder el tiempo. De ser así, te advierto que mi enfado caerá primero sobre ti y después sobre el joyero —resolvió su jefe haciendo un gesto desdeñoso con la mano. La paciencia nunca había estado entre sus virtudes y, con el paso de los años, se había vuelto del todo intransigente. Quería resultados y los quería al momento. Deseaba eliminar aquel problema de su vida cuanto antes, así que apremió a su empleado para que no quedara ningún cabo suelto—. Llama al resto de los muchachos, procura tener la casa rodeada. Si la joven que habita en esta casa es mi hija, no puede tener escapatoria.

Mientras la mirada oscura de Hasan Cozcolu escrutaba los horizontes con curiosidad, su mandíbula se contrajo ante la indignación que sentía. Había sido un padre blando con Umay, debilidad que ahora sabía que no debería haberse permitido. Como patriarca del poderoso clan Cozcolu había tratado de poner el mundo entero a los pies de su única hija, concertando para ella uno de los matrimonios más ventajosos de Turquía. Como gratitud, su malagradecida hija había cometido un error tras otro, comenzando por incumplir la obligación más sagrada de una mujer en edad adulta; la de procrear. Era comprensible que la familia Dogan pretendiera librarse de ella, ¿quién querría dar cobijo a una mujer vacía sin nada que ofrecer? Tras esa gran vergüenza, Hasan había tenido que presenciar cómo Umay se tomaba el atrevimiento de exhibirse colgada del brazo

de otro hombre en la boda de su exmarido. Aquel gesto había sido imperdonable y la ofensa se había saldado con disparos y, aun cuando una bala la había alcanzado, de algún modo que aún no se explicaba Umay había logrado sobrevivir, había regresado con los Dogan y dejado las aguas en calma.

Hazan Cozcolu había dado ese percance por terminado, sin saber que la peor de las tormentas se abatiría sobre su respetable familia, que estaba a un paso de emparentarse con una de las más ilustres de Estambul.

Apretó el puño con fuerza al recordar la llamada de Emir que lo puso al corriente de la desaparición de su hija del centro psiquiátrico donde estaba ingresada y el posterior soplo del joyero que aseguraba que una joven que podría ser ella se encontraba en aquella casa acompañada por un hombre. Ese último dato no lo había sorprendido, sino que lo había dejado sin habla.

Todavía le costaba imaginar que fuera cierto; de serlo, se trataría de una ofensa tan grande que no podría saldarse con otro resultado que no fuera la muerte. Esa vez no tendría compasión y pondría fin de una vez por todas a aquella situación que casi arrastraba a los Cozcolu a la difamación y al desprestigio.

Mientras esas conjeturas pasaban por su cabeza observó cómo la puerta de la casa se abrió y sus peores temores se materializaron ante sus ojos con la velocidad de un rayo. Le costaba creer que tuviera a tan solo unos pasos de distancia a la traidora de su hija. Contrario a sus suposiciones, Umay ofrecía buen aspecto, su talante no indicaba que había huido de un centro psiquiátrico tan solo un día antes. Ataviada con un bonito vestido de seda color lila y calzando zapatos de tacón, parecía sacada del medio de una celebración importante. Su progenitor apretó las mandíbulas hasta escucharlas crujir al observar cómo un hombre apuesto y bien parecido con fachas de extranjero la acompañaba. Aquello era más grave de lo que había sospechado en un principio. Refrenó como pudo el impulso de sacar el arma y dispararles. Acabar con aquella pesadilla que no hacía más que agrandarse.

Mantuvo su genio a raya y se dispuso a vigilarlos desde la distancia. Gesticulaban tensionados, parecían mantener una discusión acalorada que finalizó con los cuerpos de ambos unidos en un abrazo. Ante esa vergonzosa exhibición, Cozcolu cerró los ojos, tratando de contener el fuerte deseo de sacar el arma y disparar a bocajarro a la pareja.

No obstante, tuvo que comprimir sus deseos; la noche no había caído todavía sobre la ciudad y, aun cuando no había gran afluencia de gente por la calle, algún que otro viandante caminaba por la acera y no quería llamar la atención de las autoridades llevándose por delante algún desgraciado. Sabía por experiencia que los inocentes sacrificados en misiones armadas se convertían en un grano en el culo y no le apetecía cargar con otro espinoso problema. Se había hecho mayor y sus nervios habían perdido la templanza de antaño. Ante esos inconvenientes resolvió ansioso que esperar la puesta de sol y, entonces, ordenaría a sus hombres acercarse de forma sigilosa a la casa para cogerlos desprevenidos. Vertería sobre ellos una lluvia de balas y se aseguraría de abandonar el lugar en cuanto los cuerpos de aquellos traidores yacieran tiesos y fríos como el

hielo en invierno. Liberaría toda la rabia acumulada y finiquitaría el vergonzoso asunto de Umay y del malnacido que estaba con ella.

El sonido estridente de su teléfono llamó su atención y, desistiendo de sus conjeturas, descolgó impaciente al advertir que lo llamaba su hijo, Aaron. La voz de su primogénito sonó ahogada, dejando entrever la gran indignación que sentía.

—Padre, ¿es cierto lo que dicen mis hombres? ¿La desgraciada de Umay se encuentra en el interior de la casa en compañía de un hombre? De ser cierto las tuercas del reloj cambian de posición. Esta inmensa ofensa no pude ser lavada con una muerte instantánea; se merece que apliquemos la sagrada ley del círculo dorado. El agravio es demasiado aparatoso. Estos malnacidos no son dignos de una muerte rápida y limpia, deben sufrir.

Hasan cerró los ojos un instante y la imagen de una gran cantidad de agujas clavadas en una superficie de piel humana acudió a sus ojos. Resopló disgustado, ya que ansiaba dar por cerrada aquella desagradable situación lo antes posible. No le apetecía aplicar la ley santa que exigía una muerte dolorosa para las hijas infieles, estériles o adúlteras; sin embargo, al no encontrar ningún impedimento para negarse a cumplir con las tradiciones, dio su consentimiento. Su hija no reunía solo uno de los requisitos exigidos, los cumplía de sobra a todos.

—Tu petición es justa —claudicó, resolutivo—. Si eso es lo que quieres para lavar nuestro apellido, que así sea. Tu hermana y el hombre que la acompaña recibirán el venerable castigo del círculo dorado. Sin embrago, debemos ser pacientes, no es lo mismo disparar a bocajarro que capturarlos vivos. En ese caso debemos hacer cambio de planes, esperar que anochezca, no podemos arriesgarnos a que algo salga mal. ¿De cuántos hombres dispones?

—Doce. Fuertes y bien entrenados —respondió Aaron con prontitud, complacido por haberse salido con la suya—. Serán suficientes para atraparlos. Yo mismo me aseguraré de que no quede ningún cabo suelto. Propongo esperar a que caiga la noche, estarán desprevenidos, los pillaremos con la guardia baja y nos los llevaremos sin hacer demasiado alboroto.

—Bien —se limitó su padre a señalar y colgó. Cambió el ángulo de visión y reparó a través del espejo retrovisor en varios vehículos colocados de forma discreta a muy pocos metros de él.

Esbozó una sonrisa sin humor ya que, a su parecer, la situación estaba bajo control. Se dijo para sus adentros que dentro de un par de horas el espinoso problema de Umay estaría resuelto. El honor de su familia quedaría limpio y, con la muerte de ambos implicados, la ofensa se daría por saldada.

De forma lánguida el sol se deshizo en varios rayos de fuego que se fueron retirando bajo la gruesa cortina de nubes bajas y la noche cayó sobre la ciudad, atrayendo a sus brazos oscuros la humilde casita de piedra y a los cuatros vehículos que esperaban silenciosos en los alrededores.

Para matar la espera el gran jefe del clan Cozcolu se entretuvo fumando y bebiendo pequeños sorbos de coñac de una botella que llevaba en el bolsillo del pantalón. No solía ingerir alcohol, la religión musulmana no lo permitía, pero de tanto en tanto, en momentos de máxima tensión se saltaba la prohibición para relajar sus nervios. Mientras el alcohol le penetraba en la sangre no

dejaba de preguntarse por qué el misericordioso Allah lo había castigado haciéndolo cargar con una hija como Umay.

Capítulo 21

Umay no dejaba de admirar el sencillo anillo de plata que adornaba su dedo anular. Se había sorprendido de forma grata cuando Daniel había cumplido con aquel ritual, a pesar de tratarse de un mero matrimonio de conveniencia.

Tras vencer las dudas iniciales, la ceremonia había trascurrido sin el menor contratiempo y Umay guardaba en su poder el certificado que la atestaba como la flamante señora Trent. Lo guardó a buen recado en el interior del bolsillo de su chaquetón de plumas y se dispuso a disfrutar de una cena agradable junto a su recién estrenado marido.

El lugar donde compartían espacio era austero, desprovisto de aderezos y poco agraciado, y la cena, más bien humilde; aun así, Umay se sentía más afortunada y feliz de lo que había sido en su vida entera. Durante toda la velada había permanecido con una espléndida sonrisa en los labios y la certeza de que su mundo había cambiado de color se hacía cada vez más evidente.

Apenas podía contener el entusiasmo pensando que los días grises que marcaron su existencia hasta la fecha habitarían a partir de entonces únicamente en su memoria, serían reemplazados por los alegres colores de la alegría, las ganas de comenzar de nuevo, el renacer.

—Mañana puede que tengamos ya tu pasaporte —le informó Daniel mientras se apoyaba en el respaldo de la silla en actitud relajada. Cogió su copa llena del vino blanco que ella había comprado ese día en el mercado, dio algunos sorbos y, tras dejarla de nuevo sobre la mesa, continuó—: Eva me aseguró que, una vez que consigamos la libreta de matrimonio, será cuestión de horas adquirirlo.

Umay imitó su gesto e, impregnando sus labios en el líquido refrescante de color amarillo verdoso, bebió un generoso trago. No estaba acostumbrada al alcohol, lo había probado en contadas ocasiones, por lo que la dulce impresión que le dejaba en su interior le provocaba ardor en los ojos y un agradable cosquilleo en sus entrañas.

—Mañana será un gran día. Quizás el más importante de mi vida. Dejaré atrás todas las cadenas que han encorsetado mi alma desde que tengo uso de razón; me olvidaré de todo lo que conozco para abrirme paso al futuro —declaró entusiasmada.

Charlaron un rato más centrándose en los detalles de la salida del país. El plan no parecía demasiado complicado; zarparían con el primer barco del puerto de Gebze rumbo a Constanta, el puerto rumano más importante de la costa del Mar Negro y, desde allí, cogerían el primer vuelo

hacia Houston. Umay no se atrevía a imaginar su nueva vida en el lugar adonde iba; era por todos sabido que Estados Unidos era el país donde los sueños se cumplían. ¿Por qué no iba a cumplirse el suyo? Su conciencia, que permanecía entumecida en un extraño estado de indiferencia, dejaba a la joven entusiasmarse con todo lo que la rodeaba.

Cuando terminaron de cenar, la recién estrenada señora Trent ya contaba con tres copas de vino que hacían que las lenguas de fuego que bailaban con alegría en el hogar pareciesen a sus ojos una hoguera devoradora que engullía todas sus preocupaciones. Recordó haber leído alguna vez que el fuego tenía el poder de purificar y ese pensamiento la hizo sentirse liberada.

No fue consciente de la trayectoria de su mirada clavada en las profundidades verdes de Daniel hasta que el enorme fuego que habitaba en la chimenea se fue trasladando a su corazón y, devorando todo a su paso, le insufló la energía necesaria para dejar atrás sus miedos y dejarse llevar por aquel juego peligroso de emociones prendidas.

Daniel no podía estar más atrayente que en ese instante, con su imponente presencia, sus ojos chispeantes y su sonrisa anhelante.

Y dado que la sabiduría de Umay se encontraba de vacaciones, la joven decidió dar un importante paso en su relación, aun cuando no había dilucidado de qué tipo sería. Con lentitud y algo temblorosa se levantó y comenzó a acercarse a pocos centímetros de su marido. Daniel se levantó de la silla y se situó frente a ella contemplándola con expresión de asombro y sorpresa. Indecisa le acarició la mandíbula y lo atrajo hacia ella para buscar su boca. Al intuir sus intenciones él abrió la suya tratando de decir algo. Umay no quería que hablase por temor a interrumpir aquella magia que surgió de un modo tan espontáneo y que con seguridad tendría fecha de caducidad. Le tapó la boca con su índice y, acercando sus labios generosos a los suyos, los probó, primero con timidez, maravillada ante su dulce y exquisito sabor.

Mientras sus bocas se rozaban cerró los ojos presa de una intensa ola de excitación y, al notar que los brazos de Daniel le rodeaban los hombros y sus dedos formaban suaves eses a lo largo de su columna vertebral, supo que aquello que estaba a punto de ocurrir era inevitable.

Tras el tanteo inicial sus labios marcaron un ritmo cada vez más intenso acariciándose de forma recíproca, primero con ternura, después con deseo y pasión. Cuando sus respiraciones reclamaron una bocanada de oxígeno, volvieron a conectar mirándose a los ojos. Umay atisbó en las pupilas dilatadas del hombre que estaba a punto de dejar atrás el rol de salvador para convertirse en su amante el cristalino reflejo del anhelo y la excitación.

Esa declaración silenciosa de intenciones tuvo para ella el mismo significado que una confesión. No cabía duda de que algo muy poderoso se había detonado entre ambos; de hecho, si lo pensaba bien, ese nudo de nervios que agitaba su interior lo había sentido desde el mismo instante en el que Daniel la arrancó de las garras de la muerte, meses atrás. Él había sido en todo momento el motor que la había ayudado a sobrellevar los largos meses de encierro disipando la tristeza que habitaba en su interior. Deseaba entregarse a él y disfrutar, aun cuando fuese una única vez en la vida, de una pasión que solo pocos agraciados tenían el privilegio de experimentar.

La conciencia de Umay se sobresaltó y despertó de golpe.

«¿Y qué pasará mañana? Si excedéis el umbral de la amistad, os encontraréis en un mundo perdido donde ni seréis amigos, ni seréis amantes, ni seréis nada. No lo hagáis. Es solo un arranque pasajero provocado por el vino, las pastillas y la ilusión del falso matrimonio. No sucumbas ante un impulso efímero, te arrepentirás».

Umay cerró los ojos con mucha fuerza tratando de ahuyentar el eco de su voz interior, aunque de forma instintiva se crispó tensando los brazos alrededor del cuello de Daniel. El ardiente beso fue perdiendo fuerza y de forma paulatina separaron los labios para poner algo de distancia entre ellos.

—Estás temblando. —Daniel la escrutó con gesto serio y, tras apartarle un mechón de la cara, añadió con voz dulce y serena—: Nos hemos dejado llevar, pero si no quieres que pase, no pasará.

—Lo sé. —Umay se tomó unos segundos para reflexionar sin apartar sus hermosos ojos de él. Se preguntó cómo podía ser en todo momento así de atento y afectuoso y saber las preocupaciones silenciosas que pasaban por su cabeza. Planeó evitar hablar del tema de forma abierta; aunque, al final, optó por sincerarse—: Sí quiero que pase, pero tengo miedo.

—¿Miedo? —La sorpresa se alojó en el rostro de Daniel, como si aquel extremo nunca se le hubiese ocurrido—. ¿De qué?

—De que mañana el sueño termine. O lo que es peor, de que se rompa esa buena sintonía que hay entre nosotros.

—No terminará si no queremos que termine. Dependerá en exclusiva de ti y de mí. No tengo el poder de prever lo que será en el futuro, lo único que sé y que importa es que deseo estar contigo aquí y ahora. Regalarnos esta noche. Desde el primer instante en que te vi he sentido algo especial, una conexión más allá de lo comprensible. Hemos intentado pasarla por lo alto, aunque si tú también sientes lo mismo, creo que lo más sensato y correcto sería hacer caso a nuestros sentimientos.

—Arriesgué mi vida por un baile contigo —declaró Umay encendida—. Y no nos dejaron terminarlo.

—Esto tiene fácil arreglo, ahora nadie nos interrumpirá. —Daniel le guiñó un ojo luciendo una expresión divertida en el rostro. Sacó del bolsillo del pantalón el móvil y, buscando en YouTube, sintonizó una mezcla de canciones románticas. Antes de dejar la música fluir la miró expectante pidiendo su aprobación—: La que primero suene, será nuestra canción.

—¡Nuestra canción! —repitió Umay emocionada, dedicándole una hermosa sonrisa, aunque cargada de tristeza. Ella nunca había tenido una canción y ese gesto le parecía el más romántico y bonito de su entera existencia. No le importaba la canción que el destino elegiría para ellos, sería la más absolutamente bonita y perfecta de todas las canciones jamás inventadas.

Asintió sobrecogida y poco después la estancia se llenó de unos acordes suaves acompañados de la voz del solista del grupo Scorpions, que comenzó a cantar el archiconocido *hit Wind of*

change.

Daniel extendió la mano hacia una alegre Umay, quien se abrazó él de buena gana. Él la sujetaba pegada a su torso rodeándola con su brazo derecho y ella se deslizaba por la improvisada pista sintiéndose más tranquila y feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo. Sin poder contener las emociones que bullían en su interior, se arrimó algunos centímetros más a su cuerpo y, cerrando los ojos, se dejó atrapar por la perfección de ese instante, disfrutando de la cercanía, la música y el abrazo del hombre que ocupaba todos sus pensamientos.

Capítulo 22

Hacía tiempo que el grupo sueco Scorpions había terminado de cantar, pero ni Umay ni Daniel daban señales de querer interrumpir el baile. Siguieron moviéndose con lentitud al ritmo de otras melodías románticas, totalmente pegados y abrazados. El deseo subía como una marea arrolladora que ninguno de los dos deseaba contener. Umay no recordaba la última vez que la habían tocado, besado o le habían hecho el amor. Aprendió a vivir sin el afecto de un amante. Su exmarido había sido el único hombre con quien había mantenido intimidad y sus encuentros sexuales fueron más bien escasos y fríos. Emir tomaba lo que quería de ella y Umay aceptaba, pensando que aquel acto debía de hacerse de ese modo. En ese instante de perfección absoluta, de sentir el pulso galoparle por las venas y el corazón en un puño, comprendió lo equivocada que había estado. La relación sexual no consistía en «yo tomo y tú me das», el acto íntimo debía fluir como la seda, ser una sucesión de momentos tan únicos como aquellos, en donde la pasión encendía los sentidos y el cuerpo se dejaba guiar por el instinto.

Sin cruzar palabra con el hombre que le estaba enseñando lo que significaba amar y ser amada, Umay comenzó a desabrocharle los botones de su camisa y lo ayudó a deshacerse de ella mientras él le bajaba con suavidad las mangas del vestido y dejaba que se cayera al suelo. La joven era el tipo de persona que se avergonzaba de su desnudez, que le costaba aceptarse y quererse, aunque hallarse desnuda ante él la hizo sentirse poderosa. Se contemplaron a los ojos con intensidad, los dos ardían de deseo. Umay se turbó ante la avalancha de sentimientos que afloraron en su interior, pero se armó de valor haciendo caso omiso a todas las dudas que pretendían empañarle la felicidad.

Daniel la tomó en sus brazos y el ardiente beso que le dio en sus labios la hizo olvidarse hasta de su propio nombre. Se abrazó a su cuello y entre besos y caricias se tumbaron en el medio del colchón. No fue consciente de que su cuerpo estaba encajado entre las piernas de Daniel hasta que notó su miembro viril abrirse paso en su interior. Abrió los ojos un instante y la imagen de deseo que observó en las pupilas dilatadas de su amante la encendió desde el nacimiento de su pelo hasta las plantas de los pies. Anhelaba como nada en el mundo unirse a él, por lo que posicionó las caderas para facilitarle la entrada y sentirlo en su interior.

No obstante, el acto íntimo no sucedió como ella lo había imaginado. Daniel no parecía tener prisa por penetrarla, sino que, tras un breve tanteo, se retiró y se dispuso a amarla con la boca,

abrasando su piel a su paso, mordiendo y besando hasta enloquecerla de placer. Gritó su nombre cuando no pudo soportar más aquel suplicio y Daniel sonrió satisfecho, evidenciando el hecho de que la tenía del modo anhelado; lista y excitada para él. Fue entonces cuando le separó los muslos y se adentró con lentitud en su interior húmedo y bien dispuesto. Comenzó con algunas embestidas lánguidas incrementando el ritmo que iba en consonancia con los jadeos de placer de la mujer que, aunque no hacía el amor por primera vez, se estrenaba en el arte de ser amada de verdad.

Inmersos en el acto íntimo y casi al punto de elevarse al vacío no advirtieron que, justo en ese instante, la puerta de la casa se abrió despacio y un grupo de hombres armados penetraban de forma sigilosa en el interior. De pronto una corriente helada se asentó sobre la piel de Umay y la potente luz de una linterna la cegó. Ocurrió todo muy deprisa, por lo que no le dio tiempo a asimilar lo que estaba sucediendo. A modo de cámara lenta notó cómo el cuerpo de su marido abandonaba el suyo y la dejaba expuesta y desnuda ante las miradas incómodas de, al menos, diez hombres. Se incorporó asustada tratando de taparse con la sábana y comenzó a gritar aterrorizada al reconocer a su hermano mayor, quien daba aparatosas patadas en el costado desnudo de Daniel, que se había encogido hecho un ovillo bajo la pesada bota de cuero de Aaron.

—¡No! —gritó desesperada y, como movida de un resorte, abandonó el colchón y se abalanzó sobre su hermano. La sábana que cubría su cuerpo se quedó enganchada en la punta afilada de una bota campera que Umay conocía demasiado bien. El grito murió en sus labios y la mirada fría y disgustada de su padre le provocó pavor. Sabía sin necesidad de nadie se lo dijese que aquello era el final. No había dudas de que estaba viviendo los últimos instantes de su triste y desgraciada vida. No le importaba morir ni se arrepentía de haber compartido intimidad con Daniel. Los deliciosos momentos pasados en su compañía eran lo único valioso que se llevaría en su viaje al más allá. Aceptaba su suerte porque era del todo consciente de que, tras haber sido encontrada por los suyos en esa comprometedor postura, no cabía otro final. Lo que no estaba dispuesta a permitir era que le hicieran lo mismo al hombre del que se estaba enamorando. Se envalentonó y, a pesar de su desnudez, miró a su padre a los ojos, desafiándolo.

No le dio tiempo a abrir la boca para abogar por la vida de su marido puesto que la bofetada que cruzó su rostro fue tan potente que la tumbó al suelo. Un hilo generoso de sangre comenzó a borbotar de su nariz y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Cubran a esta puta con una sábana y métenla en el coche —tronó Hasan Cozcolu, quien remató la orden con una potente patada en el estómago de su hija—. Quítenla de mi vista y llévenla al lugar acordado. Mis ojos no aguantan ver a esa pecadora ni un segundo más.

Al momento tres hombres fornidos se acercaron a ella y, tras cubrirla con la prenda señalada, la sacaron a la fuerza de la habitación. La joven iba descalza, aunque a nadie parecía importarle que pisara nieve y tierra congelada. Con las últimas fuerzas que le quedaron, trató de soltarse, implorando el perdón para Daniel.

—Por favor, padre. Haga conmigo lo que sea, pero a él déjelo en paz. No tiene la culpa de nada, es un buen hombre, solo pretendía ayudarme.

—Hemos sido testigos de lo bien que te estaba ayudando —ironizó su hermano, colmado de amargura. Acto seguido cogió del pelo al amante de su hermana y lo golpeó fuertemente contra el suelo—. Le daremos su merecido, no te preocupes. Pagaré por todos y cada uno de tus gemidos.

Una risa colectiva resonó al unísono. Umay cerró los ojos, la imagen de la cara ensangrentada del hombre que se había convertido en su mundo era demasiado dolorosa. No podía soportarla y lo peor de todo era que aquella tortura solo sería el principio. Era consciente de que ambos sufrirían algún tipo de macabra condena, de haber querido acabar con ellos, ya estarían muertos; si todavía seguían con vida, era porque los Cozcolu tenían pensando algún otro castigo incluso más duro que la muerte misma.

«Calma, Umay, nada durará para siempre. En algún momento se cansarán y todo habrá acabado. Te irás a un lugar repleto de paz y de luz, y te llevarás contigo todos los bellos momentos vividos a su lado. Esto nunca nadie podrá quitártelo. Ni siquiera tu poderosa familia».

«Por favor, lo único que pido es que él no sufra. No podría soportarlo», imploró la joven al Todopoderoso que, aun cuando pareció haberse acordado de su existencia colmándola de un poco de felicidad, volvía a abandonarla de un modo brusco y vejatorio.

Sintió un fuerte golpe en la espalda y, al abrir los ojos, comprendió que los matones de su padre lo habían metido en el interior de un maletero. Antes de que la puerta se hubiera cerrado para sumergirla en la oscuridad, atisbó cómo su hermano arrastraba por el suelo el cuerpo desnudo y ensangrentado de Daniel.

En pocos segundos el vehículo se puso en marcha y la joven comenzó a temblar de forma violenta. Sabía sin que nadie se lo dijese que estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. El reducido espacio comenzó a dar vueltas a su alrededor y le costaba respirar, por lo que trató de templar sus nervios. No le importaba su suerte, lo único que ansiaba antes de irse al otro mundo era salvar la vida de Daniel.

Con estos pensamientos en la cabeza dejó de razonar y se perdió entre los dulces y reconfortantes brazos de la inconciencia.

Capítulo 23

Daniel tardó un tiempo en comprender la tormenta que había caído sobre los hombros de Umay y los suyos. Era un policía bien entrenado, que percibía el peligro a metros de distancia; no obstante, en esa ocasión tenía que admitir su completo fracaso: los secuestradores lo tomaron desprevenido.

No sabía a ciencia cierta quiénes eran, hablaron en todo momento en turco, aunque por los gritos angustiosos de Umay entendió que debían de ser sus familiares. Sentía rabia y enfado en contra de sí mismo por haberlos subestimado. Creyó en todo momento que pisaba terreno firme cuando en realidad estaba caminando sobre brasas encendidas. Había llegado a tierras otomanas colmado de seguridad, afirmando promesas que ahora comprendía que no sería capaz de mantener.

Quizás el mayor error cometido fue el de haberse dejado llevar por las emociones. Si no se hubiera implicado de forma sentimental con Umay, habría sido capaz de identificar el peligro, de defenderse. Estaba seguro que de haber estado centrado le habría llamado la atención algún indicio, por muy pequeño que fuese. Pero no lo estuvo y era tarde para lamentarse.

—Ey, tú, americano de mierda, levántate —le ordenó un hombre joven y musculoso que ofrecía un leve parecido con Umay, al menos en la forma de los ojos—. Te acompañaremos a un lugar hermoso para saldar algunas deudas —añadió lleno de ira y propinó una fuerte patada en la cara al aludido, a quien dejó inconsciente varios minutos seguidos.

Cuando recobró los sentidos, Daniel abrió los ojos con dificultad llevándose la impresión de que todos los músculos de su cara estaban a punto de desprenderse del hueso, tan agudo era el dolor que sentía. Parpadeó despacio para recuperar la razón y no apartó la cara cuando una gran cantidad de agua fue vertida sobre ella. Estaba fría y él, helado; aquella gente no albergaba ni una pizca de humanidad al obligarlo a permanecer desnudo tumbado en el suelo. La puerta de la casa estaba abierta, por lo que el gélido aire invernal entraba a raudales y le congelaba hasta el alma.

Se incorporó un poco e intentó ponerse de pie. El hombre joven que supuso sería el hermano de Umay lo observó divertido, por lo visto, le hacía gracia presenciar los intentos de reponerse del herido. Daniel experimentó el fuerte impulso de escupirlo en la cara, pero logró dominarse y mantenerse callado.

«Ve con cuidado con esta gente, son unos psicópatas, acuérdate de que tuvieron la sangre fría de disparar en plena boda a su propia hermana. Te han encontrado desnudo mientras le hacías el

amor, ¿qué crees que harán contigo? Es extraño que aún sigas con vida. De esta no te salvas, muchacho. Es el castigo de haberlos subestimado. Tu plan parecía perfecto, ¿dónde habrá fallado?».

A pesar de sentirse humillado y expuesto, una vez que consiguió ponerse de pie, levantó las manos en lo alto y pidió permiso para coger su ropa.

—Por favor, necesito vestirme —se dirigió al hermano asesino de Umay de la forma más educada que fue capaz debido a las circunstancias.

—No, no, no —negó con la cabeza el aludido, esgrimiendo una sonrisa entretenida en el rostro—. No te preocupes por tu aspecto, donde te llevaremos no necesitarás ropa. Así como vas, estás perfecto.

El amargo sabor de la decepción se apoderó del policía, ya que lo peor que podía sucederle a un ser humano era despojarlo de su dignidad. Y mantener a un prisionero desnudo no podría significar otra cosa aparte de eso; humillación. La rabia se acumuló en la boca de su estómago y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la boca cerrada.

La sonrisa del hermano de Umay se desvaneció poco a poco, era más que previsible que había quedado desconcertado por el silencio del amante de su hermana. Le propinó otro golpe en el costado y le instó a andar hacia la salida. A Daniel no le quedó más remedio que obedecer preparándose para enfrentar la peor ventisca de su vida.

De pronto escuchó al hombre mayor, que conjeturó que sería el patriarca de los Cozcolu, dar unas órdenes referentes a él. No comprendió una sola palabra, pero al advertir que uno de sus hombres le entregaba sus calzoncillos, supuso que se había apiadado de su desnudez y le permitían al menos esa concesión. Nunca antes había sentido tanta alegría ante el hecho de ponerse sus *boxers* negros, que le ofrecieron al momento una buena dosis de dignidad.

Al cabo de un rato lo obligaron a caminar descalzo, la sensación de pisar la nieve sin la protección de unas zapatillas fue sobrecogedora. Al principio la notaba fría bajo la planta de sus pies y, en cuestión de segundos, comenzó a arder, para quemarle hasta el alma. Por suerte el trayecto desde la casa hasta el coche no fue muy largo y casi llegó a sentir agradecimiento cuando lo metieron en el interior del maletero de un Mercedes oscuro. Antes de quedarse a oscuras buscó con la mirada a Umay, aunque no había ni rastro de ella por ninguna parte, por lo que dedujo que ya se la habrían llevado.

A pesar del intenso frío, ese espacio reducido y las circunstancias adversas, mantuvo la compostura en todo momento. Fue una auténtica suerte que el reloj estuviera colocado en su muñeca por lo que fue consciente del paso del tiempo. Sobre las cuatro de la madrugada el vehículo donde viajaba se detuvo y lo sacaron de su agujero, arrastrándolo como si fuese un mero objeto. El policía no protestó, sabía que no serviría de nada quejarse y mientras les seguía la corriente trataba de quedarse con todos los detalles posibles del lugar donde se encontraba. La noche era oscura y la luz de las antorchas situadas en una especie de torre iluminaba la silueta de una imponente propiedad.

Entraron apresurados a través de unas grandes y señoriales puertas de bronce, y se pararon en el patio interior alrededor del cual la casa formaba una U. Tras un cambio de réplicas en turco, los tres hombres que lo custodiaban lo llevaron a una impresionante sala de techos altos adornados con molduras doradas y un suelo de parqué reluciente color brandy.

Daniel fue colocado en el medio de un dibujo, una especie de círculo delineado en el suelo y, antes de comprender su situación, se encontraba atado al suelo con unas anchas y fuertes correas de cuero. A pesar de la adversidad intentaba ser optimista y no sucumbir ante la desesperación; si bien tenía que reconocer que era bastante difícil mantener el control y no venirse abajo. Los secuestradores abandonaron la sala sin darle ninguna explicación y lo dejaron envuelto en el más absoluto silencio. En cuanto consiguió calmar la ansiedad que sentía y dominar el miedo que se coló en su interior, Daniel inspeccionó el lugar que parecía del todo inaccesible. No disponía de ventanas y la falta de muebles, alfombras u otros enseres hacía parecer aquello un lugar sagrado de tortura, aun cuando a la vista no se apreciaba ningún utensilio para tal fin. Todo estaba reluciente e impecable y, tras mirar con más atención, observó que a tan solo un metro de distancia había otro círculo dibujado en el suelo.

Daniel recorrió con la vista cada rincón de aquella extraña estancia y la sangre se le heló en las venas cuando sus ojos se fijaron en el techo. Justo encima de él se hallaba colgado un enorme candelabro del mismo tamaño que el círculo dibujado en el suelo compuesto por una multitud de brazos extendidos, superpuestos unos sobre otros. Lo más espeluznante era que, en vez de bombillas luminosas, de los brazos de hierro se apreciaban una multitud de agujas de diferentes tamaños. El policía no se asustaba con facilidad, aunque impresionaba verse atado e indefenso bajo aquella enorme araña suspendida. Bastante como para impulsar a un ser humano a perder la cordura.

«No puede existir un cuarto de tortura de estas características en pleno siglo XXI», trató de no dejarse intimidar ante el aparatoso elemento que planeaba sobre él. No obstante, era difícil mantener el tipo bajo la cruda evidencia que colgaba del techo en actitud amenazante.

Capítulo 24

Una vez que Umay abandonó el maletero a instancia de los hombres contratados por su padre, fue conducida al interior de la propiedad de su familia. Albergó una pizca de esperanza cuando la llevaron al aseo para invitados, donde le permitieron lavarse, asearse, hacer sus necesidades y ponerse un camión corto de seda de color oscuro, que alguien dejó ahí para ella.

Su madre, a la que no veía desde hacía varios meses, apareció al cabo de un rato callada y con los ojos enrojecidos por el llanto. Abrazó a su hija al tiempo que se lamentaba y la estrechaba en sus brazos:

—Umay, cariño, ¿qué has hecho?

—Mamá, no llores, no he hecho nada malo. —La joven la miró con determinación a los ojos pidiéndole con voz suave pero firme—: Ahora necesito que te tranquilices y me prestes atención. Llorando no me ayudarás en nada.

La aludida quedó sorprendida ante la entereza de su hija y, secándose las mejillas con el dorso de la mano, asintió, deseosa de poder arrimar el hombro.

—Si está en tu mano, por favor, sálvalo a él —le suplicó rodeándole el cuello con sus brazos—. No tiene culpa de nada, solo intentaba ayudarme. Es un buen hombre —aseguró la joven abrazada al cuerpo de su progenitora.

—Nada ni nadie puede salvaros, mi preciosa hija —se lamentó la matriarca comprendiendo el dolor de Umay, aunque consciente en todo momento de la gravedad de la situación. No podía prometer ni alimentar las esperanzas de su niña sabiendo que sería imposible llevarlas a cabo—. Ni a ti, ni muchos menos a él. Los hombres de nuestra familia han decidido aplicaros el castigo del círculo dorado, lo lamento en el alma, ya sabes lo que significa esto.

Aquella revelación hizo que la poca esperanza que Umay aún podía albergar se desplomase. La imagen de su cuerpo atravesado por cientos de agujas de distintos tamaños la aterrorizó. El breve encuentro con su madre finalizó antes de poder despedirse de ella siendo interrumpidas por dos hombres fornidos vestidos de negro que, tras arrancarla con brusquedad del consolador abrazo de Halal, la obligaron a caminar hasta el cuarto de tortura. Gritó, pataleó y trató de escapar, pero los brazos fuertes y decididos de los matones de su padre la depositaron sin aparente esfuerzo en el medio de un círculo dibujado en el suelo y la ataron con unas rudas correas de cuero. Una vez que los hombres se marcharon lloró en voz baja un rato y, cuando escuchó la voz de Daniel llamarla,

tomó conciencia de que se encontraba a su lado. Atado, igual que ella.

—Umay, ¿estás bien? —se interesó tratando de aparentar serenidad, pero sin conseguirlo del todo—. ¿Qué significa este cuarto? ¿Por qué nos han traído aquí?

Ella se giró hacia el hombre que dentro de muy poco tiempo sería sacrificado por su culpa y, con los ojos llorosos y voz temblorosa, musitó:

—Lo siento mucho, Daniel. Supongo que habrás adivinado que estamos en manos de mi familia. No sé dónde nos equivocamos ni cómo mis hermanos y mi padre han dado con nuestro paradero; a estas alturas ya poco importa. Nos han traído aquí porque han decidido aplicarnos el castigo del círculo dorado.

—¿Círculo dorado? —*A priori*, esas dos palabras juntas no tenían nada de malo, aunque Daniel tuvo el fuerte presentimiento de que no sería algo del todo agradable—. Suena siniestro. ¿En qué consiste?

Umay cerró los ojos un momento tomándose su tiempo en contestar. Se preguntó cómo dar una noticia de esa índole a un hombre inocente, que lo único que pretendió fue ayudarla. Por su parte, estaba conforme con su suerte, de algún modo, en su fuero interno siempre había sabido que su final sería ese; no obstante, al haber arrastrado a Daniel con ella, sentía mucha culpa y remordimiento. Estaba lista para soportarlo todo menos su mirada acusatoria y dolida. Inspiró con fuerza y extendió la mano para tocarlo, pero las correas estaban apretadas a su cuerpo y no pudo moverse más allá de un par de centímetros.

—¿Te acuerdas de las tradiciones? ¿De cuando bromeamos sobre que se escandalizarían ante lo que hicimos? Pues...ya están alborotadas, enfadadas y mil cosas más. Y cuando están de ese modo solo queda esperar que se cobren su venganza.

—No te sigo... ¿Quieres decir que...?

Los hermosos ojos color miel de Umay se inundaron de lágrimas y volteó la cabeza hacia el otro lado para no ver el rostro consternado del hombre que le había dado su apellido sin pedirle nada a cambio.

—Umay, no hagas esto. No te estoy culpando ni soy tan capullo como para enfadarme contigo. —Alargó la mano forcejeando con las correas, pero sin conseguir acercarse más de unos pocos centímetros—. Mírame. Sea lo que sea, lo enfrentaremos juntos. Saldremos de esta. Al fin y al cabo, hay un pequeño apunte que las tradiciones deberían de tomar en cuenta; nos han encontrado en una actitud comprometedora, cierto, pero estamos casados.

La joven volvió a mirarlo y sus ojos profundos y entristecidos hablaron por ella. No había ni una gota de esperanza o confianza en su rostro mortalmente pálido. No había futuro. Solo una honda y descorazonadora desesperación.

—Lo siento, Daniel. El círculo dorado es el castigo aplicado a las mujeres adúlteras y a los traidores. Nuestra sentencia de muerte ya está firmada, de lo contrario, no nos hubieran depositado en esta estancia, que se considera sagrada. Moriremos en cualquier momento y, lo peor de todo, es que vamos a tener una muerte lenta y dolorosa. No hay nada que podamos hacer para salvarnos.

Daniel estiró su mano todo lo que pudo y esta vez logró aflojar un poco las ataduras y rozó con suavidad los dedos de su esposa. Le sonrió con su habitual buen humor manteniendo el tipo de un modo admirable.

—No sé tú, pero yo no tengo ninguna intención de morir hoy. Tu familia es como un grano en el culo; pretendo bailar un *blues* contigo, desenfundan las armas y disparan; quiero hacerte el amor y nos interrumpen justo antes del orgasmo. Creo que ha llegado la hora de tener una charla bastante seria con ella.

A pesar del horrible momento que estaban viviendo, las nubes que planeaban sobre Umay se fueron disipando y, aun cuando la estancia no estaba prevista de ventanales, el sol parecía haber penetrado en su interior acariciando con sus rayos dorados los cuerpos entumecidos de ambos.

Una preciosa sonrisa iluminó el rostro de la joven y su mirada fue alumbrada por una buena dosis de ilusión y dicha.

—Gracias por toda la luz que has llevado a mi triste vida, Daniel. Nunca había conocido a nadie como tú y si la vida me hubiera dado una oportunidad...

—No digas nada más —le pidió él intuyendo que los ánimos de Umay necesitaban un soplo de esperanza—. La vida nos dará una oportunidad, ya lo verás.

La buena sintonía que se instauró entre ambos fue interrumpida por un ruido que se detonó encima de sus cabezas. Fue como si de golpe se hubiesen estrellado contra el suelo una multitud de cristales. La pareja centró la atención en el techo, desde donde comenzaron a bajar con lentitud dos candelabros que apuntaban de un modo espeluznante los cuerpos de ambos. Desde la cercanía se podía observar una multitud de agujas de distintos tamaños que destellaban de un modo aterrador.

La piel cremosa de la cara de Umay se tornó grisácea y, comprendiendo el significado del descenso de la araña, empezó a temblar ante el final que se estaba acercando con parsimonia. Daniel hizo un nuevo esfuerzo por tocar su mano y, aun cuando no pudo cogérsela, sí logró rozarle los dedos. Sabía que debía desviarle la atención; aun cuando el miedo le había paralizado todo su ingenio. De pronto una idea iluminó su cerebro. Recordó la canción de Scorpions que, tan solo unas horas atrás, se había convertido en «su canción» y comenzó a tararearla en voz baja. Al fin y al cabo, si ese era su final, que fuese uno digno y hermoso. Umay se le unió, al principio de forma débil, tímida; aunque, conforme avanzaban, su voz se soltó y las sentidas palabras llenaron la estancia de amor y buenas vibraciones.

Ifollow the Moskva
Down to Gorky Park
Listening to the wind of change
An August summer night
Soldiers passing by
Listening to the wind of change
The world is closing in
Did you ever think

That we could be so close, like brothers
The future's in the air
I can feel it everywhere
Blowing with the wind of change

Llegados a este punto, las voces de ambos se extinguieron de golpe ya que varias agujas se clavaron en sus cuerpos desde la altura de los hombros hasta los pies. Daniel sintió al principio un cosquilleo soportable que se fue convirtiendo en un dolor sordo, abrasador, y se llevó la impresión de que su cerebro se había partido en dos. Y luego en cuatro, en ocho, dieciséis partes y terminó perdiendo la cuenta.

El candelabro seguía bajando y otras decenas de agujas, de tamaño más grande se insertaron en sus cuerpos, infringiéndoles un dolor inaudito, sordo y aterrador. La mirada de Umay se apagó poco a poco abandonándose en los reconfortantes brazos del inconsciente. Daniel, gracias a los entrenamientos policiales, estaba acostumbrado a lidiar con los dolores provocadas por las agresiones físicas y eso lo ayudó a aguantar despierto un rato más.

Casi al punto de dejarse vencer presenció cómo las agujas se retiraban del mismo modo silencio que habían penetrado en sus carnes y el candelabro comenzó a elevarse hacia el techo llevándose con él el miedo y el padecimiento.

El policía estaba tan mareado de dolor que no supo si lo que estaba ocurriendo era realidad o un espejismo producido por el miedo. Al cabo de un tiempo sucumbió ante la intensa oscuridad que se apoderó de su ser y perdió el contacto con la realidad.

Por unos instantes apareció en sus sueños una imagen de Umay y él bañándose en un hermoso lago situado en el nacimiento de unas impresionantes montañas cubiertas de frondosos bosques verdes, como sus ojos. Los alrededores estaban envueltos en una sutil neblina, a través de la cual los cabellos cobrizos de Umay perdían fuerza, pero adquirían una extraordinaria belleza. El agua del lago estaba helada y les salía vaho del interior de la boca al hablar; aunque a ninguno de los dos parecía importarles. Caminaban sin prisas dejándose empapar por la extraordinaria perfección de ese hermoso lugar, llevándose la impresión de que el mundo entero les pertenecía. El mal, las adversidades y los infortunios no tenían cabida en esa dimensión, en donde dominaban los cálidos colores del bien y de la felicidad.

Capítulo 25

Halal, la matriarca del clan Cozcolu, se puso de rodillas delante del gran ventanal de su dormitorio y cerró los ojos en actitud pensativa. No era creyente, aunque en ese instante de crisis familiar no supo qué otra cosa hacer aparte de postrarse ante el sol y pedir clemencia por la vida de su única hija.

Había pecado, era cierto; fugarse y compartir techo con un hombre desconocido y, para más inri, extranjero, sin estar unida a él en matrimonio era una falta de extrema gravedad que merecía ser castigada. Eso nadie lo discutía. Ni siquiera ella. No obstante, el castigo del círculo dorado era una medida extrema, impuesta solo en contadas ocasiones. ¿Qué necesidad había de llegar a esos desagradables extremos? ¿La muerte, el dolor y el castigo serían capaces de reparar el daño causado?

Halal lo dudaba, por lo que trató de impedirlo suplicando, llorando y blasfemando; sin embargo, nadie escuchó sus ruegos ni se apiadó de su alma destrozada.

«Umay merece una muerte dolorosa que la lleve directa al infierno. Ha vertido vergüenza sobre el nombre intachable de nuestra familia y pagará por ello con su vida», era lo único que su marido contestaba a sus ruegos.

La matriarca de los Cozcolu estaba acostumbrada a no ser tomada en cuenta, jamás se le pasó por la cabeza rebelarse o luchar contra las costumbres bien arraigadas desde hacía siglos. Era necesario aceptar la suerte de su hija, y lo sabía, pero era superior a sus fuerzas consentirla sabiendo el doloroso final que padecería. No comprendía por qué una joven hermosa como Umay, hija de un poderoso *agá*, esposa de otro igual de importante, con el destino tan bien trazado desde la cuna, había acabado de un modo tan trágico. ¿En qué parte del camino se había perdido? Toda su desgracia había comenzado unos seis años atrás cuando salió a la luz su incapacidad de engendrar hijos. La señora Halal no tenía claro a quien atribuirle la culpa de eso. Su marido e hijos se lo imputaban a la joven, en la mentalidad de ellos, la capacidad de procrear dependía en exclusiva de los deberes de una buena esposa. No obstante, los sermones bíblicos decían que los hijos venían enviados por Dios. ¿Por qué entonces no tuvo clemencia con Umay dejándola desamparada? ¿Cómo podría ser imputable la esterilidad a la parte femenina? ¿Qué mujer en el mundo se alegra al saberse vacía?

La señora Cozcolu sintió enfado en contra del Todopoderoso tras llegar a la conclusión de que

el único culpable de la desgracia de su hija era él. Si la hubiera bendecido con un hijo, Umay seguiría casada con Emir y tendría la vida maravillosa que su madre había soñado para ella.

La mujer se levantó del suelo con el ceño contraído y el alma envuelta en rabia y desazón. No iba a suplicar a alguien injusto, que no solo había condenado a su hija a una vida colmada de sufrimiento y dolor, sino que, además, consentía para ella una muerte indigna, dolorosa y cruel.

De pronto, los pensamientos de la mujer se pararon en el atractivo hombre que esperaba el juicio final junto a Umay. Su marido le ladró algunos datos insignificantes cuando se atrevió a interesarse de su suerte. Lo hizo con la esperanza de recibir buenas señas, ansiosa de que resultase digno de entrar en la familia. No hubo suerte con eso, tampoco. Aquel hombre no podía formar parte del clan de ninguna de las maneras; se trataba de un americano, por lo tanto, alguien ajeno a la familia, a las tradiciones y a las posibilidades de Umay.

La señora Cozcolu detestaba la idea de tener un yerno de otra cultura; aunque, pensándolo con detenimiento, si le diesen a elegir entre la posibilidad de aceptar ese extremo y la muerte de su hija, habría escogido de buena gana lo primero. Por lo general, las familias turcas tradicionales abogaban por los matrimonios del mismo linaje y cultura; sin embargo, de tanto en tanto, se estaban llevando a cabo alguna que otra unión mixta. Sin ir más lejos, el propio Emir Dogan, *agá* y jefe del poderoso clan Dogan, había tomado a una muchacha americana como esposa, con la cual tenía una hija. Y aun cuando fueron muchos los que se opusieron a que dicho enlace se llevase a cabo, se oficializó sin haberse producido el fin del mundo. Si a él se lo habían permitido, ¿por qué no ocurría lo mismo con Umay?

Cansada y devastada se acercó a las pertenencias de su hija, que se había cuidado de guardar. Olió con anhelo la chaqueta de plumas que su marido había encontrado en la casa de Gebze y no pudo controlar la avalancha lagrimosa que se vertió sobre su cara al reconocer el perfume de su adorada hija enferma, olvidada de Dios. Acarició la tela, algo rugosa, y bajo la suave presión de sus dedos un bulto llamó su atención. Verificó los bolsillos y el hallazgo de un carnet de color rojo como la sangre hizo que el corazón se le parase en el pecho. Lo abrió ansiosa y sonrió de oreja a oreja al advertir que, contra todo pronóstico, Dios no había dejado a Umay desamparada. Al menos no del todo.

Salió disparatada de su dormitorio y, gritando enloquecida el nombre de su marido por los pasillos, no se detuvo hasta llegar a su despacho. Entró sin llamar y lo encontró recostado en su sillón de cuero favorito contemplando con gesto serio algo en la pantalla del ordenador. Al advertir su presencia él se giró molesto hacia ella, y la miró de malos modos, como hacía cada vez que se atrevía a importunarlo.

—Mujer sin coco, ¿qué significan estos gritos? ¿Te has vuelto loca? ¿Y cómo te atreves a entrar sin llamar?

Halal quedó consternada al observar en la pantalla la imagen de su hija taladrada por la gran araña asesina. La suerte no podía ser así de cruel. No era posible que hubiera encontrada una puerta para salvarle la vida y llegar demasiado tarde.

—Para esto de inmediato, hombre sin coco. ¡Ahora! —gritó horrorizada señalando con el índice a su hija. Era la primera vez en sus sesenta y nueve años de vida que se atrevía a hablarle a su marido en ese tono y con esas palabras.

Hasan abrió mucho los ojos como si el idioma en el cual le hablaba su consorte fuese uno desconocido del que no comprendía ninguna palabra. Se levantó del sillón alargando la mano, con la visible intención de propinarle una bofetada.

El coraje de ella no mermó ante su amenaza y lo enfrentó con un valor que no supo que poseía.

—Para la ejecución. No tienes derecho a matarlos. Nuestra hija y el americano están casados. —Levantó en alto el carnet como si se tratase de algo de extrema importancia y lo agitó ante sus ojos sorprendidos—. Compruébalo tú mismo, aquí tienes la prueba.

El hombre abrió la boca, confundido, y se olvidó de cerrarla. Le arrancó «la prueba» de las manos y, tras echar un breve vistazo, volvió a sentarse en la silla con gesto tranquilo, dando a entender que la tremenda noticia que acababa de recibir carecía de importancia. Al mismo tiempo la grabación en directo de la ejecución de Umay enseñaba un primer plano de ella mostrándola con los ojos cerrados, el rostro grisáceo y la cabeza ladeada como si fuese un mero cuerpo sin vida.

—Es demasiado tarde. Ya deben de estar muy malheridos. Sabes que la gente que recibe el castigo de la araña no fallece por las heridas que esta infringe, sino por el miedo y la desesperación. Nuestro círculo dorado no mata cuerpos, sino almas. Lamento decepcionarte, pero, aun cuando estén casados, su suerte seguirá siendo la misma.

—No te atrevas a saltarte las reglas —chilló enfurecida—. Si lo haces, daré parte al consejo de los *agás*, aunque sea lo último que haga en esta vida. Si se han casado, la ofensa no es igual de insalvable, deja a los mayores que decidan.

—Esta niña es una fuente inagotable de problemas. —Hasan señaló furioso la pantalla del ordenador al tiempo que su cara adquiría un intenso color rojo, clara señal de la gran indignación que sentía—. Cada vez que le doy una oportunidad hace algo mucho peor. Ha vertido vergüenza sobre nuestra familia. Déjala que se vaya. No revivas los muertos.

—Mi hija todavía no ha muerto. Sé que las agujas no tienen el poder de matar, al menos no antes de que se claven en la cabeza para destruir el cerebro, así que no me rendiré —se obstinó Halal en enfrentarlo—. Da la orden de parar la ejecución, ahora.

—No acabes con mi paciencia, mujer, de lo contrario mandaré que prepare otro círculo para ti —la amenazó él con los puños apretados y mirada intimidatoria—. Si tanto amas a tu hija infiel, te invito a marcharte al infierno con ella.

—Prefiero eso que seguir viviendo con un monstruo como tú —le contestó ella con voz decidida. Temía a su marido, sabía lo implacable que podía llegar a ser con quien lo desobedecía, pero ya no le importaba. Umay solo tenía veintisiete años y una vida entera por vivir, si ella, su madre, no luchaba por salvarla, ¿entonces quién lo haría?—. Has matado a gente y lo he comprendido, aunque ten por seguro que jamás aceptaré que asesines a tu hija pudiendo salvarla.

Si permitas que llegue su final, te maldigo para que su imagen moribunda y cubierta de agujas espante tus sueños y que no puedas vivir en paz ni un solo día que te quede de vida.

El gran Hasan Cozcolu no era el tipo de hombre al que se pudiera impresionar con facilidad; no obstante, las palabras de su mujer tuvieron el don de hacerlo recapacitar. Si una cosa temía en el mundo, eran las maldiciones. Con la duda metida en el cuerpo soltó un largo suspiro y descolgó el teléfono.

—Detened la ejecución de ambos condenados —ordenó con frialdad—. Llevadlos a una sala de curas y llamen a un médico. Después convoquen con la mayor urgencia posible al consejo de *agás*.

Su mujer se dejó caer de rodillas ante él y le besó las manos con fervor, en señal de gratitud. Le costaba creer que había logrado su propósito.

Hasan retiró las manos dando a entender que lo molestaba aquella muestra de agradecimiento y remató su rechazo con un empujón para que dejase de tocarlo.

—No cantes victoria. Si vivirán o morirán, será decisión exclusiva de los sabios del consejo sagrado. Expondremos el caso ante ellos y que dispongan la suerte de esos dos desgraciados. Te advierto que no tendré clemencia con ellos. Mi voto será desfavorable.

—Vivirán —musitó su esposa, al tiempo que se enjugaba las lágrimas sobre sus mejillas—. Ya lo creo que vivirán.

Capítulo 26

Ante las generosas lágrimas de Eva el enfado de Emir disminuyó un poco en intensidad. Estaba que echaba humo por las orejas; le costaba creer que su mujer había maquinado un sinfín de irregularidades a sus espaldas. No, definitivamente, seguiría dolido una eternidad con ella. Había traicionado su confianza hasta límites no permitidos.

—Quiero encontrar una gota de justificación para todo lo que hiciste, pero que me parta un rayo si se me ocurre alguna. Lo primero, y lo más grave, es que no me tuviste la confianza necesaria para contármelo. Tu hermano lleva cuatro días en Turquía, cuatro —repitió, acentuado la última palabra con desdén—, y yo me acabo de enterar ahora. Es de locos. Mi cuñado, el héroe de turno, aterriza en Estambul, coge un coche para ir al psiquiátrico de mi exmujer, que para más inri está tarada, la secuestra y se fuga con ella. Y encima, lo hace todo mal porque acaban siendo pillados.

—Emir, por favor, deja de tener esta actitud hostil hacia ellos. —Eva se plantó ante su marido con los ojos encendidos por el llanto y la mirada decidida—. ¿Ves por qué no te lo he contado? Porque no nos hubieras ayudado. Juzgar es fácil, ponerte en la piel de las personas en los momentos de crisis es complicado. Te conozco bien, sabía que te ibas a oponer a este plan.

—El problema no es este, Eva. No me cambies de tema.

—El problema sí es este. Míralo de otro punto de vista, ¿quieres? Y no llames a Umay tarada en mi presencia. Ni te atrevas a sugerir que mi hermano es un incompetente. Si buscas un culpable en esta ecuación, es fácil encontrarlo, centra tu atención en la maravillosa familia Cozcolu.

Emir dio un golpe con la mano en el respaldo de la silla, señal de que su paciencia estaba a punto de agotarse. Acto seguido se dirigió a Eva con el rostro contraído y mirada enojada.

—Vale, vamos a decir que Umay no es una tarada. Y, según tú, ¿cómo narices he de llamar a una mujer que hace tan solo unos meses quiso tirar a nuestra pequeña por el acantilado? ¿Tan rápido olvidaste el infierno que pasamos por su culpa? No comprendo por qué la defiendes tanto. Sé realista, no se lo merece.

La terrorífica imagen del carrito de Elia dando vueltas sin rumbo entre las piedras hizo que Eva bajara la mirada y se quedase callada. Tras unos segundos se recuperó de la impresión y continuó asediando a su marido para hacerlo entrar en razón.

—Eso fue hace cuatro largos meses, puede que ahora esté recuperada. Emir, escucha mi versión, por favor, y si después de eso decides estar enfadado conmigo una eternidad, juro que lo

aceptaré y me conformaré con mi suerte.

La joven acogió la mano de Emir entre las suyas y le besó los nudillos con afecto.

—Lo siento, tienes razón en estar dolido conmigo. Debí contártelo. Perdóname.

Su batida en retirada, junto a las ansiadas palabras de indulgencia, ablandó el corazón de Emir. Mas calmado atrajo a su compungida esposa a sus brazos y la reconfortó.

—Perdonada. Discúlpame tú también, he sido demasiado duro contigo.

Eva le tomó del brazo en actitud afectuosa y le hizo un gesto para que se sentara en el sofá.

—Mira, sé de lo poco que me ha contado Daniel que Umay estaba desesperada. Le mandó un mensaje pidiéndole que acudiera en su ayuda. Sabes que en nuestra boda él le sacó la bala y consiguió salvarle la vida. Esto ha creado una extraña unión entre ellos, un fuerte vínculo de amistad. Conoces a mi hermano, quedó muy impresionado por el sufrimiento y las injusticias a las que estaba sometida y le prometió en aquel entonces que podía contar con su amistad.

—De todos modos...

—No me interrumpas, por favor —cortó Eva las incipientes protestas de su marido—. Sé, sin necesidad de que me lo recalques, que mi hermano se cree un héroe salvador impetuoso y algo impulsivo. ¿Piensas que me hizo gracia que se expusiera? ¿Que no intenté disuadirlo?

—Pero no lo conseguiste.

—Así es, por desgracia, no pude impedir esta locura. Al ver lo decidido que estaba no me quedó más remedio que ayudarlo. Vivo aquí contigo en Estambul desde hace un año y sé lo duras que son vuestras costumbres y tradiciones.

Emir le apartó un mechón oscuro de los ojos y le dio un beso afectuoso en la mejilla.

—No solo sabes todo esto, sino que has aprendido métodos locales bastantes eficaces. Por lo que me han contado, contrataste un guía, alquilaste un coche y una casa a nombre de un empleado nuestro... ¿alguna cosa más que yo no sepa? —se interesó entre divertido y preocupado.

—Sí —respondió ella, al tiempo que abandonaba el sofá y rebuscaba en el interior de su bolso, de donde sacó un pasaporte. Se lo entregó a su marido con gesto serio preparándose para la confesión del año—. Además de todo lo que dijiste, he sobornado a un oficial del Registro Civil para que celebre un matrimonio en menos de doce horas y sin los permisos pertinentes. Asimismo, he comprado a un policía de la oficina de pasaportes para que emita uno a nombre de mi cuñada, Umay Trent, en menos de un día. Me lo acaban de entregar hace unas horas.

Los ojos de Emir se convirtieron en dos pelotas de ping pong, tan grande era el asombro que sentía. Le costaba creer que la siempre correcta Eva, con sus principios bien arraigados, hubiese sido capaz de cometer todas y cada una de las faltas expuestas. No obstante, al verificar el pasaporte a nombre de Umay Trent se rindió ante la evidencia.

—¡Estoy asombrado! No sé si felicitarte por tus hazañas o reñirte. Mi confusión es bastante importante hora mismo, querida esposa. Lo que más me sorprende no es tu capacidad de organizar todo esto, es la confianza y el respeto que te han tenido los hombres contratados. Lo previsible era que recurriesen a mí y dejarte en evidencia; sin embargo, no lo han hecho. ¿Cómo lo conseguiste?

—Tengo mis métodos —se enorgulleció ella, al advertir admiración en la voz de su marido—. Estar casada con un *agá* puede ser bastante provechoso en según qué situaciones. Si no utilizaba tu influencia en un momento de crisis, entonces, ¿cuándo?

Emir la atrajo a sus brazos y le dio un beso largo en los labios. Divertido, susurró muy cerca de su boca:

—Querida esposa mía, si has utilizado mi influencia a mis espaldas, tendrás que pagar por ello.

—Claro, no habrá problema, se me ocurren alguna que otra forma placentera de pagar tus favores, pero tendrá que ser en otro momento. Ahora quiero que vayas cuanto antes a la reunión de los *agás*. Procura salvar a mi hermano y mi cuñada. Por favor. Si alguien puede hacerlo, ese eres tú.

La buena disposición de Emir se esfumó de su rostro al recordar la dura tarea que tenía por delante. No le hacían falta los ruegos de Eva; Daniel, en calidad de su hermano, pertenecía al clan Dogan como familia política y de ningún modo pensaba permitir que lo matasen. Umay, por su parte, había sido su esposa durante cinco años, le tenía un cariño muy especial.

—Eva, el consejo está formado por treinta y siete *agás*. Yo solo soy uno más, todo dependerá de las votaciones.

—No —negó su esposa con la cabeza con gesto sabio—. Todo dependerá de lo que se haga antes de las votaciones. Habla con ellos, convéncelos. Tú puedes hacerlo.

—Lo intentaré, te lo prometo.

Y dicho esto, Emir volvió a besarla y, tras despedirse de ella, se dirigió a la propiedad de los Cozcolu, situada a unos cien kilómetros de distancia de Estambul.

Capítulo 27

Umay despegó las pestañas con lentitud llevándose la impresión de haber dormido una eternidad. Trató de acordarse de lo último que había hecho y la terrorífica imagen de los brazos de la araña apuntando su cuerpo la hizo estremecerse. Notó una suave caricia en el hombro y, tras enfocar la vista, se encontró con el rostro preocupado de su madre.

Levantó la mano y observó que estaba envuelta en vendajes limpios, igual que las piernas y gran parte de su cuerpo. No se atrevía a soñar en voz alta, aunque todo parecía indicar que la pesadilla había terminado.

De pronto, se acordó de Daniel y su mirada relajada de apenas segundos atrás se tornó angustiada. No quería abandonar los brazos de la muerte si no era junto a él. No le servía de nada que le hubieran perdonado la vida si no habían hecho lo mismo con su héroe.

—No te preocupes, mi niña —la tranquilizó su madre al tiempo que le pasaba un paño limpio por la cara para quitarle las gotas de sudor que aparecieron en la superficie de su piel—. Le peor ya ha pasado, ha sido una suerte haber oficializado lo vuestro, el acta de matrimonio ha conseguido detener la ejecución.

—¿Y mi... marido?

—Se está recuperando... en otra habitación.

Umay trató de incorporarse, pero le fue imposible doblarse debido al encorsetamiento que suponía tener el cuerpo vendado. La angustia volvió a hacer acto de presencia en su rostro y la incertidumbre ensombreció sus hermosos ojos dorados.

—Me gustaría verlo, mamá. Necesito saber que está bien, por favor.

—Tienes mi palabra de que se está recuperando igual de bien que tú. Es más, el médico dijo que sus heridas son menos profundas que las tuyas porque no perdió el conocimiento casi en ningún momento. Cuando se está consciente, el cuerpo se tensa, un mecanismo de autodefensa ante las agresiones externas y las agujas no penetran a mucha profundidad. Es un hombre fuerte, no temas por él.

—Gracias a Dios —respiró ella, aliviada. Se habían salvado de una muerte segura y se estaban recuperando sin lamentar ninguna desgracia, ¿qué más podía pedir?

—Tu padre ha convocado el consejo de *agás* —la informó su madre, tornándose seria—. Hasta que no sepamos qué decisión vayan a tomar con respeto a vosotros dos, está prohibido que os

veáis. Por ahora debemos esperar y rezar para que salga todo bien.

Los renovados ánimos de la joven volvieron a desplomarse. Se preguntó con amargura de qué le servía haberse librado del infierno si todavía existía la posibilidad de volver a él. Su madre adivinó sus pensamientos y se apresuró a calmarla.

—No te angusties, no podrán condenaros. Emir está aquí, ha estado acercando posturas y quitando hierro al asunto. Es un hombre inteligente, además de persuasivo, encontrará el modo de que las fieras se calmen. Al fin y al cabo, os habéis casado, esto tiene que bastar. Por cierto, ¿quién es tu marido? ¿Dónde conociste a un americano?

—En casa de los Dogan. Daniel Trent, mi marido —expuso con orgullo—, es el hermano de Eva, la mujer de Emir. Me ayudó en la boda cuando... me dispararon y me ha salvado ahora.

—Es un buen hombre, entonces —concluyó su madre sin poder adivinar todavía cuales eran sus verdaderos sentimientos con respeto a su recién estrenado yerno. A su hija se le iluminaba la cara al hablar de él; no había duda de que la había impresionado. El forastero, por su parte, era digno de admirar si había sido capaz de cruzar el océano solo para acudir a la llamada de Umay. Sin embargo, era un desconocido, un intruso en tierras otomanas, ¿cómo encajarlo en su complicada familia?

Una suave llamada a la puerta hizo que las dos mujeres centrasen la atención en esa dirección. Acto seguido, un brazo vendado hizo acto de presencia en el marco y dio paso a un Daniel medio empaquetado en paños estériles. Avanzó con dificultad saludándolas con cordialidad. Su rostro reflejaba el cansancio, pero su aspecto general parecía bueno. Iba vestido con tejanos oscuros y una cómoda camisa de algodón de color azul marino, que le cubría el torso vendado; y si no fuera por sus manos fajadas desde altura de los codos uno no hubiera dicho que tan solo un par de horas atrás el cuerpo de ese hombre había sido atravesado por las implacables agujas de la araña asesina.

Halal tuvo el impulso de no dejarlo pasar, pero fue sorprendida por el aire infantil que tenía dibujado en el rostro y el buen humor que desprendía aquel joven a pesar de haber atravesado las llamas de infierno. Por lo tanto, hizo una leve inclinación de cabeza cuando él le dirigió el saludo y se retiró con discreción para dejarles un momento de intimidad.

—Ey, ¿pero qué ven mis ojos? ¿Camisa nueva? —se interesó Umay cuando él se detuvo junto a su cama. Daniel lanzó una mirada apreciativa a su torso y declaró orgulloso:

—Al parecer es mi semana de la suerte.

Esta frase, aun cuando quería parecer divertida, resultó todo lo contrario. Ambos eran conscientes de la suerte que habían tenido para escapar de las garras de la muerte.

—Lo siento mucho —se disculpó Umay, advirtiendo el gran peso que Daniel soportaba sobre sus hombros por su culpa. Un generoso torrente lagrimoso comenzó a humedecer sus mejillas y una expresión mortificada ensombreció el brillo de felicidad de sus ojos.

Daniel se sentó en el borde de su cama y, sin mediar palabra, se inclinó sobre ella y depositó un beso afectuoso, largo y apasionado en sus labios. Tras separarse la miró con intensidad a los ojos

apartándole un largo mechón de cabello que se había pegado a su cara.

—No llores más. Ni te vuelvas a disculpar por algo que no te concierne. Lo importante es que vencimos a la muerte, juntos y casi cogidos de la mano. Ha sido el momento más duro y a la vez más hermoso de toda mi vida.

—Eso no es verdad —declaró ella con incredulidad—. Lo dices para animarme.

—Pues claro que es la verdad —defendió él su postura y para convencerla volvió a sellar sus labios con un beso más que categórico.

—Daniel, todavía no estamos a salvo —comentó Umay cuando él apartó su boca de la suya—. En alguna parte de la casa, treinta y siete *agás* gordos y malhumorados están decidiendo nuestro futuro. Con esta gente nunca se sabe.

—Sí, me he enterado. Me han devuelto el móvil, son más generosos de lo que yo pensaba, y he podido hablar con mi hermana. Me ha explicado la situación y debo confesar que me parece surrealista todo, desde el castigo que nos impusieron hasta la reunión de los sabios que considero sacada de la Edad Media. —Soltó una generosa respiración tratando de ahuyentar las sombras oscuras de la desconfianza—. En todo caso, yo no estoy preocupado, sería muy violento hasta para ellos que nos saquen del medio de una ejecución para volver a meternos en ella. Además, Emir tiene dos dedos de frente; me cuesta creer que lo permitiera.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti? —preguntó Umay con voz entrecortada por la emoción—. Tu optimismo. Haces que todo parezca fácil. Tienes el don de repartir a tu alrededor buen humor y esperanza.

—¿Es eso lo que te gusta de mí? ¿Solo? Y yo que pensaba que te había dejado sin habla mi indiscutible atractivo.

—La primera vez que apareciste en la casa de los Dogan quedé fascinada por tu presencia. Lucías una figura espectacular, magnética, atraías como un imán con ese interesante aire innato, divertido, con esa mirada tuya tan profunda y... verde. Pensé que jamás había visto una sonrisa más limpia y hermosa.

—Lo primero que me atrajo de ti —se sinceró él animado por su repentina confesión— fue tu mirada. Intensa, profunda, misteriosa, como un buen libro que espera ser descubierto. Luego me sentí intrigado por tu timidez y tu inaccesibilidad. Sonreías muy poco, ahora ya sé por qué, pero cada vez que lo hacías me hipnotizabas. Eras de algún modo todo lo que yo deseaba en una mujer, aunque ha sido mucho más tarde cuando lo he comprendido.

En los jugosos labios de Umay apareció una de las más espléndidas y relajadas sonrisas que jamás le había dedicado. Con timidez acarició su mejilla y lo atrajo hacia ella para buscar su boca.

Mientras disfrutaba de la cercanía de su marido y su perfume masculino inundaba sus sentidos, Umay pensó que era la mujer más afortunada del universo y que había tenido mucha suerte al cruzarse en su destino con un hombre tan perfecto como Daniel.

Capítulo 28

Daniel puso la mano a modo de visera para no dejarse deslumbrar por los luminosos rayos del sol que brillaban con discreción filtrándose entre las nubes esponjosas. Contempló el mar desde la distancia y divisó entre multitud de barcos el velero más grande que jamás había visto. Varias personas trajinaban en la cubierta, en el palo mayor ondeaban diversas banderas, el casco era azul oscuro y la superestructura, plateada. El conjunto ofrecía una vista espectacular.

Notó un leve roce en el brazo cuando Umay introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta y cerró los dedos alrededor de los suyos. Era una costumbre suya que a ambos les encantaban y de la que disfrutaban cada vez que podían.

—No puedo creer que vayamos a viajar en ese gigante —exclamó ella colmada de optimismo. Su piel cremosa azotada por la brisa marina había adquirido un precioso tono rosado y en sus pupilas parpadeaba el cristalino reflejo del agua. Sus cabellos cobrizos atraían la fuerza del sol y brillaban de un modo delicioso. A pesar de llevar vendas por debajo de la ropa y el corazón herido por los acontecimientos de los últimos días, ofrecía buen aspecto.

—Es asombroso, vámonos, tenemos que embarcar —la animó él en un estado de humor inmejorable.

Comenzaron a avanzar por el muelle sin apartar la vista del impresionante velero que, conforme a los planes iniciales, lo llevaría hasta el puerto de Constanta. El día anterior habían conseguido que el consejo reunido por Hasan Cozcolu aprobase y diese por válida su unión y perdonase los medios empleados para llegar a ese fin. El joven matrimonio Trent debió ofrecer una disculpa conjunta delante de todos y comprometerse a abandonar Turquía en las próximas veinticuatro horas. Se les perdonaba la vida con la advertencia de marcharse y emprender su camino en tierras lejanas para que la ofensa quedase olvidada. Fue una solución que contentó a ambas partes, ya que sus posibles altibajos dejarían de afectar a los Cozcolu y la pareja recién casada comenzaría una nueva vida alejada de todas aquellas rígidas costumbres.

Una vez instalados en el velero disfrutaron de las extraordinarias vistas que se abrieron ante sus ojos. La inmensidad de la mar unida al lejano horizonte salpicado por los rayos dorados del sol hacía que se cortase la respiración.

El aire era gélido; aunque de algún modo purificaba y relajaba las almas cansadas de los jóvenes, que contemplan el panorama con optimismo y esperanza.

Las cinco horas siguientes pasaron volando. La travesía fue preciosa y consiguió que llegasen al puerto rumano ilusionados, relajados e inmensamente felices.

Al día siguiente tomaron el avión con destino a Houston. Les quedaban por delante catorce horas de vuelo y una escala bastante agobiante en Nueva York para llegar al destino final.

Umay se removió en el asiento acusando todavía las heridas que atravesaban su cuerpo. Ni ella ni Daniel lo mencionaban, sufriendo el dolor en silencio por no querer recordar la dramática situación. La joven lo miró a los ojos y tuvo miedo de que aquello solo fuese un sueño, un mero espejismo. Dejaba atrás una vida cargada de sufrimiento, angustia y soledad para dirigirse a una nueva que, aun cuando tenía muy buenas perspectivas, era del todo incierta. Umay no se hacía demasiadas esperanzas con respecto al futuro, lo único que importaba era la libertad de la que disfrutaría y el mundo infinito, colmado de oportunidades, que se abriría ante ella.

Con respecto a la incipiente historia de amor con Daniel quedaba la posibilidad de que resultase o que, al llegar, cada uno continuase su vida por separado. Él le había confesado la existencia de una novia en su vida, llamada Sarah, aunque le aseguró que a la que deseaba a partir de entonces era a Umay.

—No te ocultaré la verdad. En Estados Unidos tengo pareja, se llama Sarah y llevamos siete meses saliendo —le había confesado cuando la conversación se había centrado en lo que harían una vez llegados al destino final de su trayecto—. Acudí a ayudarte como amigo; aunque debo reconocer que todo lo que hemos vivido juntos nos ha convertido en algo más...y estoy muy confundido e irremediabilmente atraído por ti.

—Has hecho más por mí en una semana que otros en una vida entera. No voy a interferir en tu vida, a menos que tú quieras que lo haga.

La joven no sabía si la incipiente pasión surgida entre ambos tendría el poder de madurar y convertirse en un amor sosegado y duradero, si ellos dos encajarían como pareja en el mundo real, donde sus culturas e ideas chocarían; por el momento solo disfrutaba de su compañía, sin preguntas y sin presiones; no pensaba verter más apremio sobre el hombre que la había rescatado del infierno. La enfermedad de Umay aún no estaba vencida, seguía tomando los antidepresivos y eso era otro aspecto a tomar en cuenta. Era más que probable que ningún hombre estuviera dispuesto a compartir su vida con una mujer inestable y sombría. Y más teniendo a una novia bonita, sana y sin problemas en su vida, a la que ella no tenía ningún derecho de provocarle sufrimiento. Porque si Daniel la elegía a ella, ¿qué sería de Sarah? Umay cargaría con la responsabilidad de haber roto una pareja y llenar de desgracia a una mujer enamorada. Porque perder a un hombre bueno, comprensivo, alegre y atento como Daniel no debía de resultar nada fácil.

Sin ser consciente, esas profundas reflexiones provocaron que su rostro se tornase melancólico y triste. Daniel se percató de su estado de ánimo y la reconfortó con un sentido abrazo.

—Una moneda por tus pensamientos —señaló él tocándole en gesto travieso la nariz—. Parece que mil barcos se acaban de hundir en tu cabeza.

Ella sonrió tratando de ahuyentar las preocupaciones, aunque había lágrimas en sus ojos. Las retuvo, tratando de aparentar serenidad.

—Supongo que intentando mantener a flote los mil barcos de los que hablas, aunque sea difícil.

—Estás intranquila y es comprensible. Todo lo que vivimos en tu mundo fue corto e intenso, Umay. Nunca nada podrá romper los lazos que forjamos a base de necesidad y sufrimiento. La pasión que sentimos el uno por el otro nos ha tomado desprevenidos, apenas tuvimos tiempo de compartirnos. Si tú deseas lo mismo que yo, propongo darnos una oportunidad de verdad. Tú y yo, comenzar nuestra historia en un mundo nuevo. Un mundo donde seremos los únicos dueños de nuestros destinos.

Umay tenía la impresión de ser un pájaro asustado que había escapado de una jaula de oro. Estaba volando y, por primera vez en su vida, sería la dueña de su destino. Debía ser fuerte y tomar sin miedo aquello que deseaba. Soltarse las cadenas que por años la habían encarcelado y atreverse a volar.

—Daniel Trent, me encantaría emprender una nueva vida contigo. En tu mundo.

Él la premió con una de aquellas sonrisas que colman el corazón de dulces y suaves mariposas y declaró entusiasmado:

—Umay Trent, nada me haría más feliz que compartir mi mundo contigo. Seremos felices, ya lo verás. El viento del cambio estará de nuestro lado.

—El viento del cambio —repitió ella emocionada—. Como nuestra canción.

Daniel le rodeó los hombros con la mano y, atrayéndola hacia él con afecto, le dio un beso cálido en los labios, colmado de dulces promesas.

El futuro podría resultar incierto para ellos como pareja y para el universo entero en general, más teniendo en cuenta las diferencias existentes entre los seres humanos, pero la fuerza del amor conseguiría mantenerlos unidos. Porque no hay nada más fuerte en ese mundo inmenso plagado de diferencias que el poderío del amor.

Capítulo 29

Daniel no se había sentido jamás en su vida más despiadado e injusto que en ese instante. Se encontraba presenciando la salida de Sarah de su apartamento y su rostro compungido y su mirada acusatoria no lo ponían fácil precisamente.

Él había tratado de explicarle la situación con mucho tacto y delicadeza, aunque no supo de qué modo ahorrarle sufrimiento a la que había sido su compañera sentimental. Comprendió que algunas cosas no se podían llevar a cabo sin lastimar porque ¿de qué modo podrías avisar a tu pareja la intención de no seguir a su lado?

—Siempre he sabido que me dejarías por otra mujer —le recriminó ella con amargura al tiempo que ponía la pesada maleta en el suelo, indecisa todavía a abandonar el lugar que tanto le había costado conquistar—. Ya ves, mi instinto no me ha fallado.

—Ella no es... otra mujer —se justificó él, dolido porque su historia con Umay fuese vista desde fuera como una mera relación amorosa—. Lo que comparto con ella es... mucho más que esto.

Se arrepintió al momento de haber dicho ese comentario, ya que la mirada sorprendida y dolida de Sarah le indicó que, en vez de suavizar el golpe, lo había agravado.

—Así que no te trajiste de Turquía a una mujer —soltó ella entre dientes, cambiando su expresión compungida por una de odio—. ¿Qué es, si no?

—Nada, déjalo —se batió él en retirada, consciente de que cualquier cosa que dijera sería utilizado en su contra. La línea entre el amor y el odio era muy delgada y comprendió que la que fue su novia la acababa de traspasar.

—No, no, quiero saberlo —insistió, alterada—. No pienso irme de aquí antes de que me lo cuentes. Me lo debes.

Daniel le puso las manos en los hombros tratando de sosegarla. No quería aquella despedida fea y cargada de reproches.

—Mira, lo que ha pasado con Umay es difícil de explicar. Ni yo mismo lo he comprendido hasta mucho después de haber ocurrido. No es una atracción sexual ni se trata de un llamamiento carnal, es algo superior a esto... nuestras almas han conectado desde el primer momento, hay una fuerza que hace que nuestros mundos internos se atraigan. Fue algo inevitable. Como predestinado a ocurrir así. Ni yo ni ella nos hemos podido resistir.

—Sí, seguro —comentó Sarah con ironía, mostrando un gesto de disgusto. A continuación, recogió su maleta y se dirigió hacia la puerta sin volver a mirarlo. La abrió y, antes de salir, le dedicó unas últimas palabras cargadas de resentimiento—: Que te vaya bien con tu amor irresistible. Es la gilipollez más grande que me han soltado en mi vida. Te creía más inteligente.

—Que te vaya bien, Sarah —le deseó él haciendo caso omiso a su último e hiriente comentario. ¿Qué caso tendría alimentar un tema punzante? ¿Cómo iba a comprenderlo ella cuando ni él mismo lo comprendía muy bien?—. Te pido disculpas por todo el daño que te haya podido ocasionar. No ha sido intencional. De verdad.

Ella detuvo sus pasos como sopesando una respuesta; aunque siguió su camino sin darse la vuelta ni añadir nada más.

Y de ese modo finalizó su romance con Daniel, al que en ese instante odiaba con todas sus fuerzas.

Una vez que Sarah se hubo marchado, Daniel acudió al bar y se sirvió una generosa cantidad de *whisky*. Estaba cansado, tanto a nivel físico como emocional, el silencio de su hogar era reconfortante.

Sus pensamientos volaron a Umay y solo con pensar en ella su corazón le dio un vuelco en el pecho. Estaba alojada por el momento en un hotel, decidieron de mutuo acuerdo darse una tregua hasta que ambos estuvieran preparados para dar el gran paso y comenzar su vida en común. De algún modo, habían empezado la casa por el tejado, y ahora tocaba recomponer las piezas y poner orden en su caótica relación.

Acabó su copa y, tras dejar el vaso vacío sobre la mesa, descolgó el teléfono y la llamó. Al tercer tono, su voz adormilada se escuchó al otro lado.

—Umay, soy yo.

—Claro que eres tú —contestó ella divertida, tratando de alejar de ella el cansancio, pero sin conseguirlo del todo—. ¿Quién iba a ser si no?

—Creo... que te he despertado. Lo lamento. Me siento solo sin ti.

Su comentario hizo que se instaurase un largo silencio. Al cabo de un rato, ella reaccionó.

—Entonces, ven a verme. Necesitamos un sueño más que reparador, aunque, pensándolo bien, un sueño compartido es mucho mejor que uno solitario.

—Dame veinte minutos —pidió él entusiasmado ante su cálido ofrecimiento y colgó.

Mientras se ponía la ropa a toda prisa se sintió arrastrado por un torbellino de emociones. Se llevó la impresión de que todo el cuerpo le ardía y era poseído por una fuerza colosal, incomprensible. Y en ese instante lo entendió. Todo lo que le había contado a Sarah era la verdad. Los sentimientos que albergaba por ella le eran desconocidos porque no los había sentido antes. La entrada de Umay en su vida hizo que naciera en su interior necesidad de afecto. Lo que Daniel Trent sentía por su esposa era amor.

Recorrió los cuatrocientos metros que separaban su apartamento del hotel donde ella se había alojado a pie para serenarse. Su agitación interior era tanta que tenía miedo de asustarla. Umay

llevaba pocas horas en territorio americano, una tierra que le era desconocida, y precisaba tiempo para habituarse. Tiempo para sanar sus heridas y curar su corazón lastimado. Tiempo para encontrar su sitio en un mundo en completo movimiento y cambio. Lo último que deseaba era la presencia de un Daniel ansioso, intranquilo e impaciente.

El aire fresco de final de tarde le hizo bien y, cuando Umay le abrió la puerta, logró posar ante ella con un gesto relajado y alegre. Se abrazaron con afecto como si llevaran días sin verse.

Después, se adentró en la habitación y observó el gran ventanal abierto de par en par.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras juntaba las hojas de cristal. El aire era fresco y la temperatura no muy agradable.

—Sí —contestó ella encogiéndose los hombros—. Los espacios cerrados me provocan ansiedad. En el hospital no me permitían abrir las ventanas más de diez centímetros y supongo que deseo lo que por tantos meses me prohibieron. Elijo pasar frío que sentirme confinada.

—¿Te apetece que demos un paseo? Me muero de ganas de enseñarte mi ciudad. Aunque, si estás muy cansada, lo podemos dejar para otra ocasión..

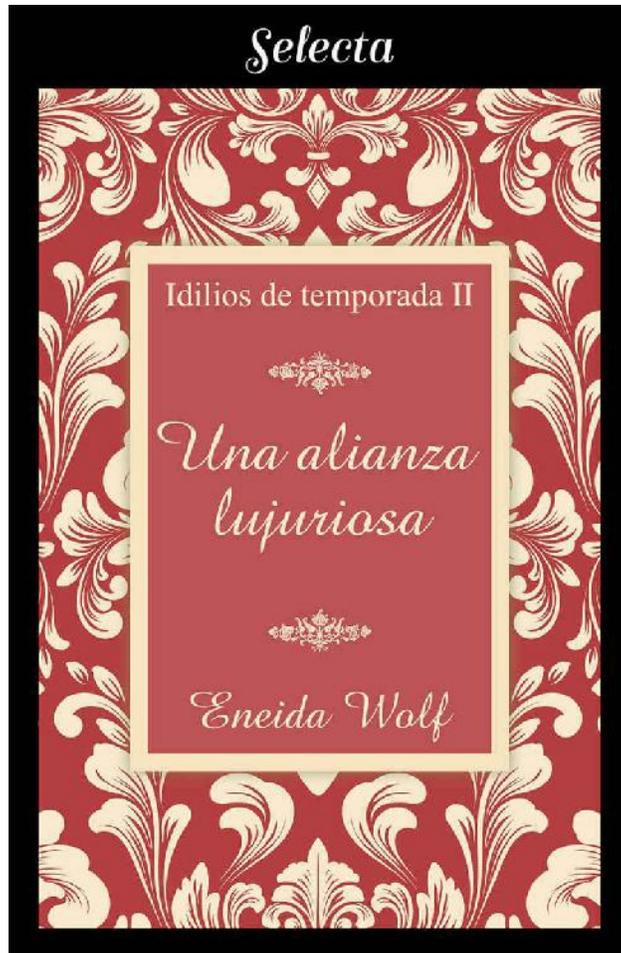
—No, me encantaría conocer Houston —exclamó ella con la mirada puesta en el panorama—. He descansado lo suficiente en los cuatro meses de encierro, ahora deseo salir a la calle y conocer el mundo. Tu mundo.

—En ese caso, preciosa, estás en el lugar adecuado y con el hombre apropiado.

—Nunca lo he dudado —declaró ella con la mirada encendida. Le agradeció el gesto con un beso dulce y apasionado en los labios al tiempo que se preguntaba qué mejor manera de comenzar una nueva vida que al lado de un hombre tan perfecto y extraordinario como Daniel.

FIN

Si te ha gustado
En mi mundo
te recomendamos comenzar a leer
Una alianza lujuriosa
de *Eneida Wolf*



Capítulo 1

CONOCERÁS A UN ALTO, MORENO Y ATRACTIVO
DESCONOCIDO

Debían ser las diez de la noche cuando Elena Connynham se bebió la tercera copa de champán en lo que iba de la velada. Sus pies la estaban matando, se le había ocurrido ponerse los zapatos nuevos y ahora le rozaban la parte del tobillo. Se sentía ridícula con el peinado que Myrna, la nueva doncella, había insistido en hacerle, pues ya de normal odiaba llevar el cabello recogido, le gustaba que su larga melena ondulase salvajemente mostrando los rizos propios de las Connynham, pero con aquel esperpento parecía que llevase un sombrero con demasiados adornos. A nadie parecía importarle que ella estuviese allí, salvo a su hermana y su nuevo y flamante marido, por supuesto.

Físicamente eran parecidas, salvo por el hecho de que su hermana era un poco más alta y ella se había quedado con la estatura de las muchachas que solían tener trece años. La nariz menuda y chata, la boca fina y descarada y la tez blanquecida. Por lo demás, su hermana había salido a su difunta madre, con unos ojos azulados que impactaban a todo aquel que los mirase y el cabello marrón oscuro, mientras que de ella decían que se parecía a su padre, de cabellos muy rubios y ojos negros como la noche.

De todas formas, ella estaba convencida de que no era así, pues ni el rubio era de la misma tonalidad ni los ojos eran iguales. Pero pocas personas se fijaban lo suficiente como para ver que el color de los ojos podía variar, así como el brillo, la forma, la aureola del iris... esos detalles que solían captar su atención.

Había bailado con Franklin, era un buen tipo, perfecto para Wendoline, y es que su hermana era un caso especial. Estaba convencida de que así habría seguido siendo de no ser por él. Haberse casado con el hombre más decente de Londres, siendo Wendoline la dama inglesa más atípica, resultaba demasiado irónico, y más todavía cuando ese mismo hombre era un duque. También había bailado con alguna otra alma caritativa, cuyos nombres no recordaba. No eran lo suficientemente atractivos como para haberse sentido tentada y a todos les había encontrado notables defectos.

Era su pequeña maldición, no había nadie con quien se hubiese cruzado a quien hubiese considerado digno de su amor, ni siquiera un poco de su aprecio. Quizás tenía un concepto demasiado alto de sí misma, quizás un gusto exquisito para los hombres o, simple y llanamente, el amor no había llamado a su puerta.

Estaba aburriéndose en extremo en esa velada, nunca había tenido más que un par de amigas que, más que eso, las consideraba rivales. Si tenía que achacarse algún defecto, ese era el ser competitiva y tener mal perder. No, nadie la echaría de menos sí, con disimulo, abandonaba el salón y se dirigía a su habitación. Sabía que no era correcto, que su hermana había hecho la fiesta expresamente para que socializase, conociese a sus amistades al ser esa su primera temporada.

Mientras cogía la última copa, caminó decidida hasta la puerta y, al ver que nadie miraba, se escabulló de allí.

Subió las escaleras como alma que lleva al diablo, con el corazón latiéndole a trompicones.

Abrió la puerta de su habitación y entró, sintiéndose a salvo.

No se percató de que no estaba sola. Ni siquiera pensó que alguien se hubiese atrevido a subir hasta allí, eran sus aposentos privados en los que raras veces entraba alguien que no fuese ella, incluso Myrna se guardaba de llamar siempre, cuando lo hacía. Era su refugio, su templo, y más que una habitación aquello parecía el estudio de un intelectual.

Eso mismo pensó Christian Bradford cuando había entrado en ella hacía poco más de diez minutos. Sus apariciones en los eventos eran escuetas, pero a veces no podía negarse ante la insistencia de su hermana Jane. Simplemente no era de los que les gustase seguir las normas a rajatabla, la hipocresía de la gente lo ponía nervioso y odiaba hablar por hablar. Era el ser más seco en cuanto a conversaciones aburridas y tediosas se trataba. Solo aparecía para, de vez en cuando, divertirse. Le gustaba sobre todo hablar con Beatriz de Velarde, ahora Hayes, cierta duquesa y condesa hilarante sin pelos en la lengua, medio española y medio inglesa que no hacía mucho que había aterrizado en Londres tras la muerte de su padre.

Solía decirle que era una lástima que su hermana no les hubiese presentado antes, pues entonces probablemente no se hubiese casado con el de Rutland y habría caído rendida a sus pies, o eso era lo que él decía, haciendo alarde de su descaro. Era muy atractiva, exótica y habladora, pero por desgracia también muy fiel a su marido. Se habían convertido en amigos después de haberle vendido su parte en una sociedad cuyo negocio original era un prostíbulo, pero que él había transformado en una casa de apuestas y, con posterioridad, un club selecto de caballeros.

El *Red House* se estaba convirtiendo en un lugar donde los aristócratas y burgueses se sentían cómodos, se divertían, jugaban y se acostaban con mujeres bonitas. Era un lugar con clase, el personal era discreto y ahí erradicaba su éxito.

Había acudido a esa velada a regañadientes, pero una vez allí se había dejado arrastrar por cierta dama encantadora y, tras cierto coqueteo, le había susurrado al oído que la esperaba dentro de la primera habitación a la derecha subiendo las escaleras. Así que allí estaba, esperando a que la dama subiera para poder meterle mano y, si había suerte, algo más. No pensó que la habitación en cuestión fuese tan peculiar. Estaba casi rodeado de estanterías, llenas a rebosar de libros. Solo la cama y el armario le decían que era una habitación, pues el resto de mobiliario, incluido el escritorio con la silla, no encajaban. Al oír que la puerta se abría, imaginó que la descarada y provocativa lady Penélope habría llegado, pero no era ella, así que se escondió detrás del diván.

Desde luego, esa mujer no era Penélope. Mucho más baja, joven y bonita era la muchacha que había entrado. Parecía aliviada por algo, y pronto se dio cuenta de que debía ser la dueña de tal habitación, pues con ligereza se quitó las horquillas de la cabeza dejando suelto su cabello, casi blanco de lo rubio que era, largo hasta media cintura y ondulado. Con aquellos rasgos parecía un ser de otro mundo, y más cuando se dio cuenta de lo oscuros que eran sus ojos, enmarcados en

largas y tupidas pestañas.

Pronto vio que la chica no se contentaba con dejar suelta su melena, sino que se quitaba los guantes blancos y también se desabrochaba el lazo del vestido de detrás, quitandoselo y quedándose solo con una camisola y, por encima, un corsé de medio cuerpo. Tragó saliva con dificultad al darse cuenta de lo que esa menuda criatura escondía bajo el vestido: unos abundantes y firmes pechos se asomaban por el escote. Desde luego, con el cambio de dama había salido ganando.

Pero sabía que tenía que tomar una decisión; o se iba antes de que la muchacha terminase de desnudarse, o esperaba a que se quedase dormida, y teniendo en cuenta que esto último podía tomar mucho tiempo, prefirió retirarse a tiempo.

—Debería cerciorarse de estar a solas completamente antes de desnudarse —pronunció esas palabras en un susurro, para espantar a la joven lo menos posible.

Salió de detrás del diván y, abalanzándose hasta ella le tapó la boca con la mano para evitar que gritase, viendo enseguida que tal era la intención, pero aun así no lo hizo.

Elena al principio se asustó, pero al ver que el hombre era un completo desconocido y que lo había pillado por sorpresa, pensó con rapidez. ¿Qué estaría haciendo allí? Esperar a alguien, y ese alguien no era ella.

«Estaba esperando a su amante, por supuesto» dedujo.

Lo miró, escrutó su rostro para ver quién era ese crápula y se sobresaltó. No por el hecho de que fuese un allanador de habitaciones, y posiblemente un seductor, sino porque ese seductor tenía la cara de un dios griego bajado directamente del Olimpo. Era el mismo Apolo, sí, estaba segura de que el dios debía de tener ese rostro de facciones elegantes, esos ojos grandes y azules casi transparentes, las pestañas oscuras y alargadas y el cabello negro, muy oscuro. El corazón empezó a palparle desbocadamente, careciendo de sentido. Abrió los ojos desmesuradamente ante tal descubrimiento, no era posible, no, era imposible. Debía de tener algún defecto. Su nariz era un poco más grande que la media, pero eso lo hacía parecer más interesante. Quizás si hubiese sido menos fornido, o no tan alto...

—Voy a quitarle la mano, pero no grite.

Elena asintió, pero cuando recobró el sentido, se dio cuenta de que no iba a dejar que se fuera de rositas, por muy atractivo que fuera y por muy aspecto de Apolo que tuviera.

—Es usted un indecente, colándose en habitaciones ajenas. Váyase inmediatamente —exclamó, tan altiva como siempre, poniendo los brazos en jarra, olvidándose de su falta de ropa.

—Tranquila, no había venido a por usted. Aunque está claro que, viéndoos, no voy a despreciaros.

Recorrió el cuerpo de aquella chica desde los pies hasta cruzarse con su mirada brillante y oscura. Esos dos ónix que tenía por ojos lo observaban igual que si le robasen el alma, así se sentía, flaqueando ante la mirada de solo una chiquilla.

—Es usted un perverso, un depravado, un vicioso sin remedio —lo insultó ella, casi

escupiendo.

Lejos de sentirse insultado, las palabras que salían de su boca no hacían más que alimentar ese deseo que se había instalado en él desde que la había visto.

—¿Se sabe más sinónimos? Escúpalos, si así se siente mejor —la incentivó él.

—Lo único que me va a hacer sentir mejor es veros salir de aquí. A-ho-ra —puntualizó ella, señalando la puerta.

Dejó ir un suspiro junto con una débil risa mientras la cogía de la cintura acercándola a su cuerpo. Elena quiso detenerlo, zafarse de ese abrazo, pero se quedó paralizada ante tal atrevimiento, y el olor a champán y a bosque húmedo y lluvioso que desprendía aquella sabandija la golpeó. ¿Por qué demonios olía así de bien ese hombre?

—«Negros como cuervos son sus ojos,/ enlutados porque esos artificios/ con falsedad difaman lo creado». Ha sido ver tus ojos y recordar ese soneto —murmuró Christian.

Le costó respirar después de escuchar sus palabras. ¿No se suponía que era un hombre dado a la mala vida, al mal comportamiento, a la mala reputación? ¿Qué hacía recitando sonetos?

—Muy inspirador, pero lárguese —logró decir, tragando con dificultad.

—Antes quiero saber a qué sabe una ninfa.

No le dio tiempo a decirle que, si quería averiguarlo, se fuera a buscar una y que tuviese suerte con ello ya que era un ser mitológico y fantástico, pero notó que no podía hablar debido a que sus labios se habían posado sobre los suyos devorándolos lenta y deliciosamente.

Estaban dándole su primer beso. Con un nerviosismo impropio de ella y demasiado anonadada, no pudo más que abrir la boca y seguir moviendo sus labios al ritmo de los de él, quedándose demasiado petrificada por el hecho de que le estuviese gustando.

Algo inesperado ocurrió con la dulce presión de los labios de aquella muchacha, pues sintió un terrible dolor apretando, oprimiendo y empujando su corazón, hasta que la pared que lo envolvía se resquebrajó, y el calor se coló en él. Nunca había saboreado unos labios tan excitantes, y no, no eran dulces sino más bien salados, delirantes.

La sensación de gozo llegó con demasiada violencia, demasiado rápida, y Elena quedó congelada, sin saber dónde poner sus manos.

«Elena, te está besando un desconocido y sin tu permiso, ¡haz algo!» se reprochó a sí misma.

Reaccionó y apartó de ella a empujones el cuerpo de ese hombre, y añadió una sonora bofetada a su mejilla. Sin dejar de mirarlo azarosamente, con enfado y crispada, se fue hasta la otra punta de la habitación.

—Váyase —dijo en una voz más floja que con anterioridad, pero más firme.

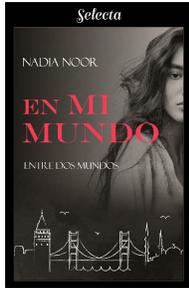
A Christian se le removió todo y la culpabilidad lo inundó. Estuvo tentado de decirle que había sido un impulso, que él no era así pero no quería causarle ningún perjuicio ni daño alguno. Pero no lo hizo, simplemente caminó hasta la puerta y salió de allí diciéndose a sí mismo que aquello no había pasado.

Pero era absurdo, sí había pasado y la visión de la chica que parecía una ninfa no se le iba de la

cabeza, así como su atracción y su chispeante personalidad. Maldijo en silencio ese beso que le había robado, pues había desatado algo en él que creía que no existía. Era absurdo, completamente absurdo que la muchacha que apenas había visto hubiese logrado despertar en él sensaciones inauditas, nuevas y poderosas.

Elena, aún con el cuerpo temblando y los ojos desorbitados, se sentó en su cama sin poder creer que, apenas unos minutos antes, le hubieran dado un beso. Podría haber sido una visión, un sueño. Sí, a lo mejor se había quedado dormida y ahora despertaría y todo habría sido irreal. Pero no despertaba, no, aquello era la vida real y un desconocido demasiado atractivo y que recitaba sonetos de Shakespeare la había besado, y, sorprendentemente, le había gustado.

En mi mundo



Tras sufrir una severa crisis depresiva, Umay Cozcolu ingresa en una clínica psiquiátrica para recuperarse. Al cabo de unos meses su padre le lanza una dura advertencia: si no regresa con su exmarido la matará.

Asustada trata de buscar una salida y le pide ayuda a Daniel Trent, el atractivo policía que le salvó la vida en una ocasión.

Él cruza el océano y traza un plan para sacarla de Turquía, aunque pronto toma consciencia de que este mundo es diferente, regido por normas y tradiciones muy

rígidas.

Un error hace que la cruel familia de Umay los atrape y los sometan al sagrado castigo del círculo dorado.

Conseguirá la pareja salvarse y emprender una vida juntos en la tierra ¿dónde todos los sueños se cumplen?

Nadia Noor (1977). Es originaria del Europa de Este, pero desde hace más de veinte años vive en Valencia. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Tiene tres novelas publicadas con varias editoriales.

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Nadia Noor

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-70-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

En mi mundo

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro
Sobre Nadia Noor
Créditos